

RUMBO A LA ÉTICA AMBIENTAL
LECTURA ECOCRÍTICA DE DOS OBRAS DE LIJ:
LOS HIJOS DE MADRE TIERRA Y LA LIBERTAD DEL AGUA

JAVIER LUIS RICAURTE PEÑA

TRABAJO DE GRADO
Presentado como requisito para optar por el
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
Facultad de Ciencias Sociales
Carrera de Estudios Literarios
Bogotá, 2020

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Oscar Alberto Torres Duque

DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Miguel Rocha Vivas

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre, María, y a mi padre Javier Orlando, por enseñarme desde pequeño a sacar flores del fango.

A mi abuela Elvira, quien me enseñó a leer.

A las calles de mi barrio, por educarme como nadie y por enseñarme el discreto arte de la humildad.

A Lina María, por su ejemplo de dedicación y fortaleza.

A la Techotiva y sus guardianes, por ser el faro que me guía en mi camino.

A Miguel, por su invaluable conocimiento y paciencia, sin los que este proyecto no hubiese sido posible.

A la Mona, que nunca me dejó solo y, aunque se fue de este mundo este año, se refugió en mi corazón para siempre.

Por último, a la hoja del yarumo y el jayo, por acompañarme en las infinitas noches de lectura y escritura.

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	<u>1</u>
CAPÍTULO UNO: RELACIONES EN LA HISTORIA ENTRE LA ECOLOGÍA Y LA LIJ	<u>7</u>
1.1 SOBRE EDUCACIÓN AMBIENTAL	<u>7</u>
1.2 HISTORIA DE LA LIJ Y SU RELACIÓN CON LA NATURALEZA	<u>15</u>
CAPÍTULO DOS: EJEMPLO DE ÉTICA AMBIENTAL EN LA LIJ COLOMBIANA.....	<u>23</u>
2.1 LOS HIJOS DE MADRE TIERRA Y LA DIVERSIDAD CULTURAL Y AMBIENTAL COLOMBIANA	<u>23</u>
2.1.1 EL SUEÑO DE PAYÉ.....	<u>24</u>
2.1.2 LOS LORITOS DE LAS PALMAS	<u>28</u>
2.1.3 FUEGO EN EL DESIERTO	<u>33</u>
2.1.4 EL AGUA PRISIONERA	<u>34</u>
2.1.5 EL ÁRBOL DE LA VIDA.....	<u>40</u>
2.1.6 PELIGRO EN EL MAR DE LOS SIETE COLORES	<u>42</u>
2.1.7 EN EL REINO DE MAPALINA.....	<u>45</u>
2.1.8 EN EL AMAZONAS, LA BATALLA FINAL	<u>47</u>
CAPÍTULO TRES: UNA ÉTICA AMBIENTAL PROPUESTA DESDE EL TERRITORIO	<u>50</u>
3.1 TECHOTIBA, UN TERRITORIO DE AGUA Y DE LUCHAS POPULARES.....	<u>50</u>
3.2 LA LIBERTAD DEL AGUA Y EL TERRITORIO PENSADO COLECTIVAMENTE	<u>52</u>
3.2.1 EL CAMINO DE SIHYTA	<u>54</u>
3.2.2 LA HISTORIA MILENARIA DE LOS HIJOS DEL MAÍZ Y DEL AGUA.....	<u>60</u>
3.2.3 LA HISTORIA DE UN ABRAZO	<u>66</u>
3.2.4 EL JARDÍN DE LOS SUEÑOS SIEMPREVIVOS	<u>68</u>
3.2.5 LA HISTORIA DE LOS HOMBRES DE BARRO	<u>70</u>
3.2.6 LOS DEFENSORES DE LA VIDA	<u>76</u>
3.2.7 LA LIBERTAD DEL AGUA.....	<u>79</u>
CONCLUSIONES	<u>83</u>
ANEXO	<u>87</u>
BIBLIOGRAFÍA.....	<u>139</u>

INTRODUCCIÓN

Este es un proyecto de carácter investigativo con un componente de escritura creativa, en el cual se intentará resarcir la brecha entre las ciencias sociales y las ciencias naturales a partir de una premisa simple: los conflictos sociales están irremediablemente ligados a los conflictos medioambientales. Me encargaré de exponer esta premisa a lo largo de toda la tesis. Ahora bien, en esta tesis se va a realizar una lectura desde algunas propuestas y corrientes teóricas de las ecocríticas para analizar dos obras de literatura infantil y juvenil (LIJ) colombiana: *Los hijos de Madre Tierra* (2017) y *La libertad del Agua* (2020). Ambas obras fueron escritas con una profunda intención ecologista, y tomando, cada una a su manera, el contexto de los conflictos sociales y ambientales del país como punto de partida. El título del proyecto hace alusión al enfoque que le he dado a mi lectura de estas dos obras: la consolidación de una ética ambiental con unos valores muy bien definidos y que se aproximen a la resolución de dichos conflictos. Por ende, la pregunta principal en la que gira mi tesis es: ¿sirve la LIJ como medio de formación medioambiental para la infancia? Entendiendo dicha formación como una ética que promueva una serie de valores que permitan repensar la relación humano-naturaleza.

Ahora bien, las corrientes de ecocríticas son bastante diversas —motivo por el cual se habla de ecocríticas en plural y no de una sola ecocrítica— que, según Greg Garrard en *Ecocriticism* (2004), pueden ir desde la posición de *cornucopia* (abundancia) hasta el *ecofeminismo*, pasando por el activismo ambiental y la *ecología profunda* (*deep ecology*). Mi perspectiva, por su parte, tiene que ver con esta postura activista y se aproxima más a los reclamos establecidos por el movimiento global de la “justicia medioambiental” que, en pocas palabras, se basa en la inequidad social producida por los conflictos “ecológico-distributivos”¹, según los cuales, no todos los seres humanos se ven afectados de la misma forma por el uso que hace la economía de los recursos medioambientales, ya que mientras unos obtienen más ganancias que otros, asimismo, unos padecen las consecuencias en mayor medida que otros. Esta perspectiva de desigualdad entre grupos humanos está íntimamente ligada a la posición latinoamericanista que ha surgido casi a la par con el ecocriticism

¹ Martínez-Alier, Joan. «Los conflictos ecologico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad». *Revibec: revista iberoamericana de economía ecológica*, [en línea], 2004, Vol. 1, p. 21-30, <https://www.raco.cat/index.php/Revibec/article/view/38278>.

anglosajón; me refiero a lo que Marcela Prado denomina “etnocrítica” y que define del siguiente modo:

He llamado “etnocrítica literaria” a esta particular manifestación en América Latina de lo que en Estados Unidos han llamado “ecocrítica”. Aquella está más bien concebida dentro de dos grandes campos de estudio:

- 1.- Los estudios sobre identidad y diversidad cultural, particularmente centrada en la percepción de la naturaleza.
- 2.- Los estudios de la naturaleza como otredad integrada con otros grupos marginados (indígenas, etnias, grupos postcoloniales, flora y fauna) (Prado, 2010: 120).

Sin embargo, si no me desmarco del todo de la ecocrítica para adoptar por completo esta postura “etnocrítica”, en apariencia con enfoque auténticamente latinoamericano, es porque si bien considero a las dos corrientes como sujetas a una profunda interdisciplinariedad, no haría bien para este trabajo optar por una sobre la otra cuando ambas se nutren mutuamente, ora desde el enfoque político, económico y judicial que aporta la ecocrítica con un carácter, si se quiere, global; ora desde la especificidad geográfica, histórica y cultural de la etnocrítica sobre las identidades culturales latinoamericanas.

Hecha pues, esta aclaración, es pertinente continuar hablando del corpus literario de mi proyecto. La primera obra corresponde al autor Celso Román, de amplia trayectoria en el ámbito de la LIJ, cuyo título es *Los hijos de Madre Tierra*, publicada en 2017. Esta obra consta de ocho capítulos en los cuales el autor recorre las regiones ecosistémicas más importantes de Colombia, haciendo énfasis en sus culturas —especialmente las más ligadas a la naturaleza— y en las problemáticas medioambientales que les atañen a dichas poblaciones, causadas principalmente por el estilo de vida capitalista y extractivista que envuelve a una densa parte de la población del país. La segunda obra, *La libertad del Agua*, que representa la parte de escrituras creativas en este trabajo ya que su redacción final me atribuyo, fue originalmente pensada y concebida colectivamente gracias a mi participación en un semillero de ambientalistas en la localidad de Kennedy, experiencia que me facilitó entrar en contacto con diferentes poblaciones de infantes y adolescentes en el sector, y llevar a cabo una serie de talleres literarios en donde se discutieron las problemáticas socioambientales que aquejan a la comunidad y se plantearon soluciones a las mismas desde el enfoque de la ética ambiental. La idea de los talleres fue tanto leer como escribir, y el resultado de la suma de todas las

historias nacidas en esa experiencia es la obra que aquí se incluirá a manera de anexo, en donde se narró, de forma amena para la infancia, la memoria histórica de esta localidad del suroccidente de Bogotá, sin perder nunca de vista los valores ético-ambientales que fueron la piedra angular de toda esta tesis.

Así pues, la estructura del proyecto consta de tres capítulos y unas conclusiones generales al final. El Primer capítulo tiene dos partes: la primera es una exposición teórica de los conceptos de educación ambiental en los que me basé para mi lectura de las obras; partiré del concepto de ecología y cómo ha venido desarrollándose este con el devenir del tiempo, desde Haeckel hasta la noción contemporánea; explicaré qué es la ecocrítica y de dónde surgió esta corriente teórica considerando como precursor del término al norteamericano Laurence Buell; luego de esto, procederé a hacer una explicación de lo que es la ética ambiental y aquí presentaré, como eje del proyecto, el decálogo de valores ético-ambientales elaborado por los investigadores colombianos Augusto Ángel Maya y Felipe Ángel.

Asimismo, la segunda parte de este primer capítulo es una explicación de la relación entre medioambiente y LIJ que he podido trazar a lo largo de distintas épocas. Comienza con una introducción a la historia de la LIJ, partiendo de las diversas nociones de infancia que han surgido en distintas épocas y lugares, y del rol social que han ocupado los niños y los jóvenes en estos diferentes contextos, para entender de esta forma cómo dichas nociones han influido en las producciones literarias de su tiempo; para esto me baso en un artículo publicado por Jordi Planella de la Universidad Abierta de Cataluña, titulado “Los malos tratos a la niñez: análisis histórico, desde la Antigüedad hasta nuestros días”. Luego hablaré propiamente de las representaciones del medioambiente y la naturaleza en la LIJ de los distintos periodos históricos, desde las fábulas de Esopo hasta los relatos de ciencia ficción del siglo XX. Esto sin tener en cuenta la presencia o no de los valores ético-ambientales, puesto que lo que me interesa aquí es evidenciar una presencia constante de la naturaleza y sus elementos en las obras literarias destinadas a este público específico, aun cuando en algunos casos se le hubiese dado un trato superficial.

En el segundo capítulo vendrá el análisis del primero de los libros, *Los hijos de Madre Tierra*, explicando en qué se basa mi lectura ecocrítica de este, sobre todo enfocado a develar la presencia de los valores ético-ambientales en el relato y la forma en la que funcionan dentro del mismo, pero también, en esta lectura será imprescindible analizar el contexto de las distintas regiones de las que se habla en el libro ya que esta obra es un recorrido por los

diversos paisajes colombianos, enfocándose en su biodiversidad y también es su multiculturalidad, para entender de esta forma la relación que hay entre la identidad cultural de estos diversos pueblos con los ecosistemas y hábitats en los cuales están inmersos.

En el tercer y último capítulo procederé a realizar un análisis similar al hecho con *Los hijos de Madre Tierra*, buscando la presencia de los valores ético-ambientales de Ángel y Ángel, esta vez con la obra *La libertad del Agua* que yo escribí, pero que no hubiera sido posible sin la intervención de muchas más personas de mi localidad, Kennedy, entre quienes estaban niños y niñas de distintos barrios y mis compañeros del semillero de investigación de Techotiva Ambiental. A continuación, hablaré brevemente de lo que fue esta experiencia al frente de los talleres y al interior del semillero.

En dicho semillero mi función como estudiante de literatura ha sido la de complementar las visiones de mis compañeros y compañeras, especialmente enfocados en las áreas de la biología, la ingeniería ambiental, la ingeniería forestal, la química y otras disciplinas de las ciencias naturales. Desde mi perspectiva de las humanidades y el arte, he promovido constantemente la instrumentalización del ejercicio literario (tanto de la lectura como de la escritura) para aportar lo máximo posible en la resolución de los conflictos socioambientales que aquejan a nuestro territorio.

En aproximadamente diez meses de trabajo he estado guiando una iniciativa que consiste en el desarrollo de varios talleres de escritura creativa apuntados a consolidar los valores ético-ambientales del decálogo de Ángel y Ángel, con el fin de ponerlos en práctica en nuestros propios barrios, discutiendo los conflictos de carácter medioambiental que nosotros mismos podemos evidenciar diariamente al salir de casa. La amplia experiencia de muchos de mis compañeros del semillero en cuanto a procesos populares en el territorio, permitió que me pusieran en contacto con distintas iniciativas en la localidad que se han especializado en el trabajo con la infancia, y estos canales de comunicación a su vez me permitieron llevar a cabo una convocatoria para reunir niños y niñas del territorio interesados en participar en este proyecto. Estos son algunos de los procesos que me apoyaron en la realización de este trabajo:

La Fundación del Pequeño Trabajador, la cual es un lugar ubicado en el corazón del barrio Patio Bonito que se ha enfocado durante más de treinta años en la problemática del trabajo infantil, originalmente en la plaza de Corabastos, rescatando a muchos niños de las

penosas labores que solían llevar a cabo y ofreciéndoles alternativas diferentes para que obtengan los recursos económicos que necesitan, tales como la elaboración de serigrafías que venden por medio de una ONG extranjera. Asimismo, les ofrecen un refugio para su descanso y, muy importante, para su educación. La Fundación cuenta con su propia huerta urbana en donde enseñan los principios de la soberanía alimentaria. Pero, además, funciona en sus instalaciones la escuela de cocina andina Manq'a, que tiene su origen en el pueblo aymara de Bolivia y que ha llegado hasta Bogotá, específicamente a Patio Bonito, para convertirse en la oportunidad de muchos jóvenes del territorio para salir adelante mediante la gastronomía, a la vez que desarrollan una gran conciencia medioambiental.

La biblioteca comunitaria FASOL es una iniciativa autogestionada por madres del barrio Llano Grande para acercar a sus hijos y a los niños del sector a la lectura activa de textos literarios para desarrollar el pensamiento crítico y la empatía frente a los demás miembros de la sociedad. Al igual que la Fundación del Pequeño Trabajador, me facilitaron algunos de sus espacios para hablar de mi proyecto y desarrollar las actividades de creación literaria que dieron lugar a *La libertad del Agua*.

Finalmente, el colectivo ARDEC del barrio Villa la Torre, trabaja con niños de distintos colegios públicos de la zona, para promover la reparación del tejido social, altamente afectado por la delincuencia, la violencia y la desigualdad, a través del fomento de la música, el teatro y la danza. Con ellos establecemos un trabajo constante desde Techotiva Ambiental para el desarrollo de diversas actividades de carácter ecologista, tales como bicirecorridos por los biomas de la localidad y foros ambientales.

El desarrollo de los talleres tuvo dos momentos principales, uno inicial dirigido a la creación de narrativas personales a partir de experiencias muy propias, tales como sueños, recuerdos y relaciones familiares, para consolidar una confianza entre los grupos y dar un ejemplo de cómo cualquier persona está en condiciones de construir un relato a partir de su experiencia propia. Posteriormente, el grueso de las actividades estuvo orientado al desarrollo de las narrativas colectivas acerca del territorio y la experiencia de todos los participantes sobre lo que ha significado para nosotros haber crecido y seguir creciendo en los barrios del suroccidente de Bogotá, donde hemos experimentado en nuestras propias carnes los efectos de los flagelos sociales y ambientales que han estigmatizado históricamente nuestro hogar. A partir de aquí, con un profundo carácter pedagógico, implementamos los hechos y los datos

relevantes a la historia de la localidad para ir hilando, paso a paso, nuestra memoria colectiva que, finalmente, arrojó como resultado *La libertad del Agua*.

Sin embargo, varios acontecimientos interrumpieron el desarrollo de estas actividades. Puntualmente el Paro del 21N de 2019 que desembocó una crítica situación de orden público en Patio Bonito y los barrios aledaños, lo cual repercutió sobre nuestra capacidad de llevar a cabo espacios de encuentro, además de desalentar a muchos de los niños y sus padres a seguir asistiendo a dichos espacios. Además, la situación devenida por el aislamiento obligatorio a raíz de una pandemia mundial que, igualmente, afectó nuestra capacidad de reunión, por lo cual, las últimas partes del relato tuvieron que ser desarrolladas mediante los escasos medios virtuales a los cuales se tuvieron acceso. Aun así, me aventuro a afirmar que el resultado es muy prometedor y que, lejos de marcar el final de esta experiencia, será el hito que pautará un nuevo comienzo tan pronto como las circunstancias nos permitan volver a retomar nuestras actividades.

Finalmente, el proyecto culmina con la exposición de las conclusiones generales enfocadas a responder la pregunta inicial del trabajo y todos los demás aspectos que se fueron desprendiendo a partir de su resolución.

Capítulo uno:

relaciones en la historia entre la ecología y la LIJ

En este primer momento de mi tesis voy a plantear la relación existente entre la ecología y las ciencias sociales, puntualmente los estudios literarios, a partir de dos corrientes teóricas pertenecientes a cada campo de estudio: por el lado de los estudios ambientales, la denominada *ética ambiental*; y por el lado de la crítica literaria, la *ecocrítica*. Al destacar el lugar privilegiado que tiene la literatura en la formación intelectual y emocional de los seres humanos me enfocaré primordialmente en la literatura infantil y juvenil (LIJ) como objeto de estudio, pues reconozco en ella una mayor propensión a tratar los temas concernientes, si no a los conflictos medioambientales, sí a la relación humano-naturaleza, algo que demostraré más adelante.

Por consiguiente, el capítulo estará compuesto de dos partes: Una concerniente a la explicación de los conceptos de ecología, ecocrítica y ética ambiental, exponiendo a los autores que utilizaré a lo largo de todo el proyecto. La segunda parte estará dedicada a una breve historia de la LIJ partiendo de las nociones de infancia concebidas a través de los tiempos, mientras busco hacer explícita las relaciones entre LIJ y medioambiente.

Cabe la pena aclarar que, si bien he dicho que el objetivo de este proyecto es analizar dichas relaciones en la LIJ colombiana, las exposiciones de este capítulo comprenderán hechos relevantes para la historia tanto del continente americano, como de Europa, con el fin de proveer un panorama aproximativo en la historia de la literatura occidental de la evolución de estas correspondencias que pretendo visibilizar.

1.1 Sobre la educación ambiental

La primera aparición del término *ecología* se le atribuye comúnmente al biólogo Ernest Haeckel(1834-1919) quien sería recordado no solo por ser un prominente científico, sino por ser el principal divulgador de la obra de Darwin en Alemania. Haeckel, en su trabajo *Morfología general del organismo* de 1869 definió este concepto de la siguiente forma: “El estudio de la interdependencia y de la interacción entre los organismos vivos (animales y

plantas) y su ambiente (seres inorgánicos)”. Al momento de acuñar la palabra, el alemán tuvo en cuenta las raíces griegas “*oikos*” que significa casa y “*logos*”, pensamiento. Definiéndose en un primer momento a la ecología como el estudio de los hogares de los seres vivos. Pero antes de calificar a la ecología llanamente como una disciplina derivada de la biología que estudia las relaciones entre los organismos vivos y su entorno, habría que profundizar en el concepto mismo que, conforme ha pasado el tiempo, se ha visto sujeto a cambios de tipo semántico que hacen de él un término polisémico y variable. “Ecología” es un concepto que aún hoy se continúa definiendo. El más notable giro en el significado de la palabra se dá ya bien entrado el siglo XX, en donde muchos autores coinciden en discernir la dimensión científica de la palabra de su dimensión política. Esther Laso y León se dio a la tarea de estudiar este fenómeno, y parafraseando a Anna Gasol, señala que fue a finales de los años 80 del siglo pasado que se dio la aparición definitiva de un nuevo campo de estudio que se centraba en la observación del efecto de las actividades humanas sobre la naturaleza, esto producto de la conciencia política y social que se gestó entre 1964 y 1974, siendo este el comienzo de la ecología moderna (Laso y León, 2010:343).

Laso y León hace mención de Pascal Acot, otro autor que se ha dado a la tarea de historizar la ecología, quien señala además que este surgimiento de la conciencia social y política de la disciplina ecológica se ve acentuado por la creación de múltiples partidos políticos en la década de los 70 que, al tomar conciencia de los daños a los ecosistemas naturales por las acciones de explotación del ser humano, se reconocerían a sí mismos como partidos ecologistas: “La evolución semántica del término ha desembocado en una polisemia en la que no siempre es fácil distinguir la frontera entre el discurso ecológico científico y el discurso político y social sobre la ecología” (345). Surge entonces el *ecologismo* como concepto que apela al movimiento social en torno a la defensa del medio ambiente. Esta ambigüedad del concepto lo sitúa en la intersección que hay entre las ciencias naturales y las ciencias sociales o humanas, siendo esto de suma relevancia para este trabajo, pues plantea ya una relación tangible entre ambos campos de estudio que se ha venido profundizando a lo largo de este siglo.

Ahora bien, si la ecología trasciende el ámbito de las ciencias naturales para situarse dentro de las sociales entre las décadas de los 70 y los 80, es en los años 90 cuando surge dentro de la crítica literaria (que a su vez es crítica social) una corriente que busca realizar esta misma operación en el sentido inverso; me refiero a la *ecocrítica*.

Comúnmente se acepta que fue hasta mediados de los años noventa que se acuñó propiamente el término “ecocrítica” en los nichos académicos anglosajones, y puntualmente norteamericanos, haciendo alusión a una lectura crítica de las relaciones ser humano-naturaleza en las obras literarias y en la sociedad como fenómeno. La que se suele considerar como la primera aparición de este concepto está en una nota del libro *The Environmental Imagination*, del profesor de Literatura Americana de la Universidad de Harvard, Laurence Buell, que define el *ecocriticism* así: “a study of the relationship between literature and environmental conducted in a spirit of commitment to environmentalist praxis”² (Buell, 1996: 430). Así lo señala el investigador español Juan García Única en un artículo de 2017, “Ecocrítica, ecologismo y educación literaria: una relación problemática”. Dice también que fue posteriormente al trabajo de Buell, en 1996, cuando: “Haciéndose eco de esta necesidad de casar la teoría de la literatura con el compromiso ecologista, muy poco después veía la luz una antología de textos críticos configurada según esos criterios, *The Ecocriticism Reader*, libro que en la actualidad se sigue considerando el primer hito de la disciplina”. (García, 2017: 2)

Sin embargo, sería prudente preguntarse por el motivo que urgió a una disciplina como la crítica literaria a inmiscuirse en las discusiones medioambientales, cuando otras ramas de las ciencias sociales, tales como como la sociología y la antropología parecieran a simple vista más aptas para trabajar estos temas. La respuesta se halla en la consideración de la literatura tanto como un fenómeno social, así como también un arte. Esta última definición es la que le da una capacidad superior a otras disciplinas para profundizar en los aspectos más íntimos del ser humano. No resulta extraño pensar que el arte encontrase un papel distinguido en esta nueva perspectiva, pues en ella siempre se ha reconocido un mecanismo muy efectivo para la comprensión de la realidad en contextos de diferentes sociedades. Germán Bula Caraballo afirma en “¿Qué es la ecocrítica?” lo siguiente:

El éxito y la limitación de la ciencia yace en el método científico, el cual implica necesariamente, el reduccionismo; esto es la producción de modelos de la realidad en los que se abstraen ciertos rasgos de ésta para comprender otros. Si bien la ciencia busca la complejidad, la busca mediante el reduccionismo; el arte, por su parte, sugiriendo, evocando y produciendo múltiples sentidos, puede servir para comprender la complejidad como complejidad, la totalidad como totalidad. (Bula, 2009: 66)

²“El estudio de la relación entre literatura y medio ambiente conducido en un espíritu de compromiso con las prácticas ambientalistas” (La traducción es mía).

Se puede concluir, pues, que la ecocrítica sirve para complementar desde la teoría literaria la mirada de la ecología, apelando a la capacidad que tiene la literatura de observar panorámicamente a la humanidad con todos sus matices, por medio de determinadas obras en determinados contextos sociales. García Única dice: “Pero si distinguimos entre la ecocrítica y la ecología, sin llegar a oponerlos del todo, es porque la primera resulta peculiar en la medida en que traza para la segunda un programa de construcción de sentido que le permite entrar en la disputa cultural. El terreno de la ecocrítica es por ello, y se quiera o no, el de la ideología” (5).

Es decir que, mientras la ecología es la semilla del estudio académico y el activismo social, la ecocrítica es el arado y el abono que prepara la tierra en donde estas ideas pueden germinar de mejor manera y ser más relevantes y eficientes para la cultura.

Es en este terreno en el que opera la ecocrítica, el de la ideología, en donde cobra especial relevancia la LIJ como vehículo de formación para sus lectores y, en este mismo sentido es donde juega un rol importante el concepto de ética ambiental, ya que los valores aprendidos en las edades más tempranas demuestran ser determinantes para el carácter de una persona. Por tanto, al promover valores éticos enfocados en las relaciones de cuidado entre el ser humano y su ambiente se está promoviendo la formación de una futura ciudadanía más consciente de la preservación de la naturaleza y mejor preparada para enfrentarse a los conflictos medioambientales que hacen del presente y el porvenir de la especie humana algo inquietante.

En un contexto global, pese a que las palabras “desarrollo sostenible” han estado en boca de líderes mundiales desde finales de los años 80, no fue sino hasta los primeros años del presente siglo que los gobiernos de todo el mundo empezaron a prestar verdadera atención a dicho concepto y a promover su avance fuera de lo retórico para llevarlo al campo de las acciones. Ejemplo de esto fue la Cumbre de Johannesburgo en 2002 organizada por la ONU, que vendría siendo la tercera edición de la Cumbre de la Tierra, que tuvo lugar por primera vez en 1972 en Estocolmo; la segunda fue en Río de Janeiro en 1992 y el último encuentro de esta índole se llevó a cabo en 2012 nuevamente en la ciudad brasileña bajo el nombre de “Cumbre Río+20”.

Allí, en 2002 en Sudáfrica, se dieron cita tanto delegados de los gobiernos, como miembros de la sociedad civil y representantes de grandes empresas con el fin de establecer acuerdos programáticos en torno a los temas de acceso al agua, energía, producción agrícola, biodiversidad de las especies animales y salud. Los aportes realizados por los países latinoamericanos estuvieron especialmente influenciados por las ideas surgidas el año anterior en una reunión de carácter continental. Dicho encuentro fue la XIII Reunión del Foro de Ministros del Medio Ambiente de América Latina y el Caribe que se llevó a cabo en Río de Janeiro en 2001, y tras varios debates y toma de decisiones concernientes al desarrollo sostenible, uno de los resultados fue el “Manifiesto por la vida. Una Ética para la Sustentabilidad” y el libro *Ética, vida y sustentabilidad*, que recopila una serie de trabajos de académicos y expertos frente al tema de ética ambiental en el continente. Entre quienes hicieron sus aportes se encuentran los investigadores colombianos Augusto Ángel Maya y Felipe Ángel que elaboraron un artículo titulado “La ética de la tierra. Ética y medio ambiente” que incluye un decálogo de valores ético-ambientales de acuerdo a las necesidades de este siglo, para los países latinoamericanos y caribeños, pero también para los demás gobiernos de todo el mundo. Allí, los autores señalan la relevancia de la ética en el terreno de la ideología y nos dicen:

Ante todo, se puede observar que cualquier lugar ideológico es bueno para iniciar la construcción de los fundamentos éticos. La ética, como cualquier componente del sistema ideológico, se sacraliza con el tiempo, pero en un primer momento, nace, por lo general, mediante movimientos anárquicos contra las costumbre establecidas desde cualquier campo de batalla, sea el mito, la filosofía o la literatura³. La inquietud ideológica se esparce como semilla por todos los caminos (Ángel y Ángel, 2001: 12)

Como demostraré en los siguientes capítulos, es la literatura uno de los frentes de lucha en los que mejor puede desenvolverse la ética que fundamente y oriente nuestras acciones, tanto individuales como colectivas, en aras de construir un estilo de vida sostenible. A continuación, incluiré un resumen realizado y comentado por mí sobre los diez valores elaborados por ellos y que serán la base del análisis que se realizará del corpus de obras colombianas en los próximos capítulos:

³ El subrayado es mío.

1. Construcción de una cultura adaptativa constante: Toda cultura se construye sobre la base natural y la naturaleza tiene límites. Esto quiere decir que es mediante la transformación del entorno natural que el ser humano edifica sus civilizaciones y sociedades, por lo tanto, es debido respetar los límites que impone la naturaleza, puesto que al transgredirlos se estaría sembrando la muerte misma de dicha cultura. Para los autores del texto, cultura es sinónimo de desarrollo, por lo cual pensar los límites de la cultura dentro de los límites de la naturaleza es hablar directamente de desarrollo sostenible. Este es el primer valor ya que es tan amplio que cobija prácticamente los demás valores de este decálogo.

2. La tecnología tiene límites: Se parte de la idea de que el ser humano no puede ni debe renunciar a la instrumentalización de la tecnología, porque es un “animal tecnológico” fruto de un proceso evolutivo y por el cual ha sido “expulsado del paraíso ecosistémico” (21).

Pero la tecnología no es una herramienta omnipotente y el ser humano tiene que saber utilizarla, pues, aunque le permita transformar su ambiente, no se ha llegado al punto en que la tecnología domine completamente a la naturaleza: esta sigue teniendo sus propios ciclos y su propio ordenamiento. Desde las primitivas tecnologías hasta las más actuales, muchas veces la humanidad ha tenido que adaptar su cultura cuando dichas técnicas se hacen insuficientes para obtener su sustento, ejemplo de esto es la adopción de una cultura agrícola con una nueva tecnología cuando el modelo de caza y recolección se hizo inviable para ciertas civilizaciones. Este valor resulta importante en nuestros días en donde la valía del ser humano se ha visto supeditado muchas veces por el de las máquinas, por lo tanto, es necesario “luchar contra la deshumanización de la técnica” sin caer en el absurdo de una cultura sin desarrollo tecnológico, simplemente hay que darle su lugar como plataforma que promueva el desarrollo sostenible.

3. Una ética de la población: Hay que redefinir y repensar la sexualidad, y en especial la reproducción, como un tema medioambiental que no se puede dejar al juicio de la libido. El desarrollo sostenible implica considerar cuán capacitados estamos para alimentar y asegurar el bienestar de una población antes de aumentar su número.

4. Una producción para la vida y no una vida para la producción: La vida tiene un significado invaluable por sí misma fuera de las lógicas de explotación y producción que rigen el mercado hoy en día. Aun así, se reconoce la necesidad de un sistema económico, pero, igual que sucede con la tecnología, es la humanidad la que debe conducir dicho sistema y no al contrario. Es fundamental entender que la naturaleza es la matriz de cualquier sistema de producción pues de ella se obtienen todos los recursos, por tanto, la economía debe estar regida por los límites naturales y no por la mano invisible y desconocida del mercado.

5. La igualdad humana es la base del equilibrio medioambiental: La naturaleza sufre en su piel todas las heridas sociales. “Naturaleza y sociedad están irremediabilmente ligadas” (22) nos dicen los autores del texto. La igualdad significa que todos los seres humanos tengan las mismas oportunidades para satisfacer sus necesidades biológicas y culturales y, en la medida en que nadie sea excluido, se garantiza la preservación del equilibrio medioambiental.

6. La simbiosis por encima de la competencia: La naturaleza es posible solamente en un sistema de cooperación. El sistema capitalista actual se ha encargado de propagar la falacia de que tanto la naturaleza como la sociedad funcionan como una competencia de todos contra todos en donde solo el más fuerte sobrevive. Esto no podría ser más falso, porque si bien la competencia sí existe, es la simbiosis entre las especies tanto animales como vegetales la que garantiza el flujo constante de energía en los distintos ecosistemas; cada especie cumple con su función y de esta manera garantiza que las demás puedan hacer su trabajo, igualmente la sociedad solo se mantiene en un sentido de colectividad donde cada individuo necesita tanto de los demás como de sí mismo.

7. Libertad para crear, no para destruir. La libertad se puede definir como la capacidad para elegir. Esta capacidad no es exclusiva del ser humano puesto que las demás especies también tienen un rango de elección en el cual moverse. Esta capacidad, nos dicen los autores, es una herencia evolutiva de la naturaleza. Al redefinir este concepto como la capacidad para crear y no para destruir podemos entender que somos libres para intervenir en la naturaleza, artificializarla, y así construir una naturaleza más humanizada, sin embargo,

usar nuestra libertad en contra de la naturaleza, desconociendo sus límites y los de nuestra tecnología, implicaría asegurar nuestra muerte.

8. La ciencia como valor límite: La ciencia es producto de nuestra capacidad de pensar el mundo y de esta forma nos permite transformarlo, sin embargo, ninguna disciplina científica tiene la capacidad de comprender la totalidad del mundo por sí sola, por lo tanto se requiere pensar la ciencia como un lazo social que nos acerque desde diversas perspectivas y enfoques múltiples. La interdisciplinariedad es fundamental para ello.

9. La construcción de la tolerancia: La tarea prioritaria de la ética debe ser la construcción de un mundo más tolerante, donde no exista una verdad absoluta, inamovible e incuestionable, sino una verdad en construcción constante a partir de las múltiples miradas de sujetos con experiencias distintas que puedan complementarse entre sí. Para esto son indispensables el diálogo y el compromiso mutuo.

10. Recuperar los derechos de la sensibilidad: No basta con entender el mundo, es necesario aprender a disfrutarlo. Si entendemos cómo gozar de la belleza y orden de la naturaleza sin irrespetarla, habremos concebido una manera de estar en ella sin perjudicarla y por ende, acercaremos nuestra cultura al desarrollo sostenible.

Esta ética nos va a permitir enseñar y aprender con un compromiso ambiental que no se quede solo en ideas retóricas y filosóficas, sino que permitirá elaborar acciones concretas directamente en el ámbito de la cultura. Si la LIJ se sirve de estos valores el resultado va a ser una nueva generación de ciudadanos capaces de enfrentar la crisis ambiental que ya estamos viviendo y que se ve reflejada en el cambio climático que aún ciertos sectores políticos y empresariales se empeñan en negar para proteger sus intereses.

A la luz de estos conceptos expuestos en este primer segmento se realizará una lectura de algunas obras de la literatura infantil y juvenil colombiana, la idea será vislumbrar en ellas

la presencia o ausencia de los valores expuestos por Ángel y Ángel, y de qué modo operan dichos valores dentro los relatos. Este será el tema para los próximos capítulos de la tesis. Por ahora, para dar cierre a este capítulo inicial me dedicaré a profundizar más en la relación LIJ-naturaleza, y la manera en que se ha trabajado dicha relación en el ámbito de la literatura universal.

1.2 Historia de la LIJ y su relación con la naturaleza

La premisa de que las cosas que se leen a edad temprana son las que van a arar el terreno para las posteriores ideas que germinan en el pensamiento de una persona no es reciente ni mucho menos novedosa. Desde sus albores, el tipo de literatura que va encaminada a ser consumida por un público infantil, o en su defecto juvenil, ha estado siempre ligada a un ferviente carácter educativo o si se quiere, formador.

Es por eso que aún sin la noción de “literatura infantil”, los menores no estaban exentos de la experiencia literaria, aun cuando lo que leyesen —o escuchasen, pues como veremos más adelante al revisar la obra de Esopo, la tradición oral fue la que llevó muchos de los primeros relatos al público— no fuera pensado específicamente para su recepción. Ahora bien, para poder hablar de una literatura especializada en el público infantil, es más que pertinente considerar el origen de esta noción de “infancia”. A continuación, haré un recuento de cómo se han entendido la infancia y la literatura infantil en algunos momentos de la historia, junto con un análisis del trato que se le dio a la naturaleza en obras correspondientes a diversos periodos históricos.

Antes de la era moderna, es decir, durante la Antigüedad y la Edad Media, no se tenía asegurada ninguna distinción entre esta temprana etapa en la vida de las personas y la subsiguiente madurez, pues en casi todos los ámbitos de la vida social, los niños eran tratados de la misma manera en que sería tratado alguien adulto, esto es jurídica, militar y laboralmente.

Al consultar el artículo escrito por el académico de la Universidad Abierta de Cataluña, Jordi Planella, respecto a este tema titulado “Los malos tratos a la niñez: análisis

histórico, desde la Antigüedad hasta nuestros días”, podemos ver que, durante la Edad Antigua, en países como Egipto, Israel, Grecia y Roma, la población infantil estuvo obligada a formar parte de una práctica bastante usual en muchas de las culturas conocidas: el sacrificio humano. Esto, mayoritariamente con el fin de apaciguar las fuerzas divinas, pero también por el hecho de considerar la vida de los infantes como una propiedad más del Estado, por ejemplo, en las ciudades griegas:

En Esparta lo más importante era el Estado y las personas debían servirle. Los niños le pertenecían y a él debían entregarse. Según nos relata Plutarco, los niños -después de nacer- eran lavados por las mujeres con vino (en vez de agua) para poner a prueba su temperamento, pues creían que, si eran de poca salud o sujetos a la epilepsia, al ponerse en contacto con el vino serían presas de convulsiones. El mismo Plutarco nos relata cómo el consejo de ancianos de la ciudad, examinaba al niño. Si éste era formado y vigoroso, ordenaban criarlo; si por el contrario había nacido con alguna deformidad, decidían que debía ser abandonado en un lugar llamado Apothetes, una especie de “expositorio”. En caso de que tuvieran la suerte de sobrevivir, les esperaba una triste vida en cuarteles dedicados al entrenamiento para las luchas. (Planella, 1999:6)

Es importante mencionar que el ritual del sacrificio humano fue común también en otras civilizaciones de Asia y América (como de algunos niños entre los incas). Prácticas similares nos va a relatar Planella de Atenas, Israel y del posterior Imperio Romano, donde, además, los niños estuvieron expuestos al tráfico como esclavos, y a una práctica muy común: el abandono.

En cuanto a la literatura, no estuvo exenta de esta omisión, pues durante estos periodos nunca se llegó a considerar que debía existir un tipo de obras “especializadas” en la infancia, aunque hay pruebas de algunas obras clásicas que pudieron estar orientadas al fin de educar o transmitir conocimientos populares a sus lectores, u oyentes en el caso de las obras de la Edad Antigua, siendo el mejor exponente de esto el fabulista de la Grecia arcaica, Esopo, quien se especula que vivió entre los años 600 y 564 antes de Cristo.

A Esopo se le atribuye haber sido el autor de algunas de las historias más contadas a lo largo de la historia humana, sin embargo, sólo se consiguió su amplia difusión y traducción

con la llegada de la imprenta. Antiguamente sus obras, como casi todas, eran leídas en voz alta frente a un público que oía atento. Lo interesante de lo que llamaron “fábulas” era que tomaban muchas veces de los reinos de la naturaleza los elementos principales de su narrativa, tales como “La liebre y la tortuga” y “El cuervo y la zorra”, donde los animales son caracterizados con facultades humanas para lograr que el lector se identifique con ellos.

Este recurso sigue perdurando hasta nuestros días, y ha consolidado una parte importante de lo que la crítica optó por denominar finalmente “literatura infantil”; al respecto de esto, las profesoras argentinas Alicia Origgi de Monge y Mónica Amaré redactaron colaborativamente un ensayo titulado “La fábula en la literatura infantil”, que se encuentra compilado junto a otros textos de la misma índole, por la profesora también oriunda de Buenos Aires, Lidia Blanco, en el libro *Literatura infantil: Ensayos críticos*, de 1992 en donde se dice:

Dentro del campo de literatura infantil ocupan un lugar preponderante los cuentos con animales. La razón de esta preferencia se explica habitualmente por el animismo infantil y por la natural fascinación que ejerce sobre el niño este mundo animal “del placer sin restricciones, de la pereza y hasta de la suciedad”.

Pero también existe una sub-especie —por así llamarla— dentro de los cuentos con animales, en la que estos se constituyen, no ya en un refugio para la fantasía y el placer, sino en un modelo especular de los comportamientos humanos. Nos referimos a la fábula. (Origgi y Amaré, 1996:17)

Así es como se le asigna a la fábula una finalidad moralizante del lector, al mismo tiempo que se hace hincapié en un controvertido proceso de antropomorfización del animal, lo que nos lleva a cuestionar si es este realmente el mejor procedimiento para lograr consolidar la empatía entre el humano que lee y el animal que se describe en el cuento, pues, al fin y al cabo, dotarlo de cualidades humanas, es despojarlo también de su animalidad.

En este mismo texto las autoras ponen de relieve la larga trayectoria que tiene este tipo de narración, elaborando una pregunta sustancial para su ensayo ¿Es la fábula un tipo vigente de literatura? Y para responder a esto es necesario echar mano a otra dimensión de lo literario más allá de lo escrito, es decir, la tradición oral, ya que esta es la que permite y permitió antaño la transmisión de los saberes y oficios cotidianos entre la población iletrada.

Para reivindicar el uso de la fábula en la actualidad, aludiendo a su nación, Argentina, las autoras nos dicen: “los resortes de su origen, sus símbolos y mediaciones continúan vivos en el alma de los hombres y ese es el esfuerzo de escritores argentinos como Montes, Roldán, Villafañe y Palermo por recuperar esta tradición” (Origgi y Amaré: 18), siendo esta tradición la que se rescata, se reivindica y finalmente se renueva.

Continuando ahora con esta presentación histórica de la literatura infantil, un aspecto que no sería prudente obviar, es que en estos periodos anteriores a la Edad Moderna, sobre todo en la Edad Media europea, el pueblo tenía un acceso limitado a las obras escritas, y lo poco que estaba disponible era controlado con celo por instituciones religiosas, tales como el clero, quienes ya habían descubierto la dimensión formativa de la literatura y la usaron sobre todo como un vehículo para la propagación de dogmas.

En cuanto a la situación social de los niños, al llegar a la Edad Media las prácticas infanticidas ya habían desaparecido, pero no ocurrió lo mismo con el abandono. De hecho, sería este fenómeno el que diera lugar a la creación de los primeros orfanatos y refugios para infantes, que según Planella, en España se remontan al año 1337, cuando en Valencia se fundó una institución que recibió por nombre “Padre de Huérfanos”. Respecto al cambio de paradigma frente a la infancia en esta época el autor dice: “Es verdad que en la Edad Media no existe un espacio real para la infancia, sino que ésta se encuentra en todos los espacios sociales. La infancia mezclada con la sociedad adulta, implica formas de relaciones que, a ojos de nuestra sociedad de cambio de milenio, son bien extrañas”. (Planella:9)

En su mayoría, los libros a los que podían acceder los niños y niñas más afortunados en la Edad Media, eran textos formativos, pero no propiamente literarios, tales como bestiarios, abecedarios y silabarios, que no llevaban muchas oraciones complejas, y que, como he mencionado, lejos de relatar historias de ficción, llevaban consigo las ideas moralizantes de la religión.

Pero con el Renacimiento del siglo XV, y gracias a la aparición de la primera imprenta en Occidente, puntualmente en Alemania, llegó también una época dorada para la producción de textos y de lo literario, lo que permitió que la fantasía y lo concerniente a ella ocupara cada vez más grandes y diversos tomos entre las bibliotecas de los ilustres, pues fue también por esta época que la idea de tierras lejanas y extravagantes al otro lado del orbe

comenzó a poblar la imaginación de todo el mundo, dando lugar a historias cada vez más creativas.

También hay que hacer mención de nuevo de la fábula, que continuó siendo por excelencia el género formador y moralizante. Una de las mayores producciones de este tipo corresponde a Sebastián Mey, un escritor español que en 1613 reunió 57 fábulas y cuentos de su tierra en una obra conocida como “Fabulario”. Asimismo, en 1694, el francés Charles Perrault se dio a la labor de dar forma escrita a las historias celtas y relatos populares de Francia e Italia que recopiló en “Cuentos de antaño”, donde encontramos por primera vez los clásicos de *Caperucita roja*, *La cenicienta*, *El gato con botas*, y *Pulgarcito*.

Llegados a los siglos XVII y XVIII, la producción de este tipo de literatura comenzó a ver un auge, y se comenzó a pensar realmente con destino a los más pequeños de la sociedad. Esto viene ligado a la expansión de la educación en los países europeos. Para este punto, la necesidad de alejar a los infantes de los campos de batalla y las áreas de trabajo para enfocarlos en su formación práctica e intelectual fue tomando eco cada vez más fuerte, de tal manera que marcó la pauta de las posteriores declaraciones de los Derechos del niño en el siglo XX, cuando en el continente americano también se comenzase a velar por la protección de esta población.

Entre las obras que más llamaron la atención por estos días están *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift y *Robinson Crusoe* (1729) de Daniel Defoe, ambos textos canónicos de la literatura occidental cuyos temas principales se entrelazan a ese espíritu aventurero que todavía tenía la población europea por el descubrimiento de nuevas tierras recónditas. Estos escritores a través de la palabra exploraron y moldearon mundos imaginarios. Sin embargo, la concepción de la naturaleza en ellos muchas veces se basó en la representación de lo exótico, lo indomable y, por ende, de lo peligroso.

En 1762 se marcó un hito en la noción de educación desde la filosofía cuando Rousseau publicó *Emilio, o de la educación*, texto que comenzaría a pautar las reglas determinantes de los paradigmas de la pedagogía constructivista dominante hoy en día. En esta obra Rousseau propone el modelo educativo para el “ciudadano ideal”, valiéndose de un recurso narrativo al contar en diferentes tomos la vida de Emilio, desde su infancia, pasando por su adolescencia, hasta su adultez, haciendo también mención de cómo debería ser

educada la mujer ideal, Sofía, la futura esposa de Emilio. En esta obra, Rousseau postula que la sensibilidad del estudiante desde el comienzo de su educación es tan álgida que la labor del tutor es proporcionarle las herramientas necesarias para que promuevan su curiosidad y por tanto, la construcción de sus propias soluciones a las incógnitas de la vida. Para lograrlo es fundamental la exploración activa de la naturaleza, ya que es la mayor fuente de estímulos mentales y sensoriales. Este será un primer paso para ir transformando la concepción de la naturaleza y su relación con el ser humano, al menos desde el paradigma educacional, y que continuará más adelante en las obras del Romanticismo.

Los escritores del siglo XIX se vieron notoriamente influenciados por el germen romántico que se propagó principalmente desde Alemania e Inglaterra, y es aquí donde la relación con la naturaleza en la literatura se ve nuevamente frente a un cambio de enfoque. Pues fueron los románticos como Goethe, Schiller, Wordsworth, o el trascendentalista estadounidense Thoreau los que vieron con ojos renovados el mundo natural, encontrando allí el refugio de sus pulsiones y sentimientos y, en últimas, la fuente de la cual tomar los elementos que les permitieran constituir sus obras.

Goethe realizó varios estudios en materia de ciencias naturales, como *Teoría de los colores* (1810) e *Intento de explicar la metamorfosis de las plantas* (1790). Schiller, por su parte, reconoció en la naturaleza el comienzo de la poesía, por eso al escribir su libro *Sobre Poesía Ingenua y Poesía Sentimental* comenzó diciendo:

Hay en nuestra vida momentos en que dedicamos cierto amor y conmovido respeto a la naturaleza en las plantas, minerales, animales, paisajes, así como a la naturaleza humana en los niños, en las costumbres de la gente campesina y de los pueblos primitivos, no porque agrade a nuestros sentidos, ni tampoco porque satisfaga a nuestro entendimiento o gusto (en ambos respectos puede a menudo ocurrir lo contrario), sino por el mero hecho de ser naturaleza. Todo espíritu afinado que no carezca por completo de sentimientos lo experimenta cuando se pasea al aire libre, cuando vive en el campo o cuando se detiene ante los monumentos de tiempos pasados; en suma, cuando el aspecto de la simple naturaleza lo sorprende en circunstancias y situaciones artificiales”. (Schiller, 1801: 4)

Schiller va a hacer una distinción de lo que él considera una “poesía ingenua” que se entretiene en la contemplación de la naturaleza tal cual la percibe, pues “La naturaleza, desde este punto de vista, no radica en otra cosa que, en ser espontáneamente, en subsistir las cosas por sí mismas, en existir según leyes propias e invariables.” (5) y una “poesía sentimental” que se ve, a diferencia de la ingenua, atravesada por una idea en concreto producto del espíritu humano: una poesía mediada por el sentimiento de aquel que observa. Pero en todo caso, ambos tipos de poesía surgen de la admiración de la naturaleza.

Pero no sólo los literatos sino los propios aventureros del viejo mundo encarnaron este espíritu de la época, como Alexander Von Humboldt (1769-1859), quién partió de Prusia en búsqueda de la Amazonas profunda, y terminó pasando por Santa Fe de Bogotá para visitar al sabio Mutis, quien por la fecha se hallaba realizando los quehaceres de su magna obra de taxonomía herbolaria, conocida con el tiempo como La Expedición Botánica.

Sobre Humboldt, Andrea Wulf estableció en *La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander Von Humboldt* que “concibió la tierra como un gran organismo vivo en el que todo estaba relacionado y engendró una nueva visión de la naturaleza que todavía hoy influye en nuestra forma de comprender el mundo natural” (Wulf, 2016:71). Wulf hace hincapié en la manera en la que el naturalista contrapone su visión a un cartesianismo hegemónico del pensamiento occidental.

Esta creciente comprensión de la naturaleza nos llevó a perfeccionar cada vez más las formas de extraer para nuestro beneficio sus recursos, un proceso en el que veníamos trabajando desde la adopción de la agricultura y el sedentarismo, y cuyo punto más álgido se había alcanzado en la Revolución Industrial de 1760. El crecimiento tecnológico comenzó correr la cerca de lo imaginable, y la pasión por tierras a las que visitar en busca de aventuras comenzó llevarnos a lugares cada vez más lejanos. Autores como Julio Verne, Stevenson y desde luego Lewis Carroll, emprendieron viajes más mágicos y misteriosos, y dejaron la puerta abierta a las nuevas posibilidades que se preparaban para surgir en el siglo XX.

Con la llegada del nuevo siglo, la gente empezó a soñar todo tipo invenciones oníricas e irreales, en ocasiones ridículas, pero muchas otras veces visionarias. Los hombres y mujeres en la Tierra se comenzaron a desvelar con la idea de otros mundos más allá de las estrellas. De civilizaciones de seres extraños más allá de lo humano, paseando tranquilas por los

campos y valles a veces de una estrella, otras del lecho marino. Ray Bradbury, por ejemplo, exploró las dunas de Marte en *Crónicas marcianas*, mientras que Aldous Huxley se introdujo en los misterios de la exploración genética en *Un mundo feliz*, haciendo de la ciencia ficción un género ideal para trazar la complicada relación que sostenía la humanidad con el ambiente, y los peligros a los que nos llevaría una mala toma de decisiones frente al desarrollo de nuevas tecnologías.

Pasada la primera mitad del siglo XX, luego de dos guerras mundiales y dos bombas atómicas, se fue comprendiendo la posibilidad de desembocar en un cataclismo ambiental que podría conllevar nuestra propia extinción, producto de nuestros hábitos de consumo desenfrenado de los recursos naturales y de la mala utilización de los mismos. Es cuando se comienza a tomar en serio la idea de preservar dichos recursos y de revalorar nuestro actuar como especie, forjando un camino distinto al del cambio climático.

El estado y la academia, instituciones que ejercen poder, comenzaron a utilizar cada vez más conceptos antes intrascendentes o muy poco utilizados. Uno de estos, la palabra *ecología*, como ya vimos en la primera parte de este capítulo, empezaría a cobrar mayor relevancia ahora y terminará por desembocar en la disciplina contemporánea de la que ya hemos hablado. La consolidación del concepto moderno de ecología coincide con un momento clave también para la industria editorial y para la historia de la LIJ. Al respecto se puede consultar a Esther Laso y León:

Esta coincidencia en el tiempo apunta a que las consideraciones medioambientales pudieron abrirse un camino en la LIJ y, posteriormente, dar lugar a un discurso crítico. Y efectivamente, la LIJ, que basó su desarrollo editorial a final de los 70 apostando por una máxima apertura temática con el fin de eliminar tabúes e intentar escapar de un didactismo endémico, no tardó en reflejar el interés de la sociedad por la ecología (Laso y León, 2010 :339)

En el presente siglo la relación se ha hecho más estrecha. Los autores de LIJ ven en las preocupaciones medioambientales un eje temático para sus obras y esto ha llevado a la proliferación de textos infantiles que buscan acercar a su público a estos problemas, aunque, como señala Laso y León, esto se puede deber también al boom mediático que generan los medios masivos de comunicación en torno al tema ambientalista, siendo aprovechado por los

escritores para aumentar la difusión de sus obras (349). Pero reducir el tema ambientalista a la mera instrumentalización de los escritores para mejorar sus ventas sería injusto e ingenuo, pues hay que destacar la preocupación genuina que varios autores sí han acertado a expresar y divulgar mediante la LIJ con el fin de despertar una auténtica conciencia ecologista en sus jóvenes lectores. Para el siguiente capítulo tomaré textos de escritores colombianos que han explorado este tema en los últimos años, para entender el manejo que le han dado y, sobre todo, para evidenciar la presencia de la ética ambiental en los mismos, que es el tema principal de este proyecto.

Capítulo dos:

Ejemplo de ética ambiental en la LIJ colombiana

En este capítulo procederé a analizar a un autor de LIJ colombiana a la luz de la teoría expuesta en el primer capítulo con el objetivo de ejemplificar mis apreciaciones anteriores y complementarlas. La obra que utilizaré es *Los hijos de Madre Tierra* (2017) de Celso Román. Esta obra fue seleccionada por acercarse a los conflictos medioambientales propios de este siglo y del contexto colombiano.

Los hijos de Madre Tierra es un libro evidentemente ecologista que busca acercar al lector directamente a las problemáticas socioambientales de las distintas regiones colombianas, dándole voz a los animales, dioses indígenas, y seres sacados de mitos y leyendas de diversas comunidades del país, permitiendo así hacer apreciaciones desde la ecocrítica, y evidenciar así la presencia de valores ético-ambientales en ella.

Procederé, pues, a hablar detalladamente de la obra a continuación:

2.1 *Los hijos de Madre Tierra* y la diversidad cultural y ambiental colombiana

El escritor, escultor y profesor Celso Román nació en Bogotá en 1947. Egresado de la Universidad Nacional de Colombia, es médico veterinario de vocación, lo cual explica su interés y conocimiento respecto al mundo de la fauna que se ve reflejado en sus obras literarias. A partir de 1972 comenzó a publicar relatos infantiles en periódicos nacionales, tales como *El Espectador* y *El Tiempo*, y desde ese momento comenzó una prolífica obra en el género de LIJ publicando hasta la fecha más de veinte títulos, entre los que se incluyen cuentos, poemas y algunas novelas, que han sido reconocidas con varios premios en el ámbito de la literatura infantil y juvenil. Además de eso, se ha interesado profundamente en la educación ambiental haciendo parte de la iniciativa Taller de la Tierra. Una de sus obras recientes es *Hijos de Madre Tierra*, de 2017, donde mezcla cosmovisiones de diferentes pueblos originarios y comunidades afro y campesinas de Colombia para hacer un recorrido por las principales regiones donde abunda la biodiversidad que ha sido la matriz común de todos estos pueblos.

El texto de Román se divide en ocho partes: una presentación inicial del personaje protagonista y los posteriores siete viajes que emprende por todas las regiones del paisaje colombiano, pasando por los Andes, la Amazonía, el Caribe, los llanos orientales (Región de Orinoquía), el Pacífico y la región Insular; en cada una de ellas se exponen los diferentes conflictos socioambientales que se pueden constatar en las vivencias de sus habitantes humanos y no-humanos. A continuación, hablaré de cada parte del relato centrándome en la ética ambiental expuesta en el capítulo anterior, con algunas apreciaciones teóricas nuevas que permitan profundizar en el tema, y así ahondar en los conflictos que el autor del libro consiguió representar mediante su escritura literaria:

2.1.1 *El sueño del Payé*

El relato se abre con un pasaje que nos recuerda la cosmovisión indígena de los pueblos del sur amazónico colombiano:

Ha caído la noche sobre el planeta Tierra.

Un leve murmullo recorre el universo, y es al mismo tiempo una luz que se desplaza como si buscara afanosamente un lugar en medio de la miríada de astros en la noche de verano, formada por la anaconda creadora cuando —después de darle vida al mundo y de trazar el cauce de los ríos— subió al firmamento y se disolvió en el reguero de estrellas conocido como la Vía Láctea. (Román, 2017: 5)

Esta “miríada de astros” que es la galaxia que habitamos, la Vía Láctea, es un símil de la gran culebra sagrada que, para algunas culturas sobre todo del Amazonas peruano y ecuatoriano, ha recibido el nombre de *Yacumana*. Para otras, como en este caso, es la anaconda. Esta creencia es muy extendida entre las comunidades de pueblos originarios ubicados en lo que hoy es la región de la Amazonía colombiana, especialmente en los departamentos de Guainía al este, Vaupés al sureste, Caquetá y Amazonas en el sur, y Putumayo al suroeste. Una enorme similitud con el pasaje escrito por Román se encuentra a manera de epígrafe al comienzo de un capítulo dedicado a estos pueblos del Amazonas del libro *Herederos del Jaguar y la Anaconda* de Nina S. de Friedemann y Jaime Arocha:

El origen de la gente es la anaconda celeste,

la vía láctea que descendió a la tierra.

La gran serpiente fue dividiéndose como los ríos

que en la Amazonia la encarnan.

(Friedemann y Arocha, 1982: 86)

Estos pueblos, cuyo territorio se encuentra delimitado principalmente por cuerpos acuáticos (al sur el río Amazonas y el Putumayo, al oriente el río Negro y al norte el Guaviare y el Guayabero; el límite occidental de la Amazonía es la cordillera Oriental de los Andes) han desarrollado una estrecha relación con este elemento que constituye una parte fundamental de su cotidianidad, influyendo en prácticamente todos los aspectos de la vida, de manera que su cultura se desarrolló entorno a los ofrecimientos de la naturaleza tras muchísimos años de observación y entendimiento del ecosistema: “Los innumerables ríos que surcan esta selva hacen de sus habitantes gentes de hamacas y canoas. Excelentes pescadores y mejores cazadores, tienen una forma muy especial de agricultura rotatoria, cuyo cultivo fundamental es la yuca brava” (87-88). Esto es de suma importancia, pues como veremos en el relato, las descripciones de las viviendas y la organización social de esta comunidad, así como sus prácticas agrícolas y de obtención de recursos, en el texto de Celso Román, responden a las exigencias y limitaciones impuestas por la naturaleza.

Ahora bien, el relato de *Los hijos de Madre Tierra* continúa con la búsqueda que realiza este rumor luminoso que vaga por el Cosmos, que desciende a la tierra, a América del Sur y específicamente a la manigua amazónica en busca de un hombre. Es cuando se nos presenta al personaje principal del libro: un *Payé* de la selva. Este es el término con el que varias culturas amazónicas denominan a la figura del chamán que, en la obra de Román, sostiene un diálogo directo con la Madre Tierra y se pone al servicio de ella. Posteriormente aquí se hace la descripción de una construcción indígena: la luminosidad “Entró al enorme espacio de la maloca, la gran casa construida según la orientación de las estrellas donde dormía la gente de la aldea” (Román, 2017:5) y se nos revela un poco más sobre las cosmovisiones amazónicas y sus conocimientos referentes a la astronomía, ciencia natural fundamental para dichos pueblos. Unos párrafos más adelante se retoma la descripción de la maloca y se profundiza en sus significados:

...la maloca, el recinto sagrado construido por la comunidad en minga —el trabajo de todos—, el cual personificaba a la Madre Tierra ancestral, ya que sus columnas y sus vigas representaban el esqueleto; los amarres de bejuco yaré eran sus venas, y la cubierta de hojas de palma real simbolizaba su piel. El *Payé* sabía que la maloca era la casa del universo, pues estaba orientada sobre los puntos cardinales, y a la vez era el

vientre donde se formaba la vida, al contener en ella los elementos rituales masculinos y femeninos: el fuego, el ambil —la esencia del tabaco—, la sagrada hoja de coca, el almidón de yuca y el casabe, amasado en forma de tortilla, junto con el ají y el maní, que recreaban entre ellos el orden del cosmos. (6)

Aparte de la descripción de la vivienda, evidentemente influenciada por el entorno natural puesto que su intención es representar a la propia Madre Tierra, se nos presentan también las concepciones de los frutos y plantas más significativos para estas personas asociados de manera ritual a las nociones de masculino y femenino, dando a entender que se complementan entre sí para formar un todo ordenado en el que se incluye a la comunidad sin discriminar a nadie. Respecto a esta arquitectura y su significado Friedemann y Arocha apuntan lo siguiente:

Si no fuera por los procesos de aniquilamiento cultural impulsados por misioneros y comerciantes, hoy en día observaríamos a casi todas las familias extensas de la Amazonia, ocupando amplias casas comunales o malocas. Estas viviendas son rectangulares en el Vaupés, y circulares en muchos sitios del Amazonas y el Caquetá. Empero, en todas partes constituyen el eje de las ceremonias religiosas. por ello, están construidas de tal modo que sus puertas, estantes, horcones y techos representen el universo. La cumbrera de muchas malocas deja entrar haces de luz que se proyectan sobre piso y horcones. Como los koguis, las gentes de la Amazonia observan cuidadosamente el movimiento de esos rayos luminosos para organizar e interpretar el ciclo agrícola. (Friedemann y Arocha, 1982:88)

Esto nos revela otra pista sumamente importante sobre la aplicación de los conocimientos naturales obtenidos por medio de la observación del ambiente: el desarrollo de la agricultura y los ciclos de siembra y cosecha entorno a los ciclos naturales del ambiente. Lo cual nos permite, llegados a este punto, denotar dentro del relato de Román al menos cuatro valores ético-ambientales del decálogo de Ángel y Ángel expuesto en el capítulo anterior:

En primer lugar, **la construcción una cultura adaptativa constante**, pues tanto el mito fundacional de este pueblo como todo su entendimiento de la realidad se encuentra mediado por su conocimiento de la naturaleza, y es a través de este saber que pueden constituir su cultura, desde lo más básico como la delegación de tareas y horarios cotidianos,

hasta la organización de su estructura social, nombrando un Payé para mediar entre lo natural y lo humano, y el rol de lo masculino y lo femenino dentro de la aldea.

El segundo valor que se hace evidente es el de **los límites de la tecnología**, pues como ya vimos, tanto la arquitectura como la agricultura dependen en su totalidad del orden natural de su hábitat: la construcción de una maloca no se puede dar de manera aleatoria, sino que tiene que estar supeditada a la posición de los astros en el cielo, de igual manera los periodos de siembra tienen que estar determinados por los ciclos naturales de las plantas y del suelo. Este valor conlleva de manera inmediata la adopción de un tercer valor ético-ambiental del decálogo: **la ciencia como valor límite**, pues se evidencia cómo los distintos saberes, que en la actualidad, en el mundo globalizado, clasificamos como disciplinas científicas separadas, en esta comunidad están irremediablemente ligados unos con otros: astronomía, agricultura y medicina hacen parte de lo mismo y conforman un tipo de interdisciplinariedad que depende de la relación respetuosa de aprendizaje frente a la naturaleza. No por nada el Payé condensa en una sola figura todos estos conocimientos y saberes.

El cuarto valor presente en el texto, quizás un poco menos visible, corresponde al noveno dentro de la lista elaborada por Ángel y Ángel: **la construcción de tolerancia**, y se manifiesta levemente en el pasaje ya citado del relato, cuando al hablar de la maloca se nos dice que es el lugar sagrado “construido por la comunidad en minga —el trabajo de todos—”, pues se hace énfasis en la cooperación y trabajo mutuo en los que se basan estas comunidades para la resolución de las tareas. Este concepto de “minga” pareciera olvidado en Occidente y traerlo a colación para que un público de lectores infantiles se familiarice con él es una buena forma de forjar en ellos un sentido de la colectividad y mutualismo que les enseñe a cooperar entre sí; este valor traería consigo los valores cinco y seis del decálogo, sin embargo, profundizaré en ellos más adelante en la medida en que el relato ahonde más en esta concepción de trabajo comunitario.

Esta primera parte del libro sigue con el diálogo entre el Payé y la representación de la Naturaleza, que se describe como una entidad femenina de rasgos indígenas vestida con animales y plantas, y que no puede ocultar su creciente preocupación por el peligro inminente que la acecha. El conflicto principal del libro se nos expone: muchas especies de flora y fauna

están en peligro de extinción por la indiscriminada explotación del ser humano a los recursos naturales para satisfacer sus actividades económicas. La Madre Tierra pide ayuda al Payé para solucionar los conflictos en los distintos ecosistemas colombianos y, aunque es una tarea sumamente difícil, le dice que no está solo, pues así como hay personas destructoras de la naturaleza, también existen los hombres y las mujeres que, como él, tienen la conciencia medioambiental tan arraigada que trabajan diariamente para mitigar los daños de la humanidad en la naturaleza, además de ellos, las diferentes culturas a lo largo y ancho del país cuentan con deidades y seres mágicos que se han encargado desde tiempos remotos de preservar los ecosistemas, hogar de un sinnúmero de especies; estas especies, animales y vegetales también harán parte de sus aliados en la lucha contra la avaricia humana. Termina, pues, este primer segmento del libro, con el Payé volando junto a la Madre Tierra rumbo al Eje Cafetero, donde tendrá lugar el primer conflicto medioambiental del relato.

2.1.2 Los loritos de las palmas

Este capítulo se abre con una descripción más precisa de la Madre Tierra que, pese a decirse en el capítulo anterior del libro que era una mujer de rasgos indígenas, aquí se nos muestra ya como una deidad sobrenatural:

Su cuerpo era el de una mujer recia y parecía tallado en la retorcida madera de los encenillos de sus montañas. Tenía la piel siempre cubierta de musgos y líquenes selváticos donde se enredaban las plumas de las aves silvestres; su vestido era de coloridas hojas llenas de rocío, y por donde pasaba dejaba perfumes embriagadores de afelpadas flores llenas de almíbar, haciendo que la siguieran las abejas de sus selvas enmarañadas. (Román, 2017: 9)

Esta descripción recia e intimidante de la Madre Tierra contrasta con su carácter afable frente al Payé, pues como ella misma lo dice, su apariencia es un mecanismo de defensa que le sirve para proteger a la naturaleza de sus destructores: “—No debes temerme, pues aunque mi figura, junto con mis gritos y bramidos, generan terror, lo hago para asustar a quienes les hacen daño a los hijos de Madre Tierra— dijo con un sonrisa...” manifestando que no dudará en usar su poder con tal de proteger a sus hijos. Esta condición de valedora de plantas y animales es lo que le ha significado el miedo e incluso el desprecio por parte de muchos humanos, pues existe una mentalidad contrapuesta a la de los defensores

ambientales: muchas personas suelen asociar a la naturaleza como un peligro, como algo indómito que más que favorecer el cauce de su propia vida, constituye un peligro que hay que eliminar o por lo menos docilizar. Esta mentalidad está sumamente extendida en el mundo moderno y, desde hace muchos siglos, se ha convertido en una patología que impide una relación conciliadora entre las personas y el medioambiente, atribuyéndole a este las desgracias de los cataclismos naturales que en la mayoría de casos han sido responsabilidad nuestra:

La acusaban de ser la causante de los males que sobrevenían después de su llanto. Afirmaban que enviaba las plagas que diezmaban el ganado y que era la responsable de las marañas impenetrables de espineros y arbustos venenosos que llenaban los potreros e impedían el paso de la gente. Aseguraban que ella borraba los senderos y ocasionaba a los caminantes terribles alucinaciones y desagradables mareos que les duraban varias horas. —Los humanos ni se imaginan que son ellos mismos quienes causan esos daños, pues al talar los bosques en las cabeceras de los ríos ya no hay cómo retener las aguas lluvias, y por eso suceden las inundaciones, con todas sus terribles consecuencias —expresó con tristeza la Madremonte. (10)

Quisiera detenerme un momento sobre este aspecto y su relación con la ética ambiental pues me parece de suma importancia para el propósito de la tesis. Me refiero a que esta incapacidad para responsabilizarse del impacto negativo de sus acciones sobre el medio ambiente es el origen de la apatía humana frente a los inminentes cambios climáticos y naturales que el planeta está viviendo en la actualidad pues, conforme pasan los años, lo único que pareciera no cambiar es la tendencia humana a encontrar motivos y culpables ajenos para seguir negando lo innegable. Este problema constituye un reto fundamental para la ética ambiental. El primero en reparar sobre este asunto fue el filósofo alemán de origen judío Hans Jonas, que elaboró el “principio de responsabilidad” en un libro homónimo que se publicó por primera vez en 1979. Allí, cuando la ecología moderna era aún una incipiente disciplina, Jonas ya mencionaba la importante necesidad de repensar bajo preceptos éticos nuestra relación con la naturaleza determinado por el continuo —y desmesurado— avance tecnológico de la civilización humana a escala global. Haciendo énfasis en la incapacidad de las éticas anteriores para sortear estos nuevos retos:

La técnica moderna ha introducido acciones de magnitud tan diferente, con objetos y consecuencias tan novedosos, que el marco de la ética anterior no puede ya

abarcarlos. El coro de *Antígona* sobre la “enormidad”⁴, sobre el prodigioso poder del hombre, tendría que sonar de un modo distinto hoy, ahora que lo “enorme” es tan diferente; y no bastaría ya con exhortar al individuo a obedecer las leyes (...) Ciertamente, los viejos preceptos de esa ética “próxima” —los preceptos de justicia, caridad, honradez, etc.— siguen vigentes en su inmediatez íntima de la esfera diaria, próxima, de los efectos humanos recíprocos. Pero esta esfera queda eclipsada por un creciente alcance del obrar colectivo, en el cual el agente, la acción y el efecto no son ya los mismos que en la esfera cercana y que, por la enormidad de sus fuerzas, impone a la ética una dimensión nueva, nunca antes soñada, de responsabilidad. (Jonas, 1995: 32)

Hago esta acotación con el fin de señalar un cambio de paradigma, al menos desde el ámbito de las ciencias humanas, para combatir los efectos de esta incapacidad para asumir la carga que pesa sobre los hombros de la humanidad por todo el daño medioambiental causado desde las civilizaciones antiguas. El aporte de Jonas al campo de la ética ambiental puede resumirse en la adaptación que hizo de aquel viejo imperativo categórico de Kant referente a la ética, el que decía “Obra de tal modo que puedas querer también que tu máxima se convierta en ley universal”, Jonas lo transformaría en el siguiente: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra” (1995:40). Esta máxima filosófica se hace transversal y complementaria a todo el decálogo de valores ético-ambientales que se han manejado a lo largo de este proyecto.

Continuando con la lectura de *Los hijos de Madre Tierra*, en este capítulo se encuentran los personajes en la Zona Cafetera, que se compone principalmente por los departamentos de Quindío, Risaralda, Caldas y Tolima, y una parte del Valle del Cauca y de Antioquía. Además del café, abundan en esta zona los cultivos de palma de cera del Quindío (*Ceroxylon quindiuense*), sobre todo en el municipio de Samaná (Caldas), el corregimiento de Toche (Tolima) y en el Valle del Cocora (Quindío). Este árbol que llega a medir hasta setenta metros de altura es, constitucionalmente, el árbol nacional de Colombia desde 1985. Pero es al mismo tiempo una especie en peligro de extinción por la deforestación indiscriminada de la que ha sido víctima, por un lado, para abrir terrenos para la imposición de potreros para actividades ganaderas. Por otro lado, la causa de su exacerbante tala, y que se explora en el libro, se debe a que durante mucho tiempo sus hojas fueron utilizadas por los católicos para la

⁴ Véase *Antígona*, 330 y ss.

elaboración de ramilletes en la celebración del Domingo de Ramos que inaugura la Semana Santa.

Una vez han arribado el Payé y la Madre Tierra, son interpelados por una bandada de “loritos orejiamarillos” en absoluta desesperación por la proximidad de comerciantes a su hogar, que buscan materia prima para los ramos de la fiesta católica, pero también ávidos de saquear los nidos de las aves que habitan en las palmas para comercializarlas como especies exóticas. La Madre Tierra, que indistintamente se llama Madremonte o Pachamama, encomienda al Payé la búsqueda de dos personajes de la población andina que le ayudarán a repeler la amenaza y asegurarse de que los habitantes de su comunidad entiendan la importancia de cuidar el ecosistema del bosque; ellos son el profesor de la escuela, Ciro, y el padre de la Iglesia, Belarmino. La designación de estos dos hombres como aliados del Payé y de la Madre Tierra no es fortuita, pues además de su notoria sensibilidad frente al medioambiente, ambos sujetos ostentan posiciones de poder dentro de la comunidad del pueblo, pues representan dos de las instituciones más significativas y relevantes para la vida de sus vecinos; si bien no es el tipo de poder jurídico-legal que se ejerce desde la alcaldía o la estación de policía, sí tienen influencia directa en el sistema ideológico de los demás, bien sea desde la educación o desde la creencia.

Una vez en la escuela rural, el profesor Ciro dice al Payé: “—Señor Payé, estos niños son los hijos de los comerciantes de pichones de loros y de los fabricantes de ramos. ¡Parece que tendremos que educar también a los papás!, porque si bien mis estudiantes aquí en la escuela La Palmita respetan la vida en todas sus formas, ¡no sucede lo mismo en sus hogares!”(10) dejando claro que los niños, en su condición de infantes, entienden la relevancia de la naturaleza para su propio porvenir, atendiéndola y cuidándola, pues en su formación han logrado consolidar una mayor sensibilidad que les obliga a respetarla, cosa que no sucede con los adultos, pues es como si en la madurez estuviese también el distanciamiento con el medioambiente. El profesor Ciro acepta de inmediato la tarea de ayudar al Payé.

El cura Belarmino, por su parte, intenta despertar en sus feligreses esta conciencia perdida, aun cuando sea la celebración que precede, la del Domingo de Ramos, una de las causas de la tala de palma de cera en la región. El padre, consciente de esto, hace esfuerzos

por instar a su comunidad a reemplazar esta práctica por un tipo de desfile que no implique el uso del árbol, sin embargo, como él mismo reconoce, es como si “una fuerza poderosa estuviera empeñada en impedir que la comunidad entienda que las palmas de cera y los loritos orejiamarillos que se alimentan de sus frutos y anidan en ellas son un verdadero tesoro de nuestra cordillera” (11).

Al reconocer también en él un aliado, el Payé le comparte su plan: esparcir unas semillas dadas por la Madremonte con la ayuda de los loritos y los niños de la escuela, pero antes, necesitan bendecirlas el padre y el Payé. Esta es la parte más interesante del relato, pues significa un sincretismo de ambas creencias para un fin común: cuidar la naturaleza. Tanto la fe en Cristo como la convicción del indígena resultan compatibles en este mismo propósito, destruyendo la falsa dicotomía que opone una creencia a la otra y que las ha mantenido enfrentadas por tantos siglos, habiendo sido esta oposición uno de los fundamentos de la violenta reducción de los pueblos originarios de América al pensamiento eurocéntrico traído por los conquistadores. Este pasaje es un ejemplo de **la construcción de tolerancia**, uno de los valores ético-ambientales:

—¡Entonces es hora de bendecir las semillas, padre Belarmino, y despertar en ellas el amoroso poder de Madre Tierra y la voluntad del sol, la luna y las estrellas! — exclamó el Payé haciendo una oración en su idioma, mientras el sacerdote a su vez rezaba y les hacía la señal de la santa cruz. Las semillas parecían multiplicarse para salir innumerables de la bolsa sostenida por el Payé, y de inmediato el profesor las entregó a sus niños y el sacerdote a sus feligreses. Con cada semilla recibían estas palabras mágicas: ¡germina y crece por el amor de Madre Tierra! (11)

Al recibir en sus manos una de las semillas, cada miembro de la comunidad que está dispuesto a ayudar se ve envuelto en una epifanía procedente de la Madre Tierra que le permite ver la intrínseca relación simbiótica de cada especie de su ecosistema. Les permite comprender cómo están conectados animales, plantas y humanos con el agua y con el aire, de manera que se conmueven al ser conscientes de la fundamental importancia de cada especie en su entorno. Con esta nueva conciencia, la comunidad se dirige al bosque donde los cazadores y comerciantes están a punto de derrotar a la Madremonte y sus incansables esfuerzos por proteger las palmas; allí, con ayuda de los loritos, esparcen las semillas que, al estar bendecidas tanto por el cura como por el Payé, germinan inmediatamente y forman una barrera impenetrable que mantiene alejados a los destructores de la naturaleza, dándole un

socorro a la Madre Tierra, quién es consciente de que esta acción no solucionará el problema, pues la maldad está radicada en la mente de las personas que no ven a la naturaleza más que como una despensa de recursos para su provecho.

Es por esto que los niños de la escuela llevan semillas a su casa, para colocarlas bajo las almohadas de sus padres y que, en los sueños, estas les hablen y les comuniquen lo mismo que a los feligreses en la Iglesia. Así ocurre y los que fueron cazadores, taladores de árboles y comerciantes de especies exóticas, comprenden al fin que cada especie en el planeta tiene sus propios ciclos y su propio fin; que todas deben ser respetadas por ser fruto y garantía de la vida misma. Es gracias a esto que las personas pueden comprender al fin que lo que antes consideraban males de la naturaleza, eran las consecuencias de su propio actuar desmedido e inconsciente. El capítulo se cierra con la celebración del Domingo de Ramos, ya no con cogollos de la palma de cera, sino con ramos de plástico reciclado que “una vez bendecidos, honraban igualmente a nuestro señor Jesucristo y a Madre Tierra” (14), un ejemplo sublime de tolerancia y respeto por el pensamiento ajeno, todo esto generado gracias a la conciencia medioambiental. Mientras todos celebran, el Payé tiene que prepararse: una nueva aventura le espera.

2.1.3 Fuego en el desierto

Este nuevo capítulo inicia con la solicitud que hace al Payé Pulowi, la diosa wayúu de los vientos, para que atienda una emergencia en el desierto de la Guajira, en la serranía de la Macuira, donde un voraz incendio arrasa con la vegetación del desierto y amenaza con acabar con los animales y las personas que viven allí. Pulowi, que se representa también como una deidad femenina, con su piel adornada por dibujos en espiral del color ocre de la semilla de achiote con los cuales los indígenas wayúu muestran el recorrido de sus vidas, lleva al Payé hasta donde se encuentra el palabrero de la comunidad, Masitusay Jarayú, del que “en la ranchería decían que su labor era agotar la palabra antes que agotar la vida” (16).

Sin embargo, el hombre, afligido, explica al Payé que su labor como mediador en los conflictos se ha vuelto insuficiente para resolver el problema de los hombres con la naturaleza, pues el monstruoso incendio es producto de la actividad de agricultores de la

región que queman extensas zonas de vegetación para así preparar la tierra para nuevas siembras, sin reparar, sin embargo, en que el clima ha venido transformándose, haciendo de esta práctica algo sumamente riesgoso por la escasez de lluvia.

Una vez Pulowi se aleja, puesto que el viento puede avivar las llamas, convoca a Juyá (o Huya), el dios wayúu de la lluvia, quien aparece en el relato con la figura de un cazador indígena montado sobre un caballo de nube y armado con un arco y flechas de agua. Con su ayuda, Jarayú y el Payé consiguen acercarse al monstruo de fuego para reducirlo y disiparlo, salvando las vidas del árbol macondo y el venado soche que se encontraban a su merced. Por último, los miembros de la comunidad se acercan para reforestar el área incendiada con semillas de toda clase para que la vida resurja de entre las cenizas. Hay un valor ético-ambiental que se presenta en este capítulo y del que no había podido hacer mención antes en el texto: **la libertad para crear y no para destruir**. Este valor se pone de manifiesto al final del capítulo en la siguiente cita:

El universo del bosque seco de la península floreció como un paraíso, y los dioses dijeron que así debería conservarlo la gente, y para ello era necesario mantener dominado el espíritu del fuego.

Comprendieron que el fuego no era malo en sí mismo, pues es una gran ayuda para preparar los alimentos e iluminar las rancherías en la noche. Todo dependía de la forma en que fuera usado por los seres humanos. (18)

Y como se explicó en su momento en el capítulo anterior de la tesis, este valor asume que todos los seres humanos tenemos la capacidad de incidir en nuestro entorno, sea para bien o para mal. La naturaleza y sus elementos no son buenos o malos *per se*, somos nosotros los que les damos una categoría dependiendo de la función para la cual los requiramos. No estamos exentos de tener que intervenir en la naturaleza y en sus diferentes ciclos para sobrevivir, pero sí podemos decidir el uso que les damos y promover así una adecuada instrumentalización de sus energías con la mayor responsabilidad posible.

2.1.4 El agua prisionera

Una vez resuelto el conflicto en la Guajira, los servicios del Payé como emisario de la Madre Tierra son requeridos nuevamente, esta vez por un duende de aspecto extravagante

proveniente de la Orinoquía, quien, a pesar de sus intentos por sonreír, no es capaz de ocultar la enorme tristeza que le embarga pues su tierra está en peligro por la ausencia de agua.

El Payé se hace consciente de esto al constatar que el cauce del río ha disminuido. Mostrándose el sabio viejo como un conocedor de estos territorios, pues apenas han empezado a sobrevolar el río Orinoco, este reconoce de inmediato los sagrados raudales de Atures y Maipures. Aquí, Celso Román aprovecha para introducir una versión resumida de aquella leyenda indígena, según la cual, hace mucho tiempo existió un padre pescador con dos hijos. El padre era capaz de un prodigio inigualable al poder sacar cualquier pez del río con el secreto de una carnada que solo él poseía: su propio ombligo. Al contarle a sus hijos su secreto les hizo jurar no divulgarlo, pues si lo hacían, caería sobre ellos el peso de una maldición. Los jóvenes por imprudencia no cumplieron su promesa al padre, por lo que fueron castigados transformándose en un par de delfines rosados, conocidos como toninas. El padre, desesperado, empezó a arrojar enormes rocas al río con el fin de retener y sacar del agua a sus hijos, sin embargo no pudo hacerlo y las enormes piedras quedaron en medio del agua convirtiéndose en las enormes formaciones que aún hoy se pueden apreciar.

Sobre estas llamativas formaciones rocosas, uno de sus primeros observadores occidentales fue el expedicionario Alexander Von Humboldt, y al consultar la versión virtual de *La ruta de Humboldt: Colombia y Venezuela* publicado por Villegas Editores y disponible en su página web, en la sección titulada “Las cataratas del Orinoco”, se nos dice:

El río Orinoco, al dirigirse de Sur a Norte, se ve atravesado por una serranía de montes graníticos. Constreñido en dos puntos de su curso, se rompe con estruendo contra unas rocas que forman gradas y diques transversales. Nada tan imponente como el aspecto de estos lugares. Ni el salto del Tequendama cerca de Santa Fe de Bogotá, ni las grandes escenas de las cordilleras han podido atenuar la impresión que en mí había producido la primitiva vista de los raudales de Atures y de Maipures (...) Los indígenas las llaman Mapara y Quituna; pero los misioneros han sustituido estos nombres por los de Atures y Maipures, conforme al nombre de las primeras tribus que reunieron en las aldeas más próximas. (Humboldt, 2020)

La apariencia casi quimérica de este paisaje que impresionó sobremanera al mismísimo Humboldt va a ser el escenario de esta nueva aventura del Payé, donde el conflicto principal es el robo del agua por parte de humanos desquiciados. La presencia

constante de elementos fantásticos tanto del folclor llanero como de diversas etnias indígenas hacen de este relato uno de los más extensos dentro del libro, pues no se centra en una sola cultura sino en un grupo diverso de creencias de varias comunidades, apelando a deidades muiscas de la sabana andina como *Sie*, diosa del agua, y también a mitos y leyendas —como la referida de los raudales— de la cultura sikuni, perteneciente a los territorios que hoy son los departamentos de Vichada, Meta, Arauca, Guaviare y Guainía, la zona limítrofe entre la Orinoquía y la Amazonía. Por lo tanto, este capítulo es una amalgama de creencias de diversas culturas, pero, geográficamente hablando, se desarrolla en los llanos orientales.

La puerta de entrada a este maravilloso escenario que quizá sería mejor llamar *País del Orinoco*, en lugar de “llanos orientales”, son los ya mencionados raudales de Atures y Maipures, pues inmediatamente después de haber narrado la leyenda del pescador y sus hijos, Román nos dice que son estos el comienzo del llamado “Camino de Dios”, o *Diosonamuto*, un término difícil de explicar pero que, una vez hecha la pesquisa, nos conduce inevitablemente al nombre del escritor e historiador —y economista de profesión— oriundo del Meta, Alberto Baquero Nariño (1945), quien es una respetable figura dentro de la academia colombiana, habiendo sido rector de la Universidad de los Llanos y presidente de la Academia de Historia del Meta, cuya obra se ha enfocado en desarrollar la planificación territorial de los llanos orientales. Planificación en términos ecológicos, económicos, urbanísticos, estéticos y humanísticos; su obra abarca muchos aspectos y el libro que mejor refleja esto es, de hecho, en el que utiliza el término “Diosonamuto” que aparece en el texto de Celso Román, este libro es *Atavismo y Taumaturgia: Cosmos del Diosonamuto (País del Orinoco)* de 1996, en donde explica el término de la siguiente forma: “Diosonamuto ó el Camino de Dios, es la ruta terrestre precolombina desde el Orinoco hasta el Caño Camoa en San Martín, Meta, libre de ríos. Allí encontraban el eterno descanso los abuelos indígenas después de recorrerlo: memorias genéticas y tradiciones indelebles, cosmovisiones genuinas” (Baquero, 1996:4). En esta obra, Baquero Nariño va a detallar los pormenores de los paradigmas y retos del devenir de la región, constituyendo un hito para una disciplina de la que él prácticamente es el fundador: la orinocología.

Prosiguiendo con *Los hijos de Madre Tierra*, el Payé y el duende que lo acompaña llegan hasta donde un anciano chamán guahibo, quién le solicita al Payé interceder para salvar la vida del árbol floramarillo y del chigüiro que agonizan por la falta de agua, pese a

que nadie sabe el motivo de la creciente sequía. Luego de este encuentro, la actitud misteriosa del duende lleva a sus compañeros a insistirle en que les narre su historia, él accede y les confiesa provenir de la tierra de los muisca, de la corte de la diosa del agua, Sie, a quien servía como su guerrero y protector. Pero su suerte cambió cuando se enamoró de Nube, una de las hijas de la diosa, algo prohibido para los guardianes de la corte, por lo que fue castigado por la diosa con la apariencia de un duende y con su expulsión del paraíso. Pese a todo esto, aún seguía amando a la Nube, pero ella ya nunca más volvería a reconocerle por su aspecto deformado.

Una vez dicho esto, ambos ancianos sabios prometen ayudarlo con la condición de que sea él quien encuentre a Nube, pues eso les arrojará pistas sobre el paradero del agua. Con semillas de yopo tostadas y molidas con ceniza, envían al duende primero a preguntar entre los dioses muisca de la sabana: Hicha, diosa de la tierra; Fiba, dios del viento y del aire; Gata, dios del fuego; todos son interrogados por el duende, pero ninguno sabe dar razón del paradero de Sie y sus numerosos hijos. El duende decide entonces preguntar entre los animales, pero el resultado es el mismo. Solo cuando está apunto de desfallecer en su misión es que el Ocarro, el armadillo gigante de los llanos, que conoce los misterios debajo de la tierra, aparece y le da la respuesta que había estado buscando:

—Hay hombres ambiciosos que quieren robar los tesoros del mundo. Ellos han encerrado en una jaula de oro a la terrible Huitaca, la diosa muisca del mal, a quien Chiminigagua, el dios creador, castigó por sus fechorías convirtiéndola en lechuza. Ellos la capturaron y la han puesto a su servicio para hacer un doble negocio: apoderarse del agua para venderla y dejar la naturaleza reseca. De esa manera piensan esclavizar a Madre Tierra, pues al ser dueños del agua tendrán todo el poder sobre la vida. Cuando la superficie del planeta esté seca y sea un desierto sin vegetación, sacarán el oro y los minerales valiosos de las montañas que hoy están cubiertas de páramos, de selvas y de bosques —dijo con tristeza el enorme Ocarro. (Román, 2017: 23-24)

Esta presencia constante de la mitología muisca en un entorno perteneciente a otras culturas —pues los muisca no habitaron en la Orinoquía sino en el altiplano cundiboyacense y la parte sur del departamento de Santander— es un recurso de la narrativa de Román para complementar así la visión de mundo que pretende ofrecer a sus jóvenes lectores, sin embargo, hay que resaltar la pulcritud del autor al señalar en cada caso la etnia a la cual

corresponde cada mito, de manera que no se pueda caer en el equívoco de mezclar historias y tradiciones de diferentes culturas indistintamente como si fuesen una sola. Si bien ha sido clara la presencia constante de una variedad pluriétnica en todo el libro, este es el primer caso en el que son mencionadas distintas creencias conviviendo entre sí en un mismo episodio de la narración.

Sin embargo, esta conjunción de los mitos de la etnia guahiba y los muisca no es aleatoria, ni mucho menos. Román logra conectar ambas culturas a través de un espacio de contacto común. Nuevamente debemos volver sobre el Diosnamuto y el sendero que este traza. Pues según la definición de Baquero Nariño aquel camino que inicia en los raudales del río Orinoco, termina en San Martín, Meta, a menos de doscientos kilómetros de la ciudad de Bogotá —otrota Bacatá, y Muyquyta, capital del Zipazgo muisca—, convirtiéndose entonces en la puerta de acceso a la sabana al descender de la cordillera. En el relato, los malvados hombres que pretenden robar el agua la están almacenando en el vientre de un volcán dormido que se encuentra ubicado en la sabana muisca, desde allí se extienden los tentáculos de Huitaca en busca delpreciado elemento. Román utiliza la leyenda sikvani del dios Kubei que buscaba a su esposa, Jumenerrúa, raptada por su rival Kúkuli, para así explicar el canal de comunicación entre ambas culturas:

Como Kubei no sabía nadar ni tenía canoa, los monos le dijeron que podía descender desde los páramos, cuna del agua, en el territorio muisca del altiplano, bajar por el piedemonte de la cordillera Oriental, cruzar el caño Camoa, llegar a San Martín de los Llanos, proseguir por la orilla derecha del Meta, por Corocitó y Gualabó, bordear la margen izquierda del río Vichada, en dirección al nororiente bordeando los torrentes, caños y afluentes de los ríos Manacacías, Muco, Tomo y Tuparro, y así recorrería las inmensas sabanas orientales sin tener que atravesar corriente mayor, hasta llegar a los raudales de Maipures en el Orinoco, y encontrar a su amada. (26-28)

Este diálogo entre la cultura muisca y guahiba nos habla de una relación que puede remontarse mucho tiempo atrás, dejando claro la existencia de una comunicación entre los diversos pueblos originarios del país aun cuando cada cual mantuviese sus propias tradiciones y creencias, lo que fortalece los vínculos de solidaridad entre comunidades, enviando un

mensaje al público infantil de la obra, una vez más, entorno a **la construcción de la tolerancia** que se constituye cada vez más como uno de los valores fundamentales del libro.

En cuanto a la resolución del conflicto en este capítulo de *Los hijos de Madre Tierra*, el duende vuelve del sueño del yopo con la información conseguida. Al comunicarle al chamán y al Payé el plan de los hombres, estos emprenden la marcha para enfrentarse a Huitaca, la diosa manipulada por los seres humanos. Mientras tanto, el duende con ayuda del Ocarro consiguen excavar bajo el volcán que almacena el agua robada para liberar a la diosa Sie y a sus hijos, de esta manera, el duende consigue el favor de la diosa, que le levantará el castigo que lo mantenía preso en aquella forma, solo después de cumplir una prueba de ingenio que consistía en transportar agua en un colador sin derramar una sola gota; su amada Nube, que por fin le reconoció, le ayuda congelando el agua para que de esta forma culmine la tarea y pueda regresar a su antiguo aspecto de apuesto guerrero.

Por su parte, el Payé y el chamán, ahora transformado en un jaguar, logran liberar a Huitaca de su jaula y del martirio de los hombres, haciéndole prometer nunca más ponerse al servicio de las ruines intenciones de los humanos codiciosos y terminando así con el robo del agua. El episodio termina acentuando el valor ético-ambiental de la tolerancia con el llamado de los ancianos sabios a trabajar en *únuma* —el nombre sikuani para la minga— y, como había anunciado desde la lectura del primer episodio, *El sueño del Payé*, mediante este concepto se pueden apreciar al menos otros dos valores del decálogo de Ángel y Ángel: **La igualdad humana es la base del equilibrio medioambiental y la simbiosis por encima de la competencia**, ambos expresados en el siguiente pasaje donde se explica mejor el sentido de la minga:

Únuma era el convite para el trabajo comunitario, con suficiente comida y bebida para que todos trabajaran cómodamente, intercambiando esfuerzos para cumplir una labor, como hacer una canoa, construir una casa, recoger la cosecha o sembrar un terreno con propósito de tener el apoyo mutuo expresado en la frase: “Hoy yo te ayudo, mañana tú me ayudas” (28-29).

El valor de la igualdad se ve reflejado en el sentido de trabajo colectivo, donde la propiedad privada no se pone por encima de los lazos sociales, sino que la construcción de objetos y de viviendas se realiza con el fin de que todos los miembros de la comunidad cuenten con las mismas posibilidades de suplir sus necesidades. Por su parte, el carácter simbiótico de la minga se expresa en la frase al final de la cita: “hoy yo te ayudo, mañana tú me ayudas” es el reflejo claro de esta mentalidad, según la cual, el dar a los demás es asegurarse para sí mismo el crecimiento personal traducido en la obtención de ayuda por parte del resto de la comunidad, es decir, prevalece la organización colectiva por encima del individualismo que es más característico de las comunidades del mundo de la globalización capitalista.

2.1.5 El árbol de la vida

Mientras los indígenas llaneros se encuentran en minga, son sorprendidos por la presencia de una enorme ballena proveniente del pacífico colombiano que viene en busca del Payé. Sobre ella viaja una sirena que se dirige al hombre y le pide acompañarla hasta el otro extremo del país donde la comunidad embera necesitaba de su ayuda. Más allá de los manglares, en medio de la selva, habita la comunidad embera, allí el Árbol de la Vida, el cedro, está en un grave peligro pues la llegada de comerciantes de maderas finas a la región ha significado la tala de muchísimas especies vegetales, y tal como el Payé comprende, esto implica la muerte de las demás especies que dependen de la floresta para subsistir.

Una vez llegan al territorio de los indígenas embera, la Sirenita del Arco, que es como se llama este ser, presenta al Payé y al Jaibaná, el mayor de la comunidad, quien además de ser el curandero, es el encargado de tratar con los jai, los espíritus de la vida, el alimento y las fuerzas naturales. Por medio de su conocimiento de los espíritus, el jaibaná es quien puede garantizar la vida de la comunidad, porque entiende el funcionamiento de los ciclos naturales de la selva, sin embargo, ni siquiera él puede enfrentar la fuerza destructora de los comerciantes de madera y su poderosa maquinaria.

Una breve descripción de la aldea embera y del tipo de viviendas que allí se encuentran nos dice cómo la arquitectura de este pueblo está también mediada por las condiciones naturales de su entorno, poniendo de relieve nuevamente el segundo valor ético-ambiental del decálogo, **la tecnología tiene límites**: “A medida que se acercaban, el Payé distinguió las casitas llamadas tambos, con techos de palma milpesos y sin paredes por lo cálido del clima. A ellas se ascendía por una escalera tallada en un tronco, pues las viviendas se levantaban a más de un metro del suelo sobre pilotes de madera gruesa, para ponerlas a salvo de las altas mareas del océano Pacífico” (32) Este tipo de construcciones es bastante antiguo y no se encuentran únicamente en el Pacífico colombiano, de hecho, estas casas que se denominan palafitos han sido encontradas alrededor de todo el mundo, incluso, en Europa existen registros de viviendas de esta clase que datan del Neolítico; son bastante comunes en Sudamérica, sobre todo en Colombia, Perú y Chile. En el caso de la comunidad embera, los tambos asemejan la apariencia de los mangles que abundan en la zona y conforman el bioma conocido como manglar. Estos árboles, que parecieran ser arbustos por su robustez, tienen tallos de hasta tres y cuatros metros de altura, aunque se han evidenciado algunos incluso de más de quince metros, lo que les permite arraigarse en el suelo y alzarse por encima del agua. A partir de su observación es que los seres humanos han desarrollado esta técnica arquitectónica para construir sus hogares.

Otra especie vegetal que abunda en la zona es el cedro, al que se refiere la Sirenita como el Árbol de la Vida. Esta es una especie que se distingue por su singular aroma y por la calidad de su madera. En el relato, es el hogar de mil setecientas especies de plantas y animales y de su corteza se desprende el agua del conocimiento que sirve al Payé y al Jaibaná para hacer entrar en razón a quienes buscan acabar con la vegetación del Pacífico. Esta podría ser una variación del mito emberá-chamí del árbol *Jenené* que fue derribado por *Caragabí*, el fundador de la comunidad embera, para así hacer brotar de su raíz el mar y de sus ramas los ríos, regalando el agua a los seres humanos⁵.

Otro aspecto importante de la cultura embera es su relación con los jai y la clasificación de estos. Como ya se mencionó, es el Jaibaná el encargado de mediar entre los

⁵ Kimy Pernía Domicó, Luis Angel Domicó, Efraín Jaramillo. “*Movilización cultural del pueblo Emberá Katío del Alto Sinú*”. en Creencias, ritos, usos y costumbres de los indios Catíos de Urabá, parte 1a., cap. II. Bogotá, año 1924.

espíritus y los humanos, y se distinguen tres grupos principales de estos seres: *Dojura*, los jai del agua; *Wandra* los jai madres de los animales y plantas que moran en las cabeceras de los ríos; y los *Antumiá*, que son los jai de los animales que viven en la selva profunda y en quienes habitan las almas de los seres humanos muertos. Estos seres van a ser de profunda importancia en el relato pues prácticamente en ellos radica el poder de la Madre Tierra para acabar con la amenaza humana:

—Jai del viento, no los dejes avanzar; jai de la lluvia, ven con tu poder de vida; Dojura, jais del agua, traigan la inundación; Wandra, jais de las madres de los animales y las plantas que han sacrificado, vengan a recuperar a sus hijos; Antumiá, jais de la selva profunda en quienes habitan las almas de mis hermanos fallecidos, vengan a poner orden en el universo —invocaba el Jaibaná. (36)

Este episodio guarda muchas similitudes con la primer aventura del Payé, *Los loritos de las palmas*, pues en este caso la intervención de la Madre Tierra se ve reflejada en la acción de los jai para atemorizar a los hombres, momento que es aprovechado por los sabios y por la comunidad para darles de beber el agua de la corteza del Árbol de la Vida, lo que infunde en ellos una conciencia de su conexión con la naturaleza, revelándoles el futuro de lo que sería la humanidad si perecieran el Árbol y las especies que en él habitan. Es así como este episodio culmina con el pacto de armonía establecido entre animales, plantas, espíritus y seres humanos, tanto leñadores como indígenas. Pero el Payé inmediatamente va a ser convocado para una nueva misión, esta vez, en la Isla de San Andrés.

2.1.6 Peligro en el mar de los siete colores

Un enorme tobogán de arcoíris cruza hasta la costa del Pacífico proveniente del Mar Caribe, en él viajan un grupo de pelícanos y gaviotas que fueron enviados a buscar al Payé. Eran los delegados de todos los animales del archipiélago de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, así como de los animales marinos que vivían bajo el agua. Las islas estaban en grave peligro y no había tiempo que perder.

Emprendieron el vuelo y cruzaron el istmo Centroamericano hasta divisar los colores del Mar Caribe. Allí les esperaba Christopher Archbold, un pescador oriundo de la isla que va a ser el aliado del Payé en esta historia. La acción tendrá lugar en la Reserva Mundial de la

Biósfera *Seaflower*, y el conflicto principal va a girar en torno a la utilización desproporcionada de la tecnología en el lugar. Si bien se trata nuevamente de recalcar el segundo valor ético-ambiental: **la tecnología tiene límites**, en este episodio no se va a visibilizar como hasta ahora se ha hecho en el resto del libro, donde este valor es aprendido por las comunidades mediante la observación de su entorno natural para la implementación de técnicas que les permitan desarrollarse culturalmente. Aquí, el papel de la tecnología va a ser antagónico pues se va a dar un claro ejemplo de cómo la utilización indebida de los desarrollos tecnológicos propios de la era moderna llegan a repercutir negativamente en la naturaleza, poniéndola en riesgo y por lo tanto amenazando la existencia de todos los seres vivos que dependen de ella.

Rápidamente, Christopher le explica al Payé lo que sucede: un hombre identificado como El Experto ha desarrollado una máquina que se llama *E-DEMONI* (Empresa de Desarrollo Moderno Industrial) que, después de juntar todo el metal de la isla por medio de un poderoso imán, activó un misterioso mecanismo que le permitía de manera surrealista extraer cualquier cantidad de recursos naturales del mar y del suelo para ponerlos al servicio de los más variados intereses de inversionistas que comenzaron a llegar de todas partes del mundo. Proyectos mega-hoteleros, pesca desenfrenada de especies protegidas, extracción de petróleo del fondo coralino, son algunas de las actividades que puede realizar la aterradora máquina en cuestión de unas pocas horas siendo sumamente rentable para los inversionistas, pero desastrosa para el ecosistema caribeño.

El daño se ve reflejado en la pérdida de los colores característicos del mar. Este uso desproporcionado de la tecnología con fines de explotación natural nos lleva a la interpelación del cuarto valor dentro del decálogo de Ángel y Ángel: **una producción para la vida y no una vida para la producción**, pues la actitud de los inversionistas nos muestra las consecuencias de un régimen de la producción mercantil por encima del valor intrínseco de la vida. La decadencia del Mar de los siete colores y del archipiélago es el ejemplo de lo que pasa cuando se privilegian las actividades económicas en una zona concebida para ser un paraíso ecosistémico, que brinde protección a un sinnúmero de especies de flora y fauna y que, en una amplia visión panorámica, resultan más productivas para la vida del ser humano que

cualquier rentabilidad económica. Sin embargo, tanto los turistas inversores como El Experto parecen incapaces de notar este hecho.

Es entonces cuando se habla de *Anansi*, un poderoso ser perteneciente al folclor afro que ha partido a las profundidades del mar para enfrentar a la máquina y evitar que siga usurpando el petróleo. Anansi es una enorme araña negra de la que se habla en las leyendas de África occidental y que fue transportada por los esclavos en tiempos de las colonias hasta América, constituyendo así un personaje para múltiples relatos que se han propagado por las comunidades afrodescendientes de las islas del Caribe. Se presume que su origen está entre el pueblo Ashanti, o Asante, originario del centro de Ghana, pero que se diseminó gracias a los relatos orales del pueblo Akan, al sur de este mismo país, y algunas partes de Costa de Marfil y de Togo. Se ha hablado de este personaje tanto en las Antillas neerlandesas como en Surinam y múltiples islas del mar Caribe, desde Jamaica hasta San Andrés, como se nos muestra en el relato. Su nombre varía constantemente, pero los más comunes aparte de Anansi, son Ananse, Nancy o Ananncy. En todas las leyendas se le considera como un diablo benefactor que, pese a molestar a algunos humanos, también es capaz de ayudarles y salvarles cuando lo considera necesario. En *Los hijos de Madre Tierra* se describe de la siguiente forma:

Anansi es la araña mágica llegada de África con los esclavos negros. Su nombre provenía de *anansesm*, que en lengua ashanti significa araña. Ella es inteligente y sagaz, y tiene el poder de transformarse en varios personajes: la bella reina morena Miss Nancy, o una señora gorda, picara y sonriente llamada tía Ananse, o en el fornido Breda Nanse, un beligerante negro campeón de todos los torneos de lucha africana. Los personajes en los que se transforma Anansi a veces pueden ser ladrones, desconsiderados, avaros, asaltantes e infractores de la ley, hábiles incluso para tender emboscadas y quitarles la vida a sus enemigos si llegan a considerarlo necesario. En las islas los nativos saben que hay que tener mucho cuidado con Anansi en cualquiera de sus facetas, porque ellas suelen enamorar, traicionar y abandonar a quienes ilusionan, sin importarles el sufrimiento que causen, dejando a sus víctimas con el corazón partido y envueltas en llanto. (43-44)

El rol de este personaje se vuelve fundamental en el relato, pues una vez el Payé y el pescador Christopher le encuentran en el lecho marino a punto de sucumbir ante la máquina, lo rescatan y llevan a la superficie para idear un nuevo plan. Descubren entonces que El Experto se encuentra en una estación aérea desde donde controla su máquina y recibe la visita de los inversionistas. Hasta allí llegan Christopher y Anansi, el uno disfrazado de piloto y el otro transformado en Miss Nancy para seducir al Experto. Una vez obtienen su confianza, la araña se abalanza sobre él en su forma original y logra capturarlo, poniendo fin a su diabólico plan. El Payé, por su parte, convoca los poderes que le otorgó la Madre Tierra para repoblar con semillas de palma de coco las playas saqueadas por la máquina del Experto. Este por su parte, fue condenado por su ruindad y puesto en prisión. La celebración no dura mucho, sin embargo, pues una neblina fresca proveniente de los Andes llega hasta la playa junto a un cóndor de las montañas: el Payé tiene una nueva misión.

2.1.7 En el reino de Mapalina

Convocado a asistir a los Andes, el Payé se despide de sus nuevos amigos isleños para partir junto al cóndor al pueblo de Aguabonita, Cundinamarca, abajo del páramo de Sumapaz —El más grande del mundo— donde según el cóndor, hace un tiempo llegó un sujeto que se hace llamar El Inversionista, que con trucos baratos, logró obnubilar a la comunidad del pueblo prometiéndoles una inmensa fortuna a cambio de su fuerza de trabajo para un ruin propósito: excavar en el páramo para extraer el oro que yace dormido en el corazón de la tierra. Esta parte del relato corresponde con la realidad del pueblo, pues desde el año 2017 se vienen haciendo públicas las denuncias ciudadanas por los peligros que representa la explotación minera en esta zona.

La vereda de Aguabonita en el municipio de Sylvania es el hogar de uno de los pocos bosques de niebla que aún quedan en el mundo; este ecosistema, que también se conoce como nimbosilva, es bastante rico en vegetación y en especial en musgos, lo que hace de él una

abundante fuente de humedad y almacenamiento de agua que sustenta toda la vida de la zona, siendo indispensable también para los territorios aledaños por proveerlos del preciado líquido indispensable para la vida. Hasta allí han llegado las empresas mineras en busca de arcilla y arenas que abundan en estos cerros. En una nota periodística del año 2018 se nos da una idea de la magnitud del problema al cual se enfrentan los habitantes de esta población andina: “La Agencia Nacional de Licencias Ambientales (Anla) a través de la Resolución 0041 de 2014 concesionó licencia para explotar treinta y nueve hectáreas por 30 años prorrogables por igual cantidad de años. Según sus cálculos, cada año extraerían 250.000 m³ (toneladas) de material, que para hacernos a una imagen del volumen que representa equivalen a 41.000 volquetas de 6 m³, 114 por día”⁶. La explotación constante en el terreno ha fracturado ya el ecosistema, afectando la vegetación y animales que viven allí, pero también contaminando el agua que llega hasta los pueblos aledaños con productos químicos que resultan nocivos para la salud de los seres vivos.

En la historia escrita por Román lo único que cambia son los intereses, pues El Inversionista tiene que prometer oro en vez de arcilla a la comunidad para así cegar su entendimiento con el hechizo de la riqueza. En este punto de la narración es preciso traer a colación nuevamente el valor ético-ambiental “**una producción para la vida y no una vida para la producción**”, que los habitantes de Aguabonita olvidan por completo al poner el oro por encima de la vida: “La multitud recibió hachas, motosierras, azadones, picas, palas y toda clase de machetes y artefactos para cortar, y empezó a moverse como un ejército de autómatas dispuestos a destrozarse la vegetación del páramo. Iban hipnotizados con el propósito de dejar desnuda la tierra para arrancarle el oro que dormía un sueño de siglos debajo de las rocas” (Román, 207:54). Este agravante, que pone a la comunidad en contra de la naturaleza, va a significar todo un reto para el Payé que solo cuenta con la presencia de los animales y plantas como aliados. Pero es entonces cuando se presenta en su favor una deidad de la mitología del Páramo: Mapalina, la diosa de la neblina y protectora del páramo que, cuando un intruso se entromete en sus dominios o hace daño al páramo, se manifiesta mediante una espesa capa blanca que le nubla la vista y le desconcierta, aterrándolo y llevándolo fuera de su hogar, o llanamente enloqueciéndole. Román la describe como una mujer de facciones indígenas, igual que la Madre Tierra, vestida completamente de blanco, de

⁶ *La mina que amenaza el nombre de Agua Bonita*. Las 2 Orillas. Abril, 25 de 2018.

modo que recuerda la vestimenta de los chibchas que habitaban el altiplano cundiboyacense en la época pre-colombina.

La insistencia de los pobladores de Aguabonita y del Inversionista es tanta que ni siquiera la espesa niebla logró disuadirlos en su intento por saquear la montaña. El reto es tan grande para el Payé que ni siquiera organizando a todos los animales del páramo, entre los que estaban el puma, los venados y las aves, lograron ahuyentar a los humanos. Entonces es cuando se hace oportuna la aparición de dos humanos defensores de la naturaleza: Los guardabosques del parque ambiental que colinda con el páramo.

Una vez logran contactar a Eliseo y Marisol, los cuidadores del parque, ellos acuden a la batalla para ayudar a los defensores de la Madremonte. su idea es convocar los poderes de la Madre Tierra para que bendiga el musgo *sphagnum*, que es capaz de almacenar hasta cuarenta veces su peso en agua, para que absorba enormes cantidades del líquido precioso y tal como ocurrió con los leñadores del Pacífico y los comerciantes del Eje Cafetero, permita hacer volver la razón a las cabezas de los testarudos habitantes de Aguabonita. El plan es aceptado por todos y una vez cargado el musgo, las aves del páramo sobrevuelan la inmensa turba de buscadores de oro, haciendo caer sobre ellos la mágica lluvia de la Madre Tierra que disuelve el hechizo del oro, exponiendo al Inversionista como el malévolo charlatán que, al valerse de artilugios y artimañas, había logrado engañar a todo el pueblo. La comunidad deja caer sus herramientas y desiste de la búsqueda del oro, pues saben que un tesoro más valioso se encuentra en el Páramo: el agua y la biodiversidad que lo habita.

2.1.8 En el Amazonas, la batalla final

En el capítulo final, el Payé tendrá que hacer frente a la mayor amenaza de todas, esta vez en su propio hogar, la selva amazónica. Se han aliado todos los villanos a quienes se enfrentó anteriormente y que no han disipado la maldad de sus corazones: El Experto, El Inversionista y los ladrones del agua. Con un monstruo de fuego como el que atacó la vegetación de la Guajira, se han abierto paso hasta el hogar del Payé, de quien juraron vengarse por frustrar sus planes. Esta colectividad de villanos se ha bautizado *LIAR* (En inglés adjetivo de mentiroso(a) y en español sinónimo de atar o amarrar), que significa Liga Internacional de

Aprovechamiento de la Riqueza. Su líder, El Inversionista, ha liberado al Experto de la cárcel y con su ayuda ha construido una máquina peor que el E-DEMONI, el E-DIABOLI (Energía Disponible Inmediata Al Beber Líquidos), y su objetivo, aparte de acabar con la vida del Payé, es llegar hasta la ceiba Amacayacu, ya que han descubierto que este enorme árbol es la entrada oculta hacia Patiti, el legendario reino precolombino construido absolutamente en oro y por el que tantos aventureros y conquistadores había perecido o enloquecido al intentar encontrar.

El Payé se da cuenta del peligro cuando, aún en el páramo, escucha la voz de su compadre, el curaca ticuna que, al estar patrullando por la manigua, pudo observar de frente la lucha que mantenían los malvados de LIAR con el jaguar amigo del Payé y el joven Curupira, el guardián de la floresta, quienes al notar que la ceiba estaba en peligro acudieron a su defensa. Este último es descrito como un muchacho de extraño aspecto, con el cabello verde y tupido, la piel cubierta de musgo e insectos y, lo más llamativo de todo, con los pies al revés, es decir, con los dedos mirando para atrás, porque de esta forma podía confundir a cualquiera que quisiera seguir sus huellas haciéndole ir en la dirección contraria a la suya. El Curupira es capaz de un enorme poder al generar visiones de enormes monstruos selváticos que atemorizan a quienes se le enfrentan, sin embargo, esto parecía ya no intimidar a los malvados, que repetían una y otra vez que eran simples trucos de magia. El Payé no duda en acudir, y con ayuda de las aves del páramo llega volando hasta la selva, donde los destructores de la naturaleza le esperaban para hacer que su máquina se le bebiera la sangre.

Una vez allí, el Payé envía a sus amigos, el Jaguar y el Curupira, rumbo a la aldea pues está también está siendo amenazada por los malvados, pero su verdadera intención es alejarlos de aquel lugar pues él ya ha comprendido que su viaje ha llegado al final y que es momento de un último acto que lo vuelva a reunir en la infinitud del Cosmos con la amada Madre Tierra. El Jaguar, que no se quería ir pues sentía con el Payé un vínculo especial al haber sido su compañero de patrullaje por la manigua en incontables noches, y haber convivido juntos en un mismo cuerpo cuando el Payé hacía uso de los bejucos de *yagé* para entrar en él, entiende por fin que su amigo está a punto de hacer un sacrificio por el bienestar de la selva. Ambos se marchan y es cuando el Payé evoca la oración final que le permite entrar en contacto con la Madremonte. Pide a la Naturaleza que reciba su vida a cambio de la existencia del árbol de Amacayacu, y esta acepta su ofrecimiento. El Payé se transforma en un enorme resplandor mientras siente que se convierte en el centro mismo del Universo. Esta

luz crece y calcina a todos los enemigos de la Madre Tierra dejando a la floresta en un absoluto silencio que solo es interrumpido cuando se escucha la voz de Madre Tierra recibiendo a su hijo:

—Has cumplido con tu misión y ahora eres parte de mí, eres el universo entero, ya somos uno solo con el todo, en el amor a la vida. Eres parte de la eternidad y así trasciendes tu corto tiempo como humano. Eunectes, el güio te traerá hasta tu lugar en el firmamento —dijo con su dulce voz que era a la vez un rayo de sol, el rumor del agua, el canto de los pájaros y el sonido de la brisa entre el follaje de la ceiba. La gran anaconda de luz apareció y envolvió el espíritu del Payé para llevarlo a su lugar en la Vía Láctea, el reguero de estrellas donde el güio se había disuelto después de crear el mundo. (65-66)

Cerrando de esta forma el relato con la misma cosmogonía con la que inició: la leyenda de la gran culebra que dio forma a nuestra galaxia. Si bien en este episodio se podrían nombrar algunos de los valores que ya se han identificado a lo largo del libro, quisiera hacer especial énfasis en el principio de responsabilidad de Hans Jonas que se explicó al comienzo, pues es el acto final del Payé, de sacrificarse por el bienestar de la selva, una exposición magistral de aquella máxima “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra”, dándole un sentido más amplio la vida, que no cobija ya la vida humana únicamente, sino la vida en un sentido general y completo, desde el ser unicelular más simple hasta los animales más complejos.

A lo largo de este capítulo pudimos apreciar cómo las múltiples culturas alrededor del país establecen su identidad propia en torno a la naturaleza que les rodea y sus interacciones con ella al mismo tiempo mercan un proceso simbiótico que implica que ellas mismas hacen parte del medioambiente y no son agentes externos a los procesos ecosistémicos que tienen cabida allí. También pudimos ver reflejada una gran inequidad en la manera en que está distribuida la riqueza, bien sea económica, o en términos de recursos naturales, así también existe una profunda desigualdad en la forma en que diferentes grupos humanos se ven afectados por las consecuencias del impacto industrial y económico sobre la naturaleza, siendo estas comunidades que han construido históricamente su identidad en torno a la naturaleza las que se llevan la peor parte en esta desigualdad social. Todo esto será abordado en mayor medida al analizar la siguiente obra, *La libertad del Agua* en el siguiente capítulo.

Capítulo tres:

Una ética ambiental propuesta desde el territorio

En este último capítulo me propongo ampliar el panorama de la ética ambiental en los textos de LIJ colombiana, esta vez tratando un corpus propio, producido de manera colectiva al interior de un semillero de investigación popular que se desempeña en el ámbito de los estudios medioambientales desde mi lugar de enunciación: la localidad de Kennedy al suroccidente de Bogotá.

Por lo tanto, este capítulo lo he dividido en dos partes fundamentalmente: una, en la que haré una breve exposición de lo que ha sido la historia de los conflictos socioambientales en la localidad de Kennedy, y que servirá de introducción a este capítulo, pues situarán al lector en el contexto bajo el cual se redactó el relato. Luego, en la segunda parte, procederé a desglosar dicha obra construida comunitariamente, titulada *La libertad del Agua*, de la misma forma en que procedí ante el libro de Celso Román en el capítulo anterior, evidenciando así la presencia de los valores ético-ambientales que Ángel y Ángel elaboraron en su decálogo.

3.1 Techotiba, un territorio de agua y de luchas populares

Kennedy es la localidad número ocho de las veinte que tiene la ciudad de Bogotá. Según boletines de prensa de la propia Alcaldía Distrital, es una de las tres localidades con mayor densidad poblacional, llegando a albergar el 15.4% de los habitantes totales de la capital para el 2018.

Los lindes de este territorio están establecidos por las cuencas de tres ríos muy importantes para la ciudad: el Tunjuelo, el Fucha (o San Cristóbal) y el Funza (Bumsa o Bogotá). Estos tres cuerpos de agua han sido fundamentales para el desarrollo de la vida diaria los habitantes del territorio.

La presencia de ecosistemas como los humedales —los tres reconocidos oficialmente son La Vaca, El Burro y Techo, también llamado Tingua Azul— hace que prácticamente todos los habitantes de la misma tengan una relación directa o indirecta con los mismos y

que, con el tiempo, hayan desarrollado relaciones complejas con estos espacios, llegando a preservarlos o a promover su destrucción, en las mismas proporciones.

Asimismo, Kennedy ha sido históricamente el nicho de muchos movimientos sociales. Tomando gran protagonismo en acontecimientos de revueltas populares, tales como “El paro del 77” y el más reciente paro del 21N de 2019, en donde el barrio Patio Bonito fue el epicentro de una enardecida violencia. Los movimientos estudiantiles de secundaria, así como los movimientos barriales dirigidos desde las Juntas de Acción Comunal, han sido sumamente relevantes para la historia del territorio, haciendo de la localidad una de las que más experiencia han acumulado en este tema.

Por estos dos aspectos: la existencia de muchos y muy importantes ecosistemas en el sector, y la amplia historia de los movimientos sociales en Kennedy, es que no resulta extraño que en la actualidad haya surgido una nueva generación de procesos populares que toman al ambientalismo como bandera y punto de partida para llevar a cabo las más diversas luchas que van, desde el arte y la educación, hasta el deporte y los derechos humanos.

En este contexto es que surgió en el año 2017 una plataforma bajo el nombre de Techotiva Ambiental, cuyo objetivo principal ha sido el de articular cada uno de estos procesos que, en la mayoría de los casos, trabajaban en un barrio específico de la localidad, para ampliar así su alcance y conformar redes de solidaridad entre los diversos colectivos y “parches” que se dispersan por todo el territorio, bajo una misma premisa: los conflictos sociales comienzan y terminan en los conflictos ambientales.

Entre los retos y conflictos a destacar en la actualidad se encuentran la tala indiscriminada de árboles en el bosque Bavaria, amparada por el Plan de Ordenamiento Territorial de la administración distrital, el cual se ha llevado a debate en reiteradas oportunidades; la creciente y constante contaminación de los tres ríos que circundan el territorio; los intentos de empresas constructoras y algunas vecindades por acabar y urbanizar los humedales; la visible pobreza y desigualdad social que afecta a algunos sectores del territorio, concentrándose especialmente en los barrios que rodean la central de Corabastos; las precarias condiciones de trabajo y vida indigna de las personas dedicadas al reciclaje y separación de las basuras (carreteros y en algunos casos habitantes de calle); la delincuencia y la organización de las llamadas “limpiezas sociales”, un fenómeno que, si bien se ha reducido con el pasar de los años, nunca ha sido erradicado del todo.

Considero que la literatura y la ética ambiental tienen la labor de intervenir en un territorio tan afectado por estos flagelos socioambientales y, en especial, de intervenir sobre la infancia para promover la visión de un mundo distinto que se pueda ir construyendo poco a poco de la mano de una nueva ciudadanía. Por lo tanto, la obra que se va a exponer en este capítulo, *La libertad del Agua*, es un intento por aportar desde el arte a esta construcción de un mundo nuevo, con un sentido de pertenencia por nuestro territorio y un mayor respeto por la naturaleza.

Si no he profundizado lo suficiente en los aspectos históricos del territorio, es porque ese análisis se va a posibilitar al momento de desglosar el relato que concebimos de manera conjunta en el seno mismo de la localidad, el cual viene a continuación.

3.2 *La libertad del Agua* y el territorio pensando colectivamente

El protagonista del título del relato es el agua, pues como he explicado anteriormente, la presencia de cuerpos hídricos en todo el territorio ha devenido en que este elemento sea sumamente relevante para los habitantes de la localidad. No solo por las ya conocidas atribuciones que se le dan a este líquido por posibilitar la existencia y permanencia de la vida en el planeta, sino porque ha influido directamente en la arquitectura de los barrios y el estilo de vida de las personas de Kennedy.

Pero la gran presencia de espejos de agua en toda la localidad no es fortuita, sino que corresponde a un hecho fundamental de la historia del pueblo muisca: todo este territorio fue antes una gran laguna pantanosa, producto de la unión de los ríos Fucha, Funza y el hoy conocido como San Francisco. Según el historiador Roberto Velandia Rodríguez (1923-2011), quien fuera apodado como “El historiador mayor de Cundinamarca”, en el libro *Fontibón. Pueblo de la Real Corona* (1983), Tichitiba, o Techotyba, era el poblado muisca contiguo a Fontibón por el sur, con mucha presencia de agua:

Ambos estaban en los pantanos que se formaban entre la confluencia de los ríos Vicachá (hoy San Francisco) y Fucha, al occidente del sitio más tarde llamado Puente Aranda, y el río Bumsa o Bogotá, lugar denominado Puente Grande. Bordeando esos

pantanos, y por el lado de Bosa, pasaba el primer camino de Santafé a Guataquí, que por Fontibón salía hacia el río Bogotá en el punto llamado Puente Grande, cuyo paso se hacía por balsas. (Velandía, 1983: 24)

La fragmentación de esta laguna pantanosa se fue dando con el tiempo debido a las constantes construcciones sobre el suelo a partir de la conquista de los españoles. Sin embargo, el territorio quedó marcado por aquel legado y los humedales que hoy sobreviven en él son las reminiscencias de aquel territorio del agua. Fue por esto que decidimos utilizar este elemento como hilo conductor de toda la historia, pues creemos que a partir de una mejor comprensión la historia de nuestro territorio —que a su vez es nuestra propia historia— podemos despertar una conciencia de cuidado de los ecosistemas sobrevivientes y acercar a los vecinos al propósito de la ética ambiental.

El relato fue pensado a partir de tres momentos históricos claves para la construcción del sentido de pertenencia que buscamos incentivar. El primero es la Techotiba milenaria, o ancestral, como llamamos al periodo precolombino, donde el respeto de los pobladores muiscas hacia las fuentes hídricas estaba comúnmente aceptado por todos; este periodo terminaría con la conquista española y el desalojamiento de los pobladores originarios hacia otros lugares. El segundo periodo que establecimos es en el que se desarrolla el proceso de urbanización que tuvo lugar, sobre todo, en el siglo veinte, comenzando en la década de los años 30 y cuyo punto más álgido ocurre en la década de los 60, cuando se renombra al territorio como Kennedy. Finalmente, el tercer momento corresponde al inicio y fortalecimiento de los movimientos sociales y ambientales en la localidad desde finales de los años 70 hasta la actualidad.

Al ser un relato de LIJ concebido desde la imaginación y las ideas de varias mentes creativas, la narración comienza en un futuro distópico, en el año 2018, en el que una niña llamada Sihya emprende un viaje al pasado para conocer la historia del territorio. El texto se divide en siete segmentos que profundizan diferentes aspectos de la historia de estos tres momentos históricos mencionados, y se ponen de relieve los valores ético-ambientales del decálogo establecido por Ángel y Ángel. A continuación procederé a tomar cada una de las partes del relato para explicar su contenido y su relación con la ética ambiental.

3.2.1 *El camino de Sihyta*

Como bien he dicho, Sihyta es una niña que vive en el año 2108, en la ciudad de Bogotá, en el sector Timiza, el cual hoy en día corresponde a la UPZ (Unidad de Planeamiento Zonal) número 48 de Bogotá, conformando una más de las doce UPZ de la localidad de Kennedy. El nombre de la protagonista fue escogido por los niños que asistieron a los talleres de creación literaria y se refiere a una palabra de la lengua muisca que quiere decir “rana”.

La designación de esta palabra no es aleatoria, ya que la rana es un animal considerado como un bioindicador muy importante de la calidad del agua en un ecosistema, pues su presencia quiere decir que aquel lugar es propicio para la vida. Esta palabra fue enseñada a los niños por un grupo de mujeres del territorio que trabajan para el fortalecimiento social, económico y cultural de la comunidad, con el fin de promover un desarrollo sostenible. El nombre de este grupo es, justamente, Corporación Sihyta.

En *La libertad del Agua*, Sihyta es una niña de unos doce o trece años que lleva una vida común y corriente en el mundo del siglo XXII, pero la mañana en que comienza el relato va a estar marcada por un signo de extraordinariedad que va a pautar el comienzo de su aventura fantástica: Al despertar y mirar por la ventana, lo primero que ve es un pequeño espacio azul en el cielo. Un hecho bastante inusual en aquel mundo en el que la contaminación del aire es tan densa que hace que la mayoría de la gente no recuerde que el cielo es azul y no gris.

Cuando Sihyta despertó lo primero que vio fue un pequeño rincón azul en medio de las nubes de humo gris que colmaban el cielo, lo vio a través de la pequeña ventana de su habitación que daba hacia la calle repleta de gente corriendo a sus trabajos y automóviles electromagnéticos por doquier. —Qué raro, recuerdo haber cerrado bien la cortina anoche— se dijo para sí misma y se dio el gusto de mirar por unos pocos minutos más aquel pedacito de cielo (Anexo: 1)

Si bien se hace la primera mención a tecnología futurista, al hablar de automóviles electromagnéticos en la calle, este tipo de aparatos no son necesariamente los responsables de la contaminación del aire, pues este tipo de energía no expide humo. Pronto se nos revela la verdadera causa de la extrema polución: “Hacía mucho tiempo que no le había visto, pues lo más común era ver el gris del humo y de las cenizas que expulsaban las chimeneas de las fábricas” (1). Durante todo el relato se va a hacer una referencia constante a cómo son las

grandes industrias manufactureras las responsables de emitir enormes cantidades de contaminación al agua y al aire. Este resultó un aspecto relevante a la hora de construir el relato, pues acá en Kennedy contamos con muchas fábricas que surgieron a raíz de la industrialización y posterior urbanización de la zona. Siendo quizás, la más emblemática de todas, la planta de Bavaria, que funcionó durante cuarenta años en el territorio y que al momento de trasladarse dejó un vacío que pronto la naturaleza recuperó, dando vida al Bosque Bavaria y que hoy se encuentra siendo objeto de una de las disputas ambientales más fuertes de la localidad.

Continuando con el relato, sigue una breve descripción del mundo distópico en el que vive Sihyta, enfatizando sobre todo en el tipo de vivienda que se puede observar en la ciudad: una enorme cantidad de edificios angostos y absurdamente altos “—Porque ya somos tantos que nos toca vivir como en cajitas apiladas para que quepamos todos—” (1), recuerda Sihyta que le explicó su madre. Y aquí vale la pena detenerse un poco, pues en este momento aparece en el relato un valor del decálogo de Ángel y Ángel que hasta ahora no había aparecido, me refiero al valor de **una ética de la población**, pues resultó más que pertinente durante los talleres traer a la discusión el tema de la reproducción y la sexualidad como un aspecto esencialmente medioambiental y ético.

Dejando de lado cualquier tipo de morbo o tabú, es necesario, para niños que están a puertas de comenzar su pubertad, entender cómo una mala educación sexual puede resultar altamente perjudicial, no solo para ellos mismos, sino para el planeta en general, pues la sobrepoblación humana se está convirtiendo en una realidad palpable. Al sobrepasar el umbral de habitantes, cuya manutención pueda ser garantizada por la cantidad de recursos naturales que disponemos, se producen una serie de desigualdades sociales que van desde la falta de agua, hasta el hambre extrema a las que se condenan a padecer a los sectores de la población más desfavorecidos.

Prosiguiendo con el relato, Sihyta se vuelve a llevar a una grata sorpresa aquella mañana: al disponerse a hacer fila para entrar en el baño del edificio que, generalmente, comparte con una gran cantidad de vecinos, y nota que no hay absolutamente nadie, por lo que puede entrar de inmediato y tener acceso a un poco de agua caliente, la cual es bastante

limitada. Una vez en el baño, se presentan nuevamente los aparatos tecnológicos futuristas, pues todos los utensilios para el aseo personal dependen de máquinas automáticas:

Oprimió primero el botón azul del panel de control y el robot cepilladientes le disparó un chorro de enjuague bucal que ella atrapó con la boca, hizo gárgaras por un minuto completo (...) Esa era su parte preferida del ritual matutino de limpieza, el robot cepilladientes era su favorito, no como el robot lavacuerpos que siempre era muy brusco y le echaba un chorro de agua fría en la espalda. (Anexo 2)

Esa automatización total de las acciones más cotidianas de la vida, como el cuidado de sí mismo, implica una desconexión del ser humano con los aspectos más íntimos de su relación con la naturaleza, acá representada por su propio cuerpo. La tecnología se convierte en un medio que separa al ser humano de lo natural, yendo en contravía del segundo valor del decálogo de Ángel y Ángel: **la tecnología tiene límites** y estos límites están impuestos por los límites de la naturaleza. El relato pretende plasmar cómo este futuro decadente y distópico es producto de la creciente desconexión entre el ser humano y su medio natural.

Sin embargo, esta relación problemática del binomio tecnología-naturaleza se ve apaciguada por el personaje de Sihyta que, como podemos apreciar en el párrafo siguiente, hace uso de un aparato de tecnología muy antigua que le permite ponerse en contacto consigo misma, con su cuerpo, a la vez que no impacta negativamente en el medioambiente: la bicicleta.

Nadie más en el edificio 38B tenía una, probablemente nadie en todo el sector Timiza tuviese una bicicleta; era un invento muy antiguo, y ella solo la tenía porque su papá se la había hecho con sus propias manos y se la había obsequiado cuando cumplió los ocho años, es decir, hace casi cinco años (...) La bicicleta funcionaba con la fuerza de sus piernas, a ella le gustaba sentir el ejercicio pues pensaba que eso la hacía más fuerte, además, le fascinaba que no hiciera ningún sonido ni que botara humo por ninguna parte. (3)

Esta obstinación por seguir usando la bicicleta, aún en un futuro con autos electromagnéticos, y soportando las constantes burlas de sus compañeros de colegio por ir en un vehículo discontinuado el siglo anterior, hacen de Sihyta una persona comprometida de algún modo con la causa medioambiental, aunque ella misma desconozca el significado de

esta lucha y tenga muy pocas nociones de lo que es la naturaleza en un mundo tan contaminado.

Esta es probablemente la herencia de su padre, de quien se hizo mención al hablar de la bicicleta que le regaló, y de quien además se nos dice que en algún momento “había desaparecido, esfumándose como si una de esas nubes de humo y de ceniza, o peor, como si una tormenta de smog, se lo hubiera llevado consigo” (3). El recuerdo de su padre desaparecido va a ser una constante durante todo el relato, pues fue el mentor de la niña, quien le enseñó a sobrevivir en un mundo tan hostil para la vida y la naturaleza. Además, le enseñó el valioso arte de soñar mientras dormía, que, como veremos más adelante, va a ser el medio que le permita emprender el viaje al pasado para conocer la historia del territorio.

Al seguir con la narración, Sihyta va en su bicicleta camino al colegio cuando tiene un aparatoso accidente que la hace caer al suelo y lastimarse una de sus rodillas. Sin embargo, lo llamativo de la caída es que, una vez en el piso, ve un extraño lugar donde hay algo verde que llama su atención. Al acercarse se da cuenta de que está frente a unas plantas, quizás las únicas que hay en todo Timiza, y es allí donde recuerda una de las lecciones de su padre:

Recordó que hace muchos años con su papá habían ido a un lugar parecido y que él le había explicado todo sobre las plantas, le dijo que eran indispensables para la vida porque producen una cosa llamaba oxígeno y que eso es lo que nosotros respiramos, que las plantas lo daban de forma gratuita y que por eso las habían querido eliminar los señores que hoy manejan el negocio del oxígeno y lo venden carísimo por unas tuberías de metal debajo de la tierra. (4)

Aquí se hace alusión nuevamente a las grandes industrias como las responsables del deterioro natural de la tierra, llegando al extremo de mercantilizar incluso el aire que se respira. Al anteponer los intereses económicos sobre el valor intrínseco de la vida, nuevamente se va en la dirección diametralmente opuesta a uno de los valores del decálogo: **una producción para la vida y no una vida para la producción**. Es evidente que aquí se presenta un escenario pesimista y desalentador, pues la idea ha sido mostrar las consecuencias de no llevar una vida ética en términos ambientales, y así ejemplificar la importancia de estos valores que, de no adaptarse en la vida cotidiana, podrían llevar a escenarios desastrosos.

Luego de aquella lección sobre el oxígeno, Sihyta recuerda además que su padre le explicó cómo las plantas constituían la base de la cadena alimenticia, proveyendo alimento suficiente para que, en el pasado, nadie tuviese que pasar hambre. Esto motiva a la niña a arrancar un puñado de pasto y estar a punto de llevárselo a la boca. Sin embargo, es interrumpida por un estrepitoso grito de dolor que surge del interior de aquel misterioso lugar en el momento en el que ella arranca el pasto. Desconcertada, en lugar de huir de ahí, decide adentrarse entre la maleza para investigar de dónde provino el grito.

Conforme va avanzando, va notando que el misterio del lugar crece, pues con cada paso que da, siente como sus pies se hunden un poco más en la tierra, que se ve cada más húmeda. Cuando quiere decidir si regresar o no, ve algo que la deja maravillada: una pequeña ave le sobrevuela y se acerca a ella. Este hecho la cautiva, pues como ella misma recuerda “Los profes en el colegio, incluso su papá hace mucho tiempo, le habían enseñado sobre todas las especies de animales (...) lo que le dijeron es que los pájaros ya no vivían en la ciudad, que para verlos había que ir a un tal “santuario” en una isla a muchos millones de kilómetros de ahí, o sea, era prácticamente imposible ver un pájaro” (5). Este insólito avistamiento la obliga a seguir adelante siguiendo al ave, que termina por llevarla a un paraje aún más fantástico: En medio de un campo verde, una bandada de pájaros sobrevuela un gran charco de agua limpia: “Algo tan extraño como nunca antes lo había visto. Se acercó cautelosa y se dio cuenta que de ahí brotaba la humedad del suelo (...) Y al llegar a la orilla se asomó en ella y le sorprendió verse a sí misma, a su reflejo. Era un espejo gigante, pero no un espejo normal, era uno hecho de agua” (6).

Impactada por este escenario, observa cómo este es el hogar de una gran biodiversidad. Su atención es cautivada por unas pequeñas flores de colores a la orilla del charco. Recordando una vez más que las plantas son comestibles, decide arrancar una, pero, nuevamente, el tremendo grito vuelve a retumbar y esta vez la deja paralizada de horror. En el centro del agua una espesa niebla comienza a formarse en una silueta humana y de ella proviene la voz, al principio intimidante, pero, una vez le pide a la niña que se presente, empieza a apaciguar sus ánimos. Esto se debe a que aquella figura en el agua recuerda la palabra “sihyta” de los tiempos remotos y se extraña al saber que aquel idioma muisca aún sobrevive entre los hombres.

Es entonces cuando el misterioso ser se acerca a la orilla donde al fin se puede apreciar su forma y su rostro, además se presenta: Su nombre es Chucua, pero prefiere que le

digán Chucal, y es un espíritu del agua; uno de los tantos hijos de la Laguna y del Río que fueron paridos hace miles de años en el territorio y que se las ha arreglado para sobrevivir oculto de los humanos hasta esos días. La palabra chucua —y sus variaciones chupqua o chucal— tiene origen muisca y se refiere a un pantano o humedal. Actualmente su uso es bastante común, tanto así que el humedal del Burro, en Kennedy, es denominado también La chucua del Burro.

Chucal explica que habitó el territorio hace cientos de años, cuando aún se llamaba Techotiba y lo habitaban los “hijos del maíz” (los muiscas), pero luego de caer en un pesado sueño por mucho tiempo, despertó en un mundo totalmente cambiado: ya no estaban los hijos del maíz y tampoco sus padres. Los nuevos habitantes del territorio le parecieron desagradables por sus prácticas en contra de la naturaleza y por eso decidió aislarse en aquel lugar: “(...) Los animales nuevos que andaban por acá bebiendo de mis aguas mientras dormía me contaron que siempre había sido así, que yo hablaba locuras y que nada de lo que yo recordaba había existido jamás. Que siempre los humanos lo habían controlado todo con su cemento y su humo y sus cenizas” (8).

Sihyta se conmueve al escuchar su historia y decide compartir con él la suya, del momento en que desapareció su padre sin dejar rastro. De la historia de la niña, a Chucal le interesa especialmente lo que le cuenta de los sueños y las lecciones que ella recibía de su padre para moverse entre ellos. Luego de entender qué son los sueños y reconocer que él mismo los ha tenido mientras duerme, Chucal le dice a Sihyta que hay un árbol cuya flor sirve para potenciar la experiencia de los sueños y aumentar la lucidez dentro estos.

Dicho árbol es el Tihiqy, el cual conocemos nosotros como Borrachero o Floripondio. Es la especie *Brugmansia* de la familia *Solanaecea*, el cual es nativo de las zonas tropicales y subtropicales, especialmente de Centroamérica y Suramérica, siendo muy abundante en Colombia. Este árbol es muy conocido por su alto contenido de alcaloides tropánicos, sobre todo escopolamina e hiosciamina, y su consumo puede derivar en un alto grado de intoxicación capaz de provocar alucinaciones, sueño prolongado y distorsión de la capacidad visual, también puede ser fatal tanto para el ser humano como para otros animales, sin embargo, su uso ritual ha sido muy extendido por comunidades amazónicas en ceremonias chamánicas, como por ejemplo los Shuar, los Urarina y los Andaquí.

Según Chucal, al utilizar la flor de este árbol, como almohada durante el sueño, se puede acceder a lugares inhóspitos de ese mundo fantástico, y se le ocurre que, junto a las habilidades que dice tener la niña para navegar por aquel mundo, tal vez puedan acceder al pasado para descubrir realmente lo que le ocurrió a su familia, los espíritus del agua, y también al padre de Sihyta. Al proponérselo a la niña, ella acepta por la posibilidad de encontrar a su papá y ambos se dirigen al árbol Tihiky para obtener sus flores. El árbol acepta entregar voluntariamente dos flores amarillas y de esta forma Sihyta y Chucal emprenden un viaje mediante el sueño hacia una época remota donde intentarán descubrir la verdadera historia del territorio.

Una vez despiertan, se encuentran en un lugar totalmente distinto, sin embargo, si bien es el pasado, no es la época remota a la que querían llegar, pues ven que no hay rastros de la Laguna ni del gran Río, pero sí de los hijos del maíz, pues un pequeño niño se acerca a ellos y se presenta como Quyne (palabra muisca que significa hueso o tallo de una planta, así como también es sinónimo de fuerza). Aquel niño nota la confusión de los viajeros del tiempo y su ignorancia sobre la historia de aquel lugar, por eso decide contarles la historia de su pueblo.

3.2.2 La historia milenaria de los hijos del maíz y del agua

En este segundo fragmento del relato es donde comienza a narrarse la historia de Techotiba y, como bien dice Quyne: “en todo gran relato, se nos obliga a comenzar la historia desde El Origen” (11), por lo tanto, el relato se abre con el mito de la cosmovisión muisca sobre el origen del universo. El primer mito que se expone es el de Bague, la Madre Abuela creadora que dio vida a los primeros seres del universo a través de su poderoso grito.

Este mito llegó a nosotros gracias a una breve adaptación que realizó el bogotano Germán Puerta Restrepo, un economista y aficionado a la astronomía, que se ha encargado de la divulgación científica en esta área. Su trabajo hizo parte de la iniciativa UNawe (Universe Answeress), la cual es un proyecto a escala global que busca inspirar y educar a los niños a través del estudio de la ciencia astronómica. En un muy breve cuento, de tan solo dos páginas, titulado “El sueño de los dioses. Relato del altiplano andino” Germán Puerta expone este mito creacional que nosotros retomamos para iniciar el relato que Quyne presenta a Sihyta y a Chucal.

Este cuento de Puerta fue incluido en una antología que UNAWA publicó en 2008 bajo el nombre de *Cuentos de estrellas* en el que se enseña a los niños por medio de trece cuentos de distintos autores las diversas miradas que muchas culturas alrededor del mundo han hecho sobre el cielo y el cosmos. En la diversidad cultural del libro se presentan relatos de las culturas azteca, quiché y mexica; de los pueblos amazónicos Cubeo y Kaxinawa; de Grecia y Roma antiguas; de los pueblos árabes del siglo X; de los Incas, y de las tradiciones cristianas de centroamérica. En *La libertad del Agua*, Quyne explica el mito de Bague así:

En el principio solo existía Bague, la Madre Abuela, quien con su grito creó a los dioses, y estos a su vez cargaron una olla con semillas y piedras para repartirlas en el cielo, creando así los primeros luceros en el espacio, y con las migajas que quedaron en la olla crearon la Vía Láctea. Sin embargo, los dioses, afligidos, sentían una enorme pena y fueron a buscar a la Madre Abuela Bague para comunicarle la causa de su tristeza: todo estaba en un profundo silencio y nada se movía. Bague, entonces, preparó un brebaje y se los dio a beber, causandoles un profundo sueño en el que los dioses comenzaron a tener visiones: uno veía un tigre que se movía; el otro veía gigantescos árboles crecer y mecer sus copas, con aves en las ramas que cantaban al viento; otro más escuchaba el rumor del Río y el golpe del agua al caer de la Cascada; otro veía salir el sol, y otro contemplaba a la luna resplandeciente. Así fue como al despertar de su profundo sueño, los dioses comprendieron que aquello que habían visto era la belleza del primer día. (Anexo:12)

Y al no encontrar mayor bibliografía referente a este mito aparte de la adaptación hecha por Puerta Restrepo, decidimos conciliar esta historia con otra mucho más extendida de la cosmogonía muisca: el mito de Chiminigagua. Dicho mito fue consignado por Fray Pedro Simón (1574-1628), un cura franciscano de origen español, que dedicó una extensa obra a registrar los sucesos de la conquista y colonización del reino de Nueva Granada. Su crónica se llamó *Noticias históricas de la conquista de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. El mito de la creación muisca aparece en la “Cuarta noticia historial”, en el capítulo II, en donde Simón se propone consignar “Lo que sintieron estos indios del Reino acerca de la creación del mundo” y “La opinión que tuvieron del origen y principio de los hombres y las mujeres” (Simón, 1981: 279). La manera en la que el cronista explica el mito de Chiminigagua es la siguiente:

Viniendo pues ya á tratar de lo que sienten nuestros indios del Reino de sus principios y origen, hemos hallado que conservando sus memorias de gente en gente, tienen noticia de la creación del mundo y la declaran diciendo que cuando era noche, esto es, según ellos interpretan, antes que hubiera nada de este mundo, estaba la luz metida allá en una cosa grande, y para significarla la llamaban Chiminigagua, de donde después salió, y que aquella cosa ó este Chiminigagua en que estaba metida esta luz (que según el modo que tienen de darse á entender en esto quieren decir que es lo mismo que lo que nosotros llamamos Dios) comenzó á amanecer y mostrar la luz que en sí tenía, y dando luego principio á crear cosas en aquella primera luz, las primeras que crió fueron unas aves negras grandes, á las cuales mandó al punto que tuvieron ser, fuesen por todo el mundo echando aliento ó aire por los picos, el cual airo todo era lúcido y resplandeciente, con que habiendo hecho lo que les mandaron, quedó todo el mundo claro é iluminado como está ahora, sin advertir, como no tienen fundamento en lo que dicen, que es el sol el que da esta luz. A este Dios reconocen por Omnipotente Señor Universal de todas las cosas y siempre bueno (...) (1981:279).

Y como es apenas entendible, la postura de un cura católico proveniente de Europa frente a la cosmovisión muisca es la de infravalorar las creencias de estos últimos, lo cual hace explícito al decir que aquellos “no tienen fundamento en lo que dicen”, para inmediatamente después sugerir que este dios indígena es una versión del dios de la Iglesia Católica, omnipotente y omnipresente. Sin embargo, es prudente agradecer a Fray Pedro Simón el haber rescatado este mito muisca para que aún hoy día siga perviviendo.

En la adaptación del mito hecha para *La libertad del Agua*, Chiminigagua es posterior al grito creador de Bague. Es posterior también al sueño de los dioses creadores que imaginaron el primer día antes de hacerlo, pues es inmediatamente después de que despiertan de su sueño inducido por la Madre Abuela, que tienen lugar los sucesos del mito de Chiminigagua: “Fue entonces cuando la Oscuridad, que se llamaba Chiminigagua, hirió su vientre y de la herida brotó un haz de luz del que comenzó la vida en el universo. Chiminigagua fue llevando la luz por todas partes y liberó dos enormes aves negras que recorrieron el mundo llevando un aire lúcido que iluminó la tierra en su totalidad” (Anexo: 12). Y es gracias a esta luminosidad que otorga Chiminigagua al mundo, que los dioses creadores pueden empezar a darle forma a todo cuanto habían visto en sus sueños. De esta manera, en la obra, se busca conciliar ambos mitos y hacerlos convivir en un mismo relato.

La narración continúa con la creación de los primeros asentamientos en la sabana muisca, haciendo una alusión a la organización de la Confederación Muisca, distribuida en un Zipazgo, en lo que es hoy el departamento de Cundinamarca, y un Zacazgo, en la actual Boyacá. Además, se hace mención de los territorios comprendidos dentro de estas zonas: “Ramiquirí, Tenasuca y Saquencipa; Chía, Cajicá, Zipaquirá, Guatavita, y muchos otros más” (12). Y al llegar a este punto se incluye dentro del relato otro mito fundacional del pueblo muisca: la historia de Bachué y los primeros hombres. En *La libertad del Agua* se hace simple mención de esta historia para explicar el surgimiento de los primeros pobladores de los paisajes construidos con antelación por los dioses, sin embargo, para una mayor profundidad de este mito se puede consultar nuevamente las *Noticias Historiales* de Fray Simón. Sobre el mito de Bachué —quien salió de las aguas de la laguna de Iguaque en Chíquiza, Boyacá—, Fray Pedro Simón escribió:

Entre estas sierras y cumbres se hace una muy honda, de donde dicen los indios que á poco de como amaneció ó apareció la luz, y criadas las demás cosas, salió una mujer que llaman Bachue, y por otro nombre acomodado á las buenas obras que les hizo Furachogua, que quiere decir mujer buena, porque fura llaman á la mujer, y chogua es cosa buena, sacó consigo de la mano uu niño de entre las mismas aguas, de edad de hasta tres años, y bajando ambos juntos de la sierra á lo llano donde ahora el pueblo de Iguaque, hicieron una casa donde vivieron hasta que el muchacho tuvo edad para casarse con ella, porque luego que la tuvo se casó, y el casamiento tan importante y la mujer tan prolífica y fecunda que de cada parto paría cuatro ó seis hijos, con que se vino á llenar toda la tierra de gente (..) (Simón, 1981: 280)

Según dice el mito, luego de poblar la tierra, Bachué y su marido convocaron a una gran multitud en torno a la laguna de la cual habían salido, donde ella profirió un discurso “exhortando á todos la paz y conservación entre sí, la guarda de los preceptos y leyes que les había dado, que no eran pocos, en especial en orden al culto de los dioses, y concluido se despidió de ellos” (280) Y de esta forma, ambos seres mitológicos se transformaron en dos serpientes que volvieron a las aguas de la laguna.

En *La libertad del Agua* el mito de Bachué es poco explorado, y sirve meramente para explicar el origen de los seres humanos, sin embargo, se omite lo concerniente a las enseñanzas de la mujer a su pueblo, pues este hecho le es atribuido a Bochica más adelante en

la historia. El relato prosigue, luego de la población del mundo, con la primera mención al territorio de Techotiba:

(...) Entre todos aquellos paisajes, el más especial fue uno anfibio, de tierra y de agua, que guardó por igual la sal del mar y el dulce del río. Un refugio en la plenitud de la sabana que albergó un apacible remanso para las cumbres altas. Fue en este paisaje bendecido por los dioses donde una historia de amor comenzó a hilarse. Un amor infinito entre la mujer Laguna y el hombre Río, en ese hogar donde el Río pudo preñarla en calma. Donde ambos se cuidaron y se alimentaron mutuamente. Donde su amor podría ser para siempre.

Ese paraíso del agua fue llamado Techotiba, que era vecino de los territorios de Bosa y de Hontibón y, satisfechos por su amor, los dioses dieron a la pareja un obsequio aún más grato: un grupo muy pequeñito de hijos del maíz para que les cuidaran y les sirvieran. Para su complacencia y su bienser. (Anexo:13)

Aquí se concibe a los pobladores de Techotiba, no como hijos de Bachué, sino como creaciones directas de los dioses, cuya única finalidad es la de honrar el amor que surgió entre la gran Laguna que se extendía por el territorio, y el Río que, en efecto, es el río Bumsa o Funza. Esta es otra razón de por qué el mito de Bachué no es tan ampliamente explorado en el relato, pues se quiere presentar a los habitantes originarios del territorio, no como paridos por la divinidad, como los demás habitantes de la sabana, sino como humanos creados por la mano de los dioses con un propósito muy bien definido: cuidar y proteger el agua de su territorio.

Posteriormente, en el relato se cuenta la llegada de Bochica para enseñarles a las personas a hilar el algodón y también a convivir en sociedad mediante leyes y normas de conducta. Sin embargo, este hecho está ligado también a la posterior llegada de Huitaca, la diosa muisca de la maldad que, una vez Bochica se ha ido, se encarga de confundir a las personas para que olviden todas las enseñanzas de aquel hombre y así se dediquen a la pereza y el placer, olvidando incluso el culto de los dioses. Esto se incluyó en la obra con el fin de evitar caer en una idealización total de los indígenas y para no presentarlos como seres impolutos e incorruptibles.

El castigo que reciben los hijos del maíz por sus malos actos es un fuerte diluvio que inundó por completo la sabana. Deviene esto en el arrepentimiento de los seres humanos y la invocación de Bochica nuevamente para que les ayude a remediar el cataclismo:

Entre todos comprendieron que Huitaca les había engañado y que solo las enseñanzas de Bochica les podrían salvar, pues si bien el descanso y el placer eran buenos, dejarse llevar por ellos constituía un vicio y los alejaría de los dioses. Lo correcto era trabajar honradamente la tierra pues así el disfrute de los alimentos que ella sembraban, así como del agua que les ofrecía, sería mucho más grande. Entonces clamaron al viejo sabio que regresará y les ayudará a apaciguar los ánimos de los dioses y, como volvieron a creer en el amor mutuo y en el trabajo digno en lugar del egoísmo y la pereza, una tarde el sabio Bochica decidió volver de nuevo a la sabana cabalgando el arcoíris. Esta vez portaba entre sus manos un bastón de oro con el que golpeó la tierra inundada y abrió una enorme brecha por donde corrió toda el agua, creando así el Salto del Tequendama (14)

En este punto de la historia se puede apreciar otro de los valores ético-ambientales del decálogo del cual no se había hecho mención antes. Corresponde al último de la lista y es el de **recuperar los derechos de la sensibilidad**, pues el propósito de narrar este hecho es el de enseñar a los niños cómo el trabajo y el descanso van de la mano, así como el respeto por la naturaleza y el goce de la misma son dos aspectos complementarios y no contradictorios. Este episodio se cierra con la redención de los muiscas en toda la sabana y la reivindicación del compromiso de los habitantes de Techotiba de cuidar el agua y la naturaleza por encima de todas las cosas.

Este segundo fragmento también termina con un hecho preocupante para los oyentes de la historia que está contando Quyne: el Mar, hermano del Río, llega con noticias de unos hombres extraños que acaban de llegar al territorio. Estos hombres son los conquistadores españoles, a quienes en el relato se les llamó los “hombre de hierro, hijos del fuego”. La llegada de los extranjeros se narró de la siguiente forma:

Por los parajes nublados que cubrían la sabana, entre los matorrales y el agua aparecieron hombres con una piel más blanca y barbas negras en la cara, montados sobre bestias y llevando otras más pequeñas consigo que ensordecían con los sonidos que salían de sus gargantas. Caballos y perros, sabríamos después que eran estos

animales. Ellos eran unos de estos hombres de hierro, hijos del fuego y, por su parecido con el viejo sabio Bochica que también era blanco y tenía barba, creímos que serían amigos de los dioses, sin embargo, no podíamos estar más equivocados. (15)

Y con la llegada de estos hombres, llega también el sometimiento del pueblo muisca, de los hombres de maíz. Así es como termina este segundo capítulo de *La libertad del Agua*, sin embargo, la historia de la Techotiba ancestral continúa en la voz de Quyne en el segmento siguiente, donde se habla de la época de la colonia.

3.2.3 La historia de un abrazo

Esta parte del relato comienza con un hecho puntual, ocurrido en el año de 1608: el desalojo de los habitantes originarios de Techotiba, a manos de la Corona española y de la Iglesia Católica, puntualmente de la Compañía de Jesús, quienes adquirieron los terrenos luego de quemar los cultivos y las viviendas de sus legítimos dueños. Respecto a este hecho, el historiador Roberto Velandia apunta lo siguiente:

Mediante providencia del Presidente Juan de Borja de 14 de marzo de 1608 se adjudicaron a la Compañía de Jesús las tierras de resguardo del extinguido pueblo de Techotyba, encomienda que fue del capitán Esteban de Orejuela y al presente lo es de N. de Orejuela y del canónigo Gonzalo García Zorro, mestizo hijo del capitán del mismo nombre, con el fin de que la comunidad, “que no tenía rentas ni posesiones con qué sustentar a los religiosos, que de ella se ocupaban y adelante se ocuparían en la enseñanza de la juventud de esta ciudad y Reino”. (Derecho de la Compañía de Jesús sobre la Hacienda de Techo, Bogotá, edit. Cromos, sin fecha, p.79)

La extinción del caserío de Techotiva y su agregación a Fontibón estaba prevista desde 1577 por no reunir las condiciones para subsistir como tal, teniendo en cuenta su reducido número de indios tributarios o útiles, veintiséis, y la dificultad para mantenerles doctrina permanente. (Velandia, 1983: 47-48)

En estos dos párrafos, el historiador da cuenta de la razones que tuvieron los españoles para desalojar a los veintiséis indígenas de Techotiba, que eran fundamentalmente dos: la falta de tributo que estos pagaban a la Corona, bien sea en forma de granos de maíz (ya que el pantanoso territorio no era muy propicio para la agricultura) o cualquier otro tipo de riqueza; y la inasistencia de estos indígenas a las ceremonias de la Iglesia, pues la dificultad de transitar por su territorio les hacía imposible desplazarse constantemente para ir a misa, o bien impedía que los doctrineros fuesen hasta ellos. En todo caso, este hecho marcó el final del primer momento histórico que dispusimos para la construcción de *La libertad del Agua*; con la partida de los habitantes originales hacia Fontibón se terminó lo que llamamos la Techotiba ancestral o milenaria, y dio comienzo a un lento pero eficaz proceso de urbanización sobre el territorio, marcado por un efecto negativo sobre el ecosistema: la fragmentación de la gran laguna y su posterior sequía para poder edificar sobre ella.

En la obra, narramos de esta manera dicho acontecimiento:

La madre Laguna lloró inconsolablemente por sus hijos y su amante Río no pudo calmarla. El agua luchó ferozmente con los hijos de fuego e hizo llover torrencialmente, el Río creció enardecido intentado detener el asalto, pero no lo consiguió, los hombres de hierro cavaron zanjas a sus orillas y desviaron sus aguas. Luego de esto, los hijos del fuego y del hierro castigaron también a la hermosa Laguna, y con sus llamas y su arena buscaron secarla, sabían que reduciéndola reducirían también su fertilidad, y evitarían así la llegada al mundo de más hijos de maíz y de agua. (Anexo: 17)

Este episodio del relato se llama “La historia de un abrazo” porque cuenta que el gran Río —que es el río Funza—, en un intento desesperado por proteger a su amada, expande dos enormes brazos de agua para alcanzarla. Estos dos brazos vendrían a ser el río Tunjuelo y el río Fucha, estableciéndose de esta manera la configuración actual del territorio, con los tres ríos que la delimitan y la laguna fracturada en su interior, con pequeños vestigios de esta que son los humedales sobrevivientes. El triste final de la historia de amor de estos dos seres se cuenta así:

El Río, al ver esto, rompió en llanto y brotaron de él dos inmensos brazos de agua para intentar abrazar por última vez a la Laguna, para protegerla y crear a su alrededor un cerco. Con la rabia, el dolor y el miedo se fundieron ambos en el abrazo del amor.

Pero los hijos del hierro no se detuvieron y mandaron a reducir a la Laguna desde su centro, allí donde el Río no podría abrazarla. (17)

Y con este hecho Quyne da por terminada su historia de los tiempos remotos, explicando a Sihyta y a Chucal que no conoce más acerca del destino de estos dos amantes ni de su progenie. Además, dice que es probable que a Laguna aún esté viva, pero que los hombres de hierro la han ocultado en algún momento de la historia y su ubicación es desconocida. Al ver la tristeza de sus amigos por no saber realmente lo ocurrido con la madre de Chucal, pese a lo mucho que aprendieron al escuchar la historia, Quyne decide confesar algo más: si bien él tiene la apariencia de un niño, es en realidad un espíritu como Chucal. Es el espíritu del maíz negro, o “chyscamuy” en lengua muisca, y su misión es la de preservar el legado y la memoria de aquel pueblo de los hijos del maíz. Al confesar esto, dice también a sus amigos que si quieren saber qué ocurrió después, durante la fase de urbanización del territorio, debe ir a un lugar llamado “El Jardín de los sueños siemprevivos” pues ahí les será más fácil acceder a cualquier historia que estén buscando, y de esta manera termina este corto, pero emotivo tercer capítulo del relato.

3.2.4 El Jardín de los sueños siemprevivos

Viajando nuevamente gracias a sus habilidades para navegar entre sueños, Sihyta y Chucal llegan hasta la entrada del Jardín de los sueños siemprevivos, puesto que él conocía el camino para llegar. Pero, pese a conocer cómo llegar, Chucal nunca se había atrevido a entrar a ese lugar, pues su amigo, el árbol Tihyqy, le había advertido que aquel sitio podría ser peligroso, al obnubilar con sus majestuosidades y fantasías a cualquier curioso, haciéndole perder la razón y por consiguiente impidiéndole volver a salir de allí.

Pero al llegar a la entrada del Jardín ambos personajes se sorprenden al ser recibidos amablemente por un pequeño colibrí que se presenta con el nombre de Quynza, el cual es el nombre muisca de esta ave. Quynza les hace saber que ellos serán bienvenidos en el Jardín pues desde hace un tiempo les estaban esperando, y pese a la intriga que despierta en Chucal el hecho de que el animal hable siempre en plural, decide confiar en él y entrar al lugar. El Jardín tiene en su interior la forma de un caracol, pues como se explica en la obra, esta figura en espiral es una alegoría al flujo del tiempo según la concepción de muchas culturas de los

pueblos originarios de América, en contraposición a la estructura del tiempo lineal que manejamos nosotros en el mundo moderno y globalizado.

Sihyta descubre que en cada flor del Jardín se proyecta, como una película, los sueños de toda “la gente cuyo corazón aún alberga bondad” (21). Y por estar presenciando uno de estos, casi cae en el hechizo del que fue advertido Chucal por el Tihiqy, sin embargo, Quynza evita que sea hipnotizada, reafirmando así su compromiso de permitirles entrar y salir sin problemas del Jardín.

Una vez han llegado al centro de la espiral, ven un diáfano ojo de agua en cuyo centro flota una balsa que alberga a un misterioso ser. Él es Nencatacoa, el dios muisca de los ensueños, las borracheras, los tejidos y los artistas —En la obra, por su carácter infantil, se decidió omitir que fuese el dios de las borracheras, y se presentó solamente como el protector de los sueños y los tejedores y artistas—. Él tiene la forma de un oso, de la cintura para abajo, y de un ser humano en la parte superior. Se presenta como una entidad muy sabia, concedora de todo lo que ocurre en el tiempo de los humanos y de los dioses. Él les explica que los ha estado esperando pues sabe de la misión en la que se han embarcado, además de explicarles que:

Mi madre es Chia, la Luna, y mi padre es Sué, el Sol. Ellos vieron la gran infamia que los hombres de hierro hicieron con tu familia, Chucal y sintieron un gran pesar al no poder ayudarles desde el cielo. Sin embargo, yo tuve una idea, y desde aquí, desde mi Jardín de los sueños siemprevivos, les expliqué que existen muchas formas de guardar la memoria, todos los recuerdos e historias. Ustedes mismos, por ejemplo, son una de esas formas y dentro suyo se refugian las memorias de sus ancestros. También lo es Quyne, a quien ya conocieron, y quien guarda dentro de sí el gran relato de la creación muisca. (22)

Y de esta manera Nencatacoa les manifiesta su apoyo en la noble tarea que tienen de hallar a la Laguna secuestrada. Por eso, les facilita una de sus flores, la bella orquídea, en donde se ha resguardado el tramo faltante de la historia del territorio de Techotiba. La protección de aquella orquídea, dada su importancia, le ha sido encargada a una hermosa ave de colores brillantes y largas patas amarillas llamada Fiba, que en lengua muisca quiere decir aire, y que es de la especie de la tingua azul, que es un ave característica de los humedales y

cuerpos de agua bogotanos y por eso es muy usual verla en Techotiba durante los períodos de migración.

Ella, al ser la mayor conocedora de la historia que reside en la flor, les va a pedir a Sihyta y a Chucal que la acompañen al interior de la misma, donde podrán dar con el paradero de la Laguna, pero deben ser muy intuitivos y perspicaces, pues como ha explicado Nencatacoa, ni él mismo sabe en dónde la tienen secuestrada ya que los hombres han sido muy inteligentes a la hora de esconderla:

Han estudiado las medicinas y los saberes de los hijos del maíz y del agua para aprender a utilizar su poder en sus oscuros propósitos. Así, por ejemplo, han tomado las flores del Tihiqy, las semillas del yopo o el bejuco de la ayahuasca para deambular por el mundo de los sueños hasta los rincones más oscuros y prohibidos, donde han encontrado un punto ciego para cometer sus fechorías sin testigos. (23)

Este capítulo de la obra funcionó como un recurso narrativo que nos permitió establecer el vínculo entre los hechos narrados de la época precolombina, de la conquista y de la colonia, con los hechos sucedidos a lo largo del siglo XX, el cual será el tema principal del capítulo siguiente.

3.2.5 *La historia de los hombres de barro*

Una vez han llegado al interior de la orquídea, Fiba comienza a relatar todos los hechos que prosiguieron al destierro de los indígenas de Techotiba hacia el poblado de Fontibón. Lo primero que hicieron los nuevos dueños del territorio fue parcelar las tierras para organizar dos grandes haciendas: El Rosario y Techo. Sobre el nombre de esta última, Fiba aclara lo siguiente:

(...)Pues verán, no todos los hijos del fuego eran tan malos como sus líderes, algunos comprendieron la grandeza de la civilización que acababan de sepultar, e incluso, sabían que habían cometido un error fatal que el tiempo se encargaría de cobrárselo, al haber enterrado a la Laguna y a los dioses originarios de esta tierra. Por eso, en un intento de redimirse, ocultaron una pista del verdadero origen del territorio, no muy evidente, claro está, para que sus hermanos de hierro, que detestaban aún a los hijos

del maíz no lo notarán, y decidieron darle a esta segunda hacienda el nombre de Techo, pues los “tybas”, sus guardianes, ya no estaban en ella, pero algún día iban a regresar... (25)

Ya que, si se ha intentado no generalizar sobre los pueblos originarios, e idealizarlos por completo, el objetivo acá ha sido no satanizar a todos los extranjeros que llegaron a estas tierras. El fin de esto ha sido el de plasmar cómo puede surgir un sentimiento mutuo de respeto y tolerancia aún en pueblos y culturas tan diferentes como las nativas americanas y los conquistadores españoles. El enfoque de esto ha sido el noveno valor del decálogo ético-ambiental de Ángel y Ángel: **La construcción de la tolerancia**. Consiguiendo de esta manera matizar el conflicto producido por el choque de culturas, para enseñar a los niños cómo ambos pueblos estaban compuestos por seres humanos, con sus imperfecciones y carencias, pero también con su bondad y solidaridad. Ni los unos eran totalmente buenos, ni los otros eran por completo malos.

Posteriormente, en el relato se hace mención a los esclavizados provenientes de África que fueron traídos por los españoles para realizar trabajos forzados en estas tierras. Este aspecto se incluye en la obra para dar sentido al título del capítulo: “los hombres de barro” pues estos son los descendientes, producto del mestizaje, de estas tres culturas que se encontraron en el territorio: los indígenas, los africanos y los europeos. La presentación de los afro se da del siguiente modo:

—¿Y aquellos hombres de tez oscura que trabajan laboriosamente bajo los rayos del ardiente sol?—preguntó Chucal señalando a un grupo de hombres altos y corpulentos de piel negra que recogían la cosecha de los cultivos en una de las haciendas.

—Ellos son los hijos de la tierra— Respondió la Tingua. —Son los primeros hombres que fueron paridos por la madre Bague en este mundo, vinieron de otro lugar más allá del Mar. Ellos son los primeros de todos los hombres. Están hechos de arena y de todos los cristales que en ella se guardan. Los dioses los crearon hace mucho tiempo, cuando la Tierra era más hostil, por eso son los hombres más fuertes y llevan adentro suyo el espíritu de Chaquen, el dios de la alegría y la danza... Los hombres de hierro también los sometieron, y los trajeron aquí a trabajar para ellos. ¡Esta es una afrenta que Bague no perdonará jamás! (26)

Luego de presentar a este tercer grupo humano que fue traído en contra de su voluntad a América, el proceso de mestizaje de las tres culturas es explicado de mejor manera: “Pasaron muchos días y muchas noches, y los días y las noches fueron borrando las huellas, los gritos, el dolor y el amor que aquí se gestaron (...) Una nueva era nació, como ocurre cada cierto tiempo, y con ella nuevos hombres nacieron. Eran hombres de barro. Hijos del maíz, del hierro y de la arena por igual, hombres de agua, de fuego y de tierra” (26) Y con la aparición de estos nuevos “hombres de barro”, es que se da inicio a la etapa moderna del territorio, con gente que ha olvidado las culturas antiguas, a sus dioses y sus viejas prácticas. El nombre de Techtotiba ha sido olvidado por completo, y ya no quedan mayores rastros de aquel territorio abundante en agua. Ahora, las construcciones de los seres humanos comienzan a aparecer cada vez con mayor velocidad.

La primera construcción de gran envergadura fue el Aeropuerto de Techo, el primero de Bogotá, que funcionó desde 1929 hasta 1959, cuando se construyó el Aeropuerto del Dorado. En *La libertad del Agua* se cuenta este acontecimiento de la siguiente forma: “Los hombres de barro quisieron volar como los pájaros, y como no recordaban a los dioses, decidieron construir sus propias alas. Aquí en Techtotiba erigieron una gran pista de aterrizaje para sus naves de metal y le llamaron Aeropuerto” (27). Al consultar uno de los hitos más importantes en materia de historiografía de la localidad, el libro de Alfonso Jaramillo Palacio y Fidel Juez Pardo, *Hijos de las estrellas. Historia de la Ciudad Kennedy* de 1996, se apunta lo siguiente sobre dicho aeropuerto:

Para el año de 1929 este aeropuerto de Techo ya ha empezado a funcionar, y como vía de acceso se amplía el terreno de la vía de la Hacienda de Techo, que comienza a llamarse la Avenida de Techo, que iniciaba en el Puente de Aranda y terminaba en lo que hoy es el Monumento de las Banderas, que para esos años todavía no existía, dejando la vía en la cabecera de la pista, junto a la cual estaba la casona donde se abordaban las aeronaves. Esta casona estaba ubicada donde hoy queda la urbanización Banderas abajo de la glorieta. la pista llegaba un poco más abajo. (Jaramillo y Juez, 1996: 66)

La construcción de este aeropuerto marcaría el comienzo de un proceso de gran migración hacia la localidad, atrayendo personas seducidas principalmente por el gran

potencial económico de la zona. El principal corredor económico fue dicha Avenida de Techo, que en el año 1944 pasaría a convertirse en la Avenida de las Américas, cuya oficialización se dio hasta 1948, junto con el monumento a las Banderas, para la IX Conferencia Panamericana, producto de la cual se fundó el 30 de abril de aquel año la OEA, diez días antes del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán:

La idea de construir la Avenida de las Américas surge en el año de 1944 por idea y proyecto de la Sociedad Colombiana de Arquitectos y puesta a consideración del cabildo municipal por el doctor Mendoza Neira como una vía-parque que cumpliera la doble función de acceso al aeropuerto y recreación para los bogotanos. Su inicio se debía dar desde la Avenida Caracas hasta el Puente de Aranda donde se conectaría con la Avenida Techo. El proyecto se somete al Departamento de Planeación que a su vez lo somete a consideración de la Comisión Organizadora de la IX Conferencia Panamericana, que lo aprueba. En el contrato se asigna al escultor Alfonso Neira la construcción del monumento a las Banderas Americanas, la fuente de la Diosa de las Aguas y otro monumento ya desaparecido. La avenida de las Américas se inauguró en 1948, poco antes del nueve de Abril. (1996:66)

Este gran auge conllevó a la construcción a finales de los 50 del Hipódromo de Techo, un centro de espectáculos donde asistían tanto las élites aristocráticas de la ciudad, como las clases medias y más pobres que vivían en la zona. También para esta época se dio el traslado del Aeropuerto, lo que dejó unos terrenos desocupados que el gobierno aprovechó para la construcción de Ciudad Techo, un proyecto de urbanización cuya finalidad era suplir el déficit de viviendas en la ciudad producido por la enorme migración a la capital de gente de todas las regiones de Colombia, desplazadas por el conflicto armado y la pobreza en sus lugares de origen. Este hecho es abordado en el relato enfatizando en un aspecto bastante particular: la construcción de barrios “piratas” o de “invasión”:

Pero, sobre todo, mucha gente humilde comenzó a venir de todas las regiones del país, la mayoría huyendo de los tentáculos de la guerra en sus hogares. Una guerra despiadada que tenía enfrentados a miles de hermanos y hermanas a lo largo de todo el país (...) Una gran parte de ellos terminó aquí, en Techotiba, pues en una ciudad como Bogotá, que puede llegar a ser tan hostil, la mejor opción que tenían era venir aquí, a la periferia. Luego de que los grandes terratenientes que habían sido dueños de las Haciendas empezaron a parcelarlas en pequeñas porciones de tierra que llamaron

“lotes”, muchos campesinos y desplazados de otras regiones empezaron a adquirir pequeños espacios de tierra. Algunas veces simplemente se asentaron al ver que nadie reclamaba la propiedad sobre el suelo. Y de esta forma empezaron a construir sus viviendas en un proceso comunal, muy parecido a la minga de los hijos del maíz. (Anexo: 28)

Respecto a este fenómeno, el investigador Mauricio Castellanos señala: “Uno de los hechos importantes fue el proceso de autoconstrucción de las viviendas por parte de los adjudicatarios de Ciudad Techo, fue un ejercicio de participación comunitaria, por más de un año, las familias enteras participaron de la construcción de sus casas” (Castellanos, 2011). Otra descripción que complementa la visión de este fenómeno corresponde a un documento publicado por el Fondo de Desarrollo Local y la Universidad del Tolima (La cual tiene convenio con el colegio CREAD de Kennedy) en donde dice: “se trabajaba sábados y domingos, venían las familias a ayudar, los mayores a echar pica y pala, las señoras a cocinar, los muchachos a cargar agua, a mover piedras y alcanzar bloque” (2020:10).

Estos barrios autoconstruidos contrastan con los proyectos estatales que se comenzaron a llevar a cabo a partir del proyecto de la “Alianza para el Progreso, una estrategia social de intervención del gobierno de los Estados Unidos, presentada en la Conferencia Económica y social de Punta del Este, Uruguay, en 1961. La cual consistía en entregar ayudas a los países de América Latina a través de vivienda, tierras o acueductos para contrarrestar la influencia de la Revolución Cubana” (Castellanos, 2011). En el marco de dicha Alianza para el Progreso fue que se organizó la visita de John F. Kennedy al territorio en el año 1961, que devino en el aporte económico del gobierno norteamericano para la “modernización” de la localidad.

Sin embargo, Mauricio Castellanos describe cómo, aún con la intervención de los gobiernos, el proceso de urbanización siguió dependiendo en gran medida de los habitantes de la zona: “Las ayudas para la construcción de las viviendas, fue un préstamo con el Banco Interamericano de Desarrollo, que abarcó tan solo el 30% del valor total del proyecto, el resto corrió por cuenta del presupuesto oficial, el dinero y el trabajo de los adjudicatarios” (2011). A pesar de esto, el aporte del gobierno norteamericano fue suficiente para que el sector fuese llamado primero Ciudad Kennedy, y luego, en 1964, un año después

del asesinato de John Kennedy en Dallas, Texas, fuese llamada oficialmente la localidad como Kennedy.

La autoconstrucción de los barrios de manera colectiva, recordando el trabajo comunitario de los pueblos originarios en minga, permite hablar en este momento del valor ético-ambiental, **la simbiosis por encima de la competencia**, y al mismo tiempo, el hecho de que estas casas fueron construidas de la misma forma para que todos viviesen en las mismas condiciones, conlleva también al valor de **la igualdad humana es la base del equilibrio medioambiental**. Por esto es que se le ha dado una preponderancia en el relato a este tipo de construcciones por encima de los planes de vivienda organizados por el estado, pero como se pondrá de manifiesto en el capítulo siguiente de *La libertad del Agua*, esta forma de intervenir en el suelo del territorio para construir, contribuyó notablemente al deterioro ecosistémico de la zona, teniendo un impacto sumamente negativo en el medioambiente.

El último hecho que se menciona en esta historia de la modernización de la localidad durante el siglo XX, es la construcción de la central de Corabastos:

Se clasificó a la gente por “estratos”, que era una categoría que se asignaba según tu capacidad para comprar cosas, y se destruyeron todas las vías de solidaridad y apoyo mutuo que existían, pues los mercados vecinales, donde la gente intercambiaba los alimentos que sembraba, se tuvieron que terminar: Ahora toda la comida debía pasar primero por un lugar enorme que llamaron “Corabastos”, y solo ellos podían controlar el flujo de la comida en el territorio. (Anexo: 29)

Esta construcción incentivo aún más la construcción de barrios aledaños que produjeron el deterioro medioambiental, transformando radicalmente las dinámicas sociales del territorio debido a la masificación y aumento de la densidad poblacional, lo que trajo consecuencias también en los aspectos sociales de convivencia y seguridad, pese a que autores como Jaramillo y Juez aseguran que no existe una correlación demostrable entre el aumento de la delincuencia en los barrios que rodean Corabastos y la construcción de la plaza:

En el año de 1971 se inicia la construcción de la corporación de abastecimientos de Bogotá “CORABASTOS”, instalación que modificó en mucho la vida cotidiana de ciudad Kennedy. Muchos alegan que Corabastos trajo problemas delincuenciales a ciudad Kennedy, pero esto no es cierto; sino que la llegada de este gran mercado

originó una intensa actividad comercial a la que no estaba acostumbrado el kennediano. Con Corabastos dejamos de ser un municipio anexo, convirtiéndonos en una parte de la capital. (...) Otra importante consecuencia de la llegada de Corabastos a nuestra localidad fue el inicio del poblamiento de los sectores poblacionales de patio bonito y Britalia. (Jaramillo y Juez, 1996: 79)

En todo caso, es palpable la desigualdad social y la pobreza que se hacen explícitas en los barrios circundantes a esta central de abastos, tales como Patio Bonito, Llano Grande y María Paz, en donde las dinámicas de la ilegalidad les han convertido en las “ollas” de la localidad, pero este análisis de la criminalidad y su relación —o no— con Corabastos daría para todo un estudio completo aparte. Por ahora cabe decir que la construcción de esta central y la promoción de la urbanización en el sector sí tuvo un impacto negativo en el humedal La Vaca que, a raíz de esto se fragmentó en dos partes mucho más pequeñas de lo que fue su tamaño original, La Vaca Norte y La Vaca Sur, lo que además trajo consecuencias negativas para las familias que allí se mudaron puesto que la inestabilidad del suelo le hacía propenso a inundaciones, y el carácter “ilegal” de los barrios, a su vez, trajo consigo la carencia de servicios públicos básicos y derechos sociales. Por lo tanto, es pertinente hablar otra vez de cómo **la igualdad humana es la base del equilibrio medioambiental**, pues pone de manifiesto la correlación que se establece en un entorno determinado entre los conflictos sociales con los ambientales: a mayor índice de desigualdad social, mayores son los actos perjudiciales sobre el medioambiente en ese mismo hábitat. Con este hecho concerniente al sector de Corabastos y, especialmente, al barrio Patio Bonito, termina este episodio y se da paso al siguiente capítulo de la obra.

3.2.6 Los defensores de la vida

En este punto del relato de la Tingua Azul, Fiba, sobre la historia de Techotiba en lo que fue el siglo XX, es que los personajes intuyen que están cerca de conocer el paradero de la Laguna raptada por los hombres. Lo primero en narrarse en este capítulo es cómo empiezan a surgir los primeros movimientos sociales de gran incidencia en el territorio, haciendo referencia al Paro del 77, en el que el colegio INEM tuvo un papel destacado por el formidable movimiento estudiantil que allí se gestaba. Respecto a esto, Mauricio Castellanos escribe:

El movimiento estudiantil estuvo precedido de la creación de grupos culturales, especialmente de Teatro al interior de colegios como el INEM, Distrital Kennedy y el Politek. Por aquellos tiempos se crearon los Consejos Estudiantiles que muchas veces funcionaron de manera clandestina, no existía el gobierno escolar. Las peticiones giraban en torno a la reforma educativa, la carestía de la vida, el alza del transporte o al cierre de la Universidad Nacional.

A nivel comunitario y especialmente en los barrios subnormales, la participación de los vecinos en los Comités de Trabajo fue un hecho importante, se unían en torno a las problemáticas sociales, legalización Urbanística, servicios públicos, los había por barrios, por problemáticas o por sectores. Uno de los más recordados fue el Comité Cívico zona 8ª de Bogotá, creado en 1978, aglutinó a más de treinta organizaciones entre juntas de acción comunal, asociaciones de padres de familia, grupos estudiantiles y sindicatos (...) Hacia finales de esa década fue importante el auge del movimiento juvenil especialmente en el sector cultural, aparecen grupos como Asacom (Nueva York), Crema Innata (centro Kennedy), Maíz Panela, Catambo y Tapizca (INEM Kennedy – Centro de Investigación y Promoción Comunitaria - CIPROC-), Tierra Joven (CDC Kennedy), el comité de Jóvenes (Britalia), La Embarrada y Mascatela (Patio Bonito), entre los más destacados. Durante ese periodo se realizaron encuentros juveniles que fueron apoyados por Bienestar Social del Distrito y CIPROC, para fortalecer la participación de los jóvenes. Es destacable el proceso de organización de estudiantes del INEM a través de la Cooperativa de estudiantes COPEINKE (Castellanos, 2011)

El título de este capítulo se relaciona a este fortalecimiento de los movimientos sociales en la localidad, pues esto será lo que dé lugar posteriormente a la creación de los primeros colectivos enfocados específicamente en la causa medioambiental, sin embargo, como se cuenta en la obra, esta adaptación del ecologismo llevaría algunas décadas, pues primigeniamente los movimientos populares se centraron únicamente en los conflictos sociales, dejando de lado la naturaleza: “Pero, mientras la cultura, la educación y el deporte se fortalecieron, no ocurrió lo mismo con las luchas por el medioambiente. Pues el auge de la modernidad sólo contribuyó al deterioro del suelo y, lo que es peor, tu padre, Chucal, el gran Río Funza, con sus dos brazos, Fucha y Tunjuelo, fue la mayor víctima del nuevo mundo” (Anexo: 32)

Cobra relevancia entonces el hecho mencionado al final del segmento anterior, en donde se habló de la construcción masiva sobre el inestable suelo del humedal La Vaca, pues en la obra, Fiba continúa contando cómo un gran diluvio, parecido al que ocurrió en la época de los muiscas, vuelve a azotar al territorio de Techotiba, especialmente al sector de Corabastos, debido a la constante contaminación del medioambiente por parte de las industrias y los vecinos de la zona. Este hecho, en la realidad, se refiere a la gran inundación de Patio Bonito que tuvo lugar en 1979, cuando las aguas y la debilidad de los cimientos de las urbanizaciones cobraron factura a las familias que allí vivían.

Este aspecto sobre la mala construcción de viviendas en un territorio que no era apto para ello, permite discutir dos valores ético-ambientales dentro del relato: en primer lugar, **la construcción de una cultura adaptativa constante** pues lo sucedido antes y después de la inundación de Patio Bonito dan cuenta de cómo la desconexión con el hábitat al cual se llega, y el desconocimiento de sus especificidades ecosistémicas, pueden acarrear enormes tragedias en términos de pérdidas materiales, pero que podría agravarse al punto de costar vidas humanas. En segundo lugar, permite hablar nuevamente de **los límites de la tecnología**, pues una arquitectura que no tenga en cuenta los factores ambientales evidentemente estará haciendo un mal uso de la tecnología, no solo porque no será efectiva a largo plazo, sino porque atenta directamente contra el ecosistema. La destrucción de un ecosistema se vuelve peor cuando, al cabo de un tiempo, ni siquiera valió la pena haberlo destruido.

Una nota periodística de El Espectador, con fecha del 13 de diciembre de 2011 recuerda aquellos hechos de noviembre del 79:

Es cierto que llovió durante semanas, antes y después de la inundación, y que semejante cantidad de agua acumulada tenía que terminar en tragedia. Pero lo que verdaderamente hizo colapsar los deficientes sistemas de alcantarillado del sector de Patio Bonito y derivó en la inundación de las viviendas de la zona fue la granizada del 20 de noviembre. La misma que sorprendió al presidente de la República anunciando en corbatín el nuevo escalafón nacional docente, y al alcalde de Bogotá, leyendo con lupa el plan de desarrollo que el Concejo acababa de aprobar, en el cual precisamente se aclaraba el tipo de uso que se le podía dar al suelo de Kennedy.

Al amanecer del 21 de noviembre de 1979, Patio Bonito ya era zona de desastre. Y en esa Navidad, como en la de ahora, hubo más brigadas de desinfección y fumigación

que juguetes. Muchos tuvieron que reconstruir sin ayuda sus hogares, otros recibieron subsidios, y sólo mil familias más contaron con la fortuna de recibir las casas que la fundación Compartir donó en el barrio Meissen (...)⁷

Esta problemática no solo permitió entrever las precarias condiciones bajo las cuales habían sido construidos los barrios, sino que puso de relieve la necesidad de empezar a cuestionar la relación con el medioambiente en el territorio, para así evitar este tipo de catástrofes. Para la narración de *La libertad del Agua* esta mención de las condiciones de la geografía del barrio Patio Bonito sirve para despertar la aguda intuición de Sihyta que advierte, luego de que Fiba prosiguiera narrando estos hechos, que la única edificación que sobrevive intacta a la inundación es la de una recién inaugurada fábrica de gaseosas, lugar ficticio que sirve para presentar finalmente a los antagonistas principales de la obra: “la Corporación”. Dichos villanos ya han sido mencionados antes en el relato, pues Sihyta en uno de los primeros capítulos menciona a la Corporación como el lugar en donde trabaja su madre haciendo el aseo, es por eso que le sorprende saber que aquella organización tiene tantos años de antigüedad. A la luz de este actuar de la Corporación es pertinente hablar entonces del valor ético-ambiental de **una producción para la vida y no una vida para la producción** pues nuevamente se ejemplifica cómo están los intereses económicos por encima de los valores propios de la vida, ya que el rapto de la Laguna, como se verá adelante, fue motivado por la rentabilidad económica que implicaba el uso de sus aguas para la producción de bebidas ultraprocesadas.

Sihyta asume entonces que es debajo de aquel edificio en donde se encuentra la Laguna escondida, y al comunicárselo a sus amigos, Fiba decide adelantar la historia hasta el siglo XXI, momento en el cual los movimientos sociales del territorio ya han posado su foco en la causa medioambiental, y ahí obtendrán la ayuda de estos para poder irrumpir en la fábrica y liberar a la Madre de Chucal.

En esta época tienen contacto con el grupo de jóvenes defensores de la vida, TeAm (Techotiva Ambiental), y estos acceden a ayudarlo a liberar al agua. Sorprendidos por el hecho de que estos muchachos tengan conocimiento sobre el nombre ancestral del territorio, ellos les explican que es debido a que hace mucho tiempo llegó un hombre de quien se dice que también viajó a través del tiempo, proviniendo de un futuro lejano, con la misión de

⁷ *De Patio Bonito a la Chucua*. El Espectador, 13 de diciembre de 2011.

derrotar a la Corporación. Pero al ser vencido en su propósito, él quedó atrapado en aquella época. Este hombre se hace llamar Tiboche (Nombre que escogimos de uno de los mayores de nuestra comunidad que ha fungido muchas veces como maestro y guía a través de nuestro caminar por el territorio y sus luchas). Él le resulta extrañamente familiar a Sihyta, descubriéndose así que es en realidad su padre, quien se alejó de ella para cumplir la misión asignada por la mismísima Madre Tierra. Con este reencuentro entre padre e hija se cierra este arco narrativo de la historia y se da inicio a la última parte del relato, donde los personajes principales, y los amigos que han hecho durante toda la narración, se disponen a llevar a cabo el plan maestro para liberar a la Laguna.

3.2.7 La libertad del Agua

En este capítulo, en el cual se ha llegado ya a la época actual de la historia del territorio, decidimos incluir finalmente los eventos más relevantes de la coyuntura que se vive a escala mundial hoy en día: la pandemia desatada por el virus Covid-19. Quisimos hacerlo, con un poco de humor, haciendo énfasis en la forma positiva en la que ha repercutido el aislamiento de los seres humanos sobre el medioambiente.

La forma en la que hemos trabajado esta última parte de la narración se ha dado también bajo las condiciones del aislamiento, lo que nos ha llevado a buscar canales de comunicación alternos entre los miembros —al menos la gran mayoría— de los espacios de encuentro en los cuales se fue concibiendo lentamente la obra. Pese a las limitaciones y complicaciones, he decir que fue posible llevar a buen puerto la culminación de la narración, aunque nos llevase un poco más de tiempo del que habíamos presupuestado. Sin embargo, es esta eventualidad la que me lleva a afirmar que el proyecto de los talleres de escritura creativa en el territorio no está terminado y que esperamos darle una continuidad a esta actividad cuando las circunstancias lo permitan, aun cuando ya no sea requerido para un ámbito institucional como lo fue este proyecto de grado.

Luego del emotivo encuentro de Sihyta con su padre, el grupo que se propone entrar en la fábrica de la Corporación tiene que reconocer que no está lo suficientemente preparado para tal misión que conlleva una gran complejidad. Es por esto que Fiba invoca al sabio

Nencatacoa para que, através de su conocimiento de lo que ocurre en el tiempo y sus diversos senderos, les oriente sobre la forma de proceder ante la gran labor que se disponen a realizar.

Nencatacoa les tranquiliza y es entonces cuando trae a colación el tema del virus que está próximo a desatarse en el planeta:

—Verán, mis amigos... La Madre Tierra comprende a todas y cada una de las criaturas que soñaron los dioses aquella vez que la Madre Abuela Bague los puso a dormir. Estas criaturas van desde los poderosos jaguares y astutos coyotes, hasta todas las aves del cielo y los peces del mar (...) Y así también, existen otros pequeños, casi invisibles seres, con los que los humanos han luchado durante toda su historia, a quienes en su soberbia han creído vencer y someter por completo como al resto de creaciones.

Estos seres diminutos son los llamados Virus, que, junto a las Bacterias, viven ocultos en el mundo microscópico (...) Pues bien, la Madre Tierra ha estado preparando a uno de estos pequeños Virus para poner en aprietos a la raza humana por sus constantes ofensas hacia ella y los dioses, espíritus y todas las criaturas de la naturaleza. (...) Pero su efectividad no radica en la capacidad de enfermar, sino en el miedo que infundirá a todos los humanos, haciéndolos ocultarse en sus casas, cerrando sus trabajos, sus escuelas, sus fábricas y prácticamente paralizando toda su civilización por algunas semanas. (...) lo más importante de todo, es que les dará a ustedes la oportunidad que necesitan para irrumpir en la fábrica de la Corporación y así liberar a la Madre Laguna por fin. (Anexo: 41)

De esta manera, Tiboche, quien lidera el grupo, tiene la oportunidad de planear durante una semana la forma en la que van a irrumpir en la fábrica. Al cabo de este plazo el grupo vuelve a reunirse; están Sihyta, Chucal, Fiba, Tiboche, y nueve miembros de TeAm. Adicionalmente, Tiboche invoca mediante unos granos de maíz negro a Quyne, quien vuelve a la historia para ayudarles en la misión final. Con ayuda de los animales del territorio, los cuales son los perros callejeros y las aves que anidan en los parques, el grupo va siguiendo las instrucciones de Tiboche según las cuales se tienen que ir separando para cumplir objetivos específicos, como distraer a los guardias, al personal de la fábrica o a la policía que hacer cumplir la cuarentena, y finalmente son solo Sihyta, Chucal y Tiboche los únicos que acceden al recóndito sitio en el cual está la Laguna cautiva.

El reencuentro de Chucal con su Madre es igual de emotivo al de Sihyta con Tiboche, pero las circunstancias en las que se presenta esta nueva reunión son bastante crueles: La Laguna está siendo víctima de un brutal ultraje. Sus aguas son extraídas ferozmente por unas enormes agujas de metal para ser utilizadas por la Corporación en sus fines industriales y mercantiles:

—No te acerques querido hijo, este aparato te secará a ti también. A mí me han robado el agua durante años para preparar sus horribles bebidas que enferman a la gente y al mismo tiempo tiran los desechos sobre tu padre Río para contaminarlo y matarlo lentamente. Esta gente no descansará hasta acabar con toda nuestra familia y con la vida en la tierra— Dijo Laguna en medio del llanto. (45)

Entonces volvemos a hablar del valor ético-ambiental de **una producción para la vida y no una vida para la producción**, pues es la parte del relato en donde mejor se aprecia la brutal extracción de recursos naturales para la obtención de beneficios económicos, y lo que es peor, para el beneficio solamente de un reducido grupo de hombres, por lo que es preciso mencionar también el valor que dicta que **la igualdad humana es la base del equilibrio medioambiental** ya que es producto de esta avaricia que no solo se promueve el crecimiento de la brecha que separa a ricos y pobres, sino que se afecta profundamente al medioambiente que, en últimas, es de todos, ya que todos confluimos dentro del mismo hábitat. Por lo tanto, la desigualdad no es únicamente económica, sino también ecológica: solo los más ricos económicamente tienen la capacidad de apropiarse de los recursos naturales sin sufrir las consecuencias.

Mientras Tiboche intenta desactivar la máquina, Sihyta y Chucal buscan liberar a la Laguna. Pero Chucal, al poseer también las características de un espíritu del agua, es atacado también por las voraces agujas. Recae entonces en Sihyta la misión de liberar a la Laguna de sus ataduras, y para esta tarea, al estar a punto de desfallecer por la dureza de estas, recibe el poder de la Madre Tierra que le explica que todo el tiempo estuvo destinada a realizar ese acto. Con la fuerza que le otorga la personificación de la naturaleza, la niña logra por fin liberar a la deidad y culminar así su árdua tarea.

La historia acaba con la celebración de todo el equipo y la despedida de Sihyta y Tiboche que deciden regresar a su época. Esto lo consiguen con la ayuda de la Laguna, que les devuelve el favor haciendo crecer al único Tihyq que había en el territorio, en el barrio

Timiza, y que el mismo que que les ayudó a viajar al principio de la historia. Aquel lugar es bautizado como el Humedal Tingua Azul, en honor a Fiba que decide quedarse allí para cuidarlo.

En la última escena vemos cómo Sihyta y su padre regresan al año 2108 donde se topan con un mundo totalmente distinto, repleto de naturaleza y con un cielo azul sobre ellos. Al preguntar por el nombre del aquel lugar, un sujeto les responde que están en Techotiva, recordando las palabras de los miembros de TeAm, que le explicaron que era con “uve” en lugar de “be” porque eran conscientes de que aquella Techotiba milenaria de los hijos del maíz jamás iba a regresar, por lo tanto, su labor era construir una nueva, que recordará los principios ancestrales, pero que se adaptara a los cambios que deparaba el futuro.

Así termina *La libertad de Agua*, y es debido recalcar el hecho de que la manifestación de los valores ético-ambientales a lo largo de toda la obra, y como se ha mostrado en este análisis, se da a manera de contraposición, es decir, mostrando todo el tiempo lo que pasaría si no se adoptan dichos valores. Esta es la mayor diferencia con el libro analizado anteriormente, *Los hijos de Madre Tierra*, donde la mayoría de las veces se podía apreciar como diferentes comunidades se valían de dichos valores para desarrollar sus culturas de forma sostenible, a excepción de algunos casos en los que se hacía un uso indebido de la tecnología. Acá se quiso plasmar el extremo opuesto, en donde la humanidad decide de manera voluntaria e ignorante no adaptar una ética ambiental y esto la lleva a un futuro bastante desagradable. Toda la lucha de Sihyta, de su padre, y sus amigos es por remediar estas malas decisiones, encarnando así los valores de esta ética, así como también el principio de responsabilidad establecido por Hans Jonas, con el que cerré el capítulo anterior y con el que cierro este, aquel que dice: “Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra” (1995:40)

CONCLUSIONES

En este momento final de mi trabajo me dispondré a enunciar las conclusiones generales a las que he podido llegar a lo largo de este proceso de escritura y la experiencia activa que implicó el desarrollo de los talleres de creación literaria. Las conclusiones presentadas a continuación van por orden de relevancia, siendo la primera la más concerniente a la finalidad última de la tesis.

En primer lugar, me permito dar respuesta a la pregunta seminal de mi proyecto, ¿Sirve la LIJ como medio de formación medioambiental para la infancia? Y la conclusión es un rotundo sí: la LIJ es un medio ideal para la propagación de ideas de formación en ética ambiental para sus jóvenes lectores. Uno de los motivos radica en que, en las edades más tempranas del ser humano, existe, generalmente, una mayor propensión a empatizar con la naturaleza y sus elementos.

Ahora bien, si hablásemos de naturaleza, ya no en su acepción común como el conjunto de todo lo que existe y está determinado por sus propias leyes, sino que nos refiriésemos a ella en calidad de una virtud o propiedad de las cosas y los seres, convendría pensar que es la naturaleza de la infancia estar abocado al respeto y al amor del mundo natural, por consiguiente, estar inclinado al cuidado del medioambiente.

Recordemos el primer capítulo, específicamente la historiografía de la LIJ en relación al medioambiente, cuando Rousseau introdujo las bases de lo que sería el modelo pedagógico actualmente más extendido en todo el mundo, conocido comúnmente como pedagogía constructivista, que tiene un fuerte principio de aproximación al entorno natural para desarrollar las habilidades cognitivas de los infantes.

Pero más allá de la potencial labor de la naturaleza en el desenvolvimiento de la inteligencia humana, la cuestión aquí es poner de relieve cómo la literatura, de un ampliamente conocido carácter formativo, sirve para aproximar a la niñez a un profundo cuidado de la naturaleza. El amor a la naturaleza, no como medio, sino como fin de la educación, es posible gracias a la intervención de la LIJ como herramienta propicia para el cuestionamiento de la conducta humana y su relación con el medioambiente. Sirve, además, para propagar ideas ecologistas en un entorno meramente educativo, dejando de lado el

mercantil mundo editorial, como probamos en los talleres de creación literaria de Techotiva Ambiental, donde el carácter pedagógico popular del proyecto estuvo siempre por encima del nulo carácter editorial, ya que el fin no ha sido elaborar una obra publicable, sino la formación en ética ambiental que surgió durante y después del proceso de escritura. Y digo que es posterior también al proceso, ya que las ideas adquiridas por los participantes en los talleres han sido también propagadas por los mismos en sus entornos más cercanos, familiares y vecinales, creando así una conciencia colectiva que se amplifica con el devenir del tiempo.

En segundo lugar, otra conclusión que me permito anotar es la veracidad de la premisa según la cual los conflictos sociales están ligados a los conflictos ambientales y viceversa y, por lo tanto, en un territorio que manifiesta un índice elevado de conflictos sociales tales como la desigualdad, es posible igualmente hallar un gran índice de conflictos ambientales, tales como el abuso extractivista de recursos naturales, o la alta contaminación del ambiente por desechos industriales. Si retomamos el concepto de “justicia medioambiental” expuesto en la introducción, convendría hablar entonces de “metabolismo social”, un concepto proveniente de la sociología ecológica que compara el funcionamiento de una sociedad al de cualquier organismo vivo, en el que se distinguen unas fases específicas del flujo de la energía: la entrada de recursos, la transformación de los mismos y la expulsión de los desechos.

Sin embargo, como señala Víctor Toledo de la Universidad Nacional Autónoma de México, en “El metabolismo social: Una nueva teoría socioecológica” son cinco y no tres las fases de este proceso metabólico: “El proceso metabólico se ve entonces representado por cinco fenómenos que son teórica y prácticamente distinguibles: *la apropiación (A), la transformación (T), la circulación (C), el consumo (Co) y la excreción (E)*” (Toledo, 2013). Esta definición introduce dos nuevas variables a este proceso: la circulación y el consumo.

La circulación (C) se refiere principalmente al intercambio económico de recursos apropiados (A) de la naturaleza en el momento en que no son requeridos para el consumo (Co) de una comunidad; esta es una regla principal de la economía, de hecho, es el modo de explicar la creación de riqueza económica, pues cuando una sociedad excede la cantidad de recursos que extrae sobre la cantidad de recursos que necesita para su manutención, el

excedente lo puede utilizar para comercializar con otros grupos humanos por recursos o bienes que no posea.

El consumo (Co), por su parte es un proceso que permea toda la cadena metabólica, desde el inicio hasta el fin, ya que se entiende como la relación entre las necesidades humanas y las satisfacciones que proporciona la naturaleza para suplir dichas necesidades. Esta capacidad de responder a los requerimientos humanos está determinada por la intensidad del consumo (Co), por eso los primeros eslabones de la cadena (A, T y C) están determinados por la demanda de Co (Toledo, 2013).

Pese a que esté generalizada la creencia de que la parte final de la cadena, la excreción (E), es la encargada de la mayor contaminación al medioambiente, esto no es cierto, pues la realidad indica que en todos y cada uno de los pasos del proceso metabólico se producen altos índices de contaminación. Joan Martínez-Alier, investigador catalán que ha desarrollado ampliamente el campo de la economía ecológica realizó un artículo en 2004 que ya fue citado con antelación en este proyecto, titulado “Los conflictos ecologico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad” donde señala cómo la apropiación de recursos implica al menos ocho categorías diferentes de conflictos de carácter socio ambiental, tales como los conflictos mineros, conflictos por la extracción de petróleo, la degradación y erosión de la tierra, plantación de monocultivos, biopiratería, y conflictos relacionados a la pesca y defensa del agua (Martínez-Alier, 2004: 22-23). Si tomamos, por ejemplo, la degradación y erosión de las tierras, el carácter social de este conflicto ambiental se pone de relieve por “la desigual distribución de la propiedad sobre la tierra o por la presión de la producción exportadora” (22).

Asimismo, las fases de transformación (T) circulación (C) y consumo (Co) en la cadena metabólica no están exentas de contaminación. Tomando como ejemplo simple el transporte de materiales, energías y productos terminados, Martínez-Alier menciona cómo los derrames de petróleo en el mar, los daños de oleoductos y gasoductos, las hidrovías, y también la ampliación de puertos, aeropuertos y de autopistas para el tráfico de camiones, tienen fuertes repercusiones sobre el medioambiente a la vez que manifiestan fuertes desigualdades de carácter ecológico-distributivas. Pero dejando de lado las apreciaciones teóricas, esto es posible ilustrarlo mediante las obras literarias analizadas en este proyecto.

Por un lado *Los hijos de Madre Tierra* nos presentó diversas comunidades a lo largo y ancho del país, que en su mayoría eran minorías étnicas (En el caso de la comunidad wayuu

en *fuego en el desierto* y emberá en *El árbol de la vida* así como la comunidad afro sanandresana en *Peligro en el mar de los siete colores*) y cuando no, poblaciones civiles de bajos recursos económicos (los pobladores de Aguabonita en *El reino de Mapalina* y la comunidad cafetera *Los loritos de las palmas*) enfrentadas los grandes poderes económicos de las industrias extractivistas ávidas de apropiarse de los recursos naturales que rodean a dichas comunidades.

Mientras que en el texto referente a la historia de Techotiba, *La libertad del Agua*, constantemente se hizo alusión a cómo los grandes potentados económicos e industriales contribuyeron al deterioro del tejido social a la vez que explotaron los recursos naturales para sus actividades productivas. Por ejemplo el vínculo entre la construcción de Corabastos a finales de los años 60 y la adjudicación ilegal de predios mediante “tierreros” a familias de escasos recursos, la mayoría provenientes de regiones donde el conflicto armado les hizo huir a la ciudad, alrededor de la plaza de mercado no solo contribuyó a la destrucción del ecosistema del humedal La Vaca, sino que fue un factor determinante para la calamidad producida durante la inundación de 1979 en donde muchas personas perdieron lo poco que tenían.

La tercera conclusión que puedo afirmar es que la naturaleza es un elemento fundamental en la identidad cultural de los pueblos latinoamericanos. No solo por proveer todos los recursos requeridos para satisfacer nuestras necesidades, sino porque el impacto mismo de nuestro actuar promueve o degrada el funcionamiento armonioso de un ecosistema, esto implica, de cualquier forma, que el ser humano es un actor más dentro de este complejo entramado biológico y no un simple observador.

Esto quiere decir que no solo extraemos de la naturaleza, sino que también entregamos a ella lo que nos pide, ya que no podemos olvidar que nuestro propio cuerpo es material orgánico que en algún punto de la historia debe retornar a la tierra para nutrirla y seguir así el ciclo natural de la vida. Este entendimiento de la naturaleza es más extendido en las comunidades menos industrializadas, si se quiere, menos tecnológicas, sin necesidad de hacer uno estrictamente de una artesanía arcaica, sino simplemente con modelos de extracción, transformación y consumo más sencillos.

Evidentemente Latinoamérica constituye una de las regiones con menor progreso tecnológico a gran escala cuando se compara con otros lugares del orbe, y eso nos lleva a conectar de una manera más auténtica con la naturaleza, lo que constituye una gran ventaja, si se piensa que aún estamos a tiempo de encaminarnos por la senda de un progreso cultural verdaderamente sostenible, donde los límites de nuestra cultura están dados no por nuestra avaricia y soberbia, sino por la Madre Tierra que nos parió a todos por igual.

ANEXO

LA LIBERTAD DEL AGUA

*Este es un relato concebido colectivamente en el que se contempla nuestra propia historia
Desde Techotiba, el territorio del agua*

I

El camino de Sihyta

Cuando Sihyta despertó lo primero que vio fue un pequeño rincón azul en medio de las nubes de humo gris que colmaban el cielo, lo vio a través de la pequeña ventana de su habitación que daba hacia la calle repleta de gente corriendo a sus trabajos y automóviles electromagnéticos por doquier. —Qué raro, recuerdo haber cerrado bien la cortina anoche— se dijo para sí misma y se dio el gusto de mirar por unos pocos minutos más aquel pedacito de cielo.

Hacía mucho tiempo que no le había visto, pues lo más común era ver el gris del humo y de las cenizas que expulsaban las chimeneas de las fábricas. Era el año 2108, la ciudad de Bogotá seguía siendo la misma que había sido siempre, o al menos la misma que todos recordaban: fría, oscura, repleta de edificios altísimos y delgaditos donde vive la gente, una encima de la otra, “—Porque ya somos tantos que nos toca vivir como en cajitas apiladas para que quepamos todos—” solía decirle la mamá de Sihyta cuando ella le preguntaba por qué los edificios eran tan altos.

Saltó de la cama y la tendió en un par de minutos: no había tiempo que perder. Fue hasta el baño que compartían ella y su mamá con los demás vecinos del piso 57 del edificio 38B del sector Timiza. Le sorprendió bastante que no hubiera fila. Todos los días por la mañana era normal encontrar al menos quince personas esperando a usar el baño. Todos corrían para ser los primeros, pues solo los primeros recibían agua caliente, sin embargo, esa mañana no había nadie haciendo fila.

—Qué día más extraño— dijo en voz alta, aunque nadie estuviera cerca para escucharla. —Primero veo un cachito de azul en el cielo y ahora no hay fila para usar el

baño. O me debí pegar a las cobijas y debo estar soñando todavía, o este debe ser mi día de suerte— y diciendo esto se llevó una mano a la nariz y se la tapó para comprobar que no estaba soñando, como no pudo respirar supo que estaba despierta. Cuando estaba más chiquita su papá le había enseñado ese método y le había dicho que era la forma más efectiva para saber si estaba dentro de un sueño o no, porque en los sueños uno puede seguir respirando cuando se tapa la nariz, o cuando se mete debajo del agua, o cuando se desatan las tormentas de smog que lo cubren todo con esa niebla verde apesposa que ella tanto odia. —Si no es un sueño, entonces es mi día de suerte... ¡Voy a comprarme la lotería! — y entró inmediatamente al baño con la toalla en el hombro.

Primero se miró en el espejo. Contempló por unos segundos su rostro de mejillas rosadas y pecas bajo los ojos, vio sus largas pestañas y luego sus diminutos dientes blancos entre los rojos labios. Oprimió primero el botón azul del panel de control y el robot cepilladientes le disparó un chorro de enjuague bucal que ella atrapó con la boca, hizo gárgaras por un minuto completo (Contó los segundos mentalmente para estar segura) y luego lo escupió en el plato de aluminio que tenía un sifón en el centro. Luego el robot cepilladientes expulsó una gotita de crema dental que cayó sobre un palito de plástico que se extendió con un brazo mecánico hasta ella y se metió en su boca vibrando a toda velocidad, haciéndole cosquillas en la lengua, las encías y la parte de adentro de los cachetes. Esa era su parte preferida del ritual matutino de limpieza, el robot cepilladientes era su favorito, no como el robot lavacuerpos que siempre era muy brusco y le echaba un chorro de agua fría en la espalda.

Sin embargo, aquella mañana el robot lavacuerpos aún tenía agua caliente y fue muy amable con ella, haciéndole un masaje en el cuello, en los hombros y en las piernas. Sihyta no podía creerlo, en verdad parecía que era su día de suerte. Se preguntaba si al salir de su casa le iban a seguir pasando esas cosas agradables a las que ella no estaba acostumbrada.

Bajó corriendo las escaleras, pues se sentía con muchos ánimos después de aquel baño con agua caliente y no quería esperar un ascensor. Llegó al parqueadero del edificio y caminó entre los automóviles electromagnéticos de algunos de sus vecinos (los que tenían suficiente dinero para comprarse uno) y llegó al fin hasta el pequeño rincón donde guardaba su bicicleta.

Nadie más en el edificio 38B tenía una, probablemente nadie en todo el sector Timiza tuviese una bicicleta; era un invento muy antiguo, y ella solo la tenía porque su

papá se la había hecho con sus propias manos y se la había obsequiado cuando cumplió los ocho años, es decir, hace casi cinco años. Los mismos que habían pasado desde que su papá había desaparecido, esfumándose como si una de esas nubes de humo y de ceniza, o peor, como si una tormenta de smog, se lo hubiera llevado consigo.

La bicicleta funcionaba con la fuerza de sus piernas, a ella le gustaba sentir el ejercicio pues pensaba que eso la hacía más fuerte, además, le fascinaba que no hiciera ningún sonido ni que botara humo por ninguna parte. Pero, sobre todo, era el único recuerdo que tenía de su papá, por eso la limpiaba y la utilizaba todos los días, incluso, a veces, cuando iba pedaleando sola por las calles, imaginaba que su papá estaba sentado detrás, en la parrillita donde a veces ponía la maleta, y comenzaba a hablarle de las cosas que le pasaban en el colegio, de cómo estaba su mamá y, sobre todo, de los sueños que había tenido.

Lo que más extrañaba de hablar con su papá era contarle sus sueños, pues él era un experto navegante de sueños y le había enseñado muchísimos trucos para moverse en ese mágico mundo, como el de taparse la nariz para saber si estaba en el mundo real o no. Pero como su papá había desaparecido, no pudo seguir aprendiendo de ese misterioso arte. Aun así, todas las noches se esforzaba por soñar y practicar las lecciones que recordaba de su padre.

Al ir recorriendo el barrio en su bicicleta se dio cuenta de que el aire era cada vez más gris e irrespirable. Se entristeció porque la alegría que sintió por todas las cosas bellas que le pasaron por la mañana comenzaba a desvanecerse. Pensó que tal vez no fuera su día de suerte. Pensó que sería un día común y corriente, que llegaría al colegio, que todos los niños se burlarían otra vez de ella y de su bicicleta: “Oye Sihyta, llamó el siglo veintiuno, dice que le devuelvas ese cacharro con llantas”, o “Tus papás son tan pobres que tuvieron que regalarte esos tubos con ruedas porque no pueden comprar un auto como todos”, u otras tantas cosas horribles que le decían a diario.

Pensó en que al llegar al comedor del colegio le servirían el mismo desayuno de siempre: un plato de avena café y un huevo duro que siempre estaba negro donde se supone que debería estar blanco. Pensó que la maestra Ruth la volvería a regañar por no comerse el desayuno completo y que ella le daría la misma respuesta de siempre: “Profe, a mí no me gusta el huevo duro” y la maestra le pondría el mismo castigo de siempre: “Sihyta, me hace el favor y saca una hoja y escribe una plana de setenta renglones diciendo: nodebodesperciardcomida, nodebodesperciardcomida, nodebo...”

Y por estar pensando todas estas cosas, no vio el montón de cajas de cartón que estaban atravesadas en mitad de la calle. Se chocó y fue a parar patitas arriba sobre las cajas.

En ese momento, mientras se recuperaba del golpe y se preguntaba quién diablos dejaría tantas cajas tiradas por ahí, de pronto, vio un rayito de sol alumbrando sobre un pequeño lugar que nunca antes había visto en su barrio. Un lugar limpio y verde que parecía ocultarse en medio de toda la suciedad del sector Timiza. Desconcertada, se puso de pie sin pensar en el dolor de una de sus rodillas que se había raspado, y fue, un poco asustada, un poco curiosa, a ese lugar extraño.

En el colegio le habían enseñado que hace cien años era normal ver sitios verdes por toda la tierra, pero desde que empezaron a nacer tantos bebés humanos, había tocado quitar todos los lugares verdes para construir edificios en los que la gente tuviera donde vivir. “Pasto”, le parecía que se llamaban unas de esas cosas que hacían que la tierra se viera verde.

Una vez estuvo cerca y pudo agacharse para examinarlo con sus propios ojos, vio que no eran todas iguales, sino que había muchas clases de cositas verdes. Entonces lo recordó: —¡Estas son plantas! — gritó. Recordó que hace muchos años con su papá habían ido a un lugar parecido y que él le había explicado todo sobre las plantas, le dijo que eran indispensables para la vida porque producen una cosa llamaba oxígeno y que eso es lo que nosotros respiramos, que las plantas lo daban de forma gratuita y que por eso las habían querido eliminar los señores que hoy manejan el negocio del oxígeno y lo venden carísimo por unas tuberías de metal debajo de la tierra.

Recordaba además que, según su papá, las plantas eran comida y cuando estaban regadas por toda la tierra, la gente podía tomar lo que necesitara y compartirlo con las personas que quisiera. Sin embargo, al examinarlas de cerca, las plantas no se veían muy apetitosas. Tomó un puñado en su mano y estuvo a punto de metérselo a la boca para comprobar, pero apenas hizo esto un estruendoso alarido la detuvo.

—¡Ayyyyy! ¡Ayayayaaiiii! ¿Quién me jaló los pelos?

Sihyta quedó como una estatua al escuchar el grito, pero recordando que nunca había sido una cobarde, tomó aliento y se adentró aún más en aquel lugar misterioso para descubrir quién o qué había gritado. Sorprendida, se dio cuenta que entre más avanzaban, sus pies se comenzaban a hundir cada vez más en el suelo. Esto era algo fuera de lo común, no se parecía en nada al concreto que ella conocía y del que estaba hecho todo en la ciudad. Además, se dio cuenta de que el piso estaba mojado, pues con

cada paso saltaban gotitas de agua y empezaba a sentir húmedos los pies, por dentro de los zapatos.

Su admiración creció más al darse cuenta de la inmensidad de aquel lugar verde. Se tapó la nariz como un gesto casi inconsciente, pero se dio cuenta de que no, no estaba soñando.

—Lo que faltaba para completar este día tan extraño, ¡Me estoy volviendo loca! Ahora hasta estoy hablando sola...— dijo casi susurrando mientras miraba a su alrededor y no distinguía nada que no fuera verde y más verde. —Mejor me devuelvo antes de que me pierda y no alcance a llegar al colegio—. Pero en cuanto trato de ponerse en marcha se dio cuenta de que ya no recordaba por dónde había llegado. Miró al cielo y alcanzó a divisar un poquito de azul a lo lejos: el mismo que había visto por la mañana desde la ventana ¡Hacia allí estaba su casa! por ahí encontraría la salida, pero tan pronto quiso salir corriendo hacia allí, algo la distrajo...

Un pájaro blanco surcó el cielo y dio vueltas sobre su cabeza “¿Qué es eso?” pensó, “¿Un pájaro?” Los profes en el colegio, incluso su papá hace mucho tiempo, le habían enseñado sobre todas las especies de animales, pero según ella lo recordaba, lo que le dijeron es que los pájaros ya no vivían en la ciudad, que para verlos había que ir a un tal “santuario” en una isla a muchos millones de kilómetros de ahí, o sea, era prácticamente imposible ver un pájaro, más fácil era ir a la luna. Y, sin embargo, ahí estaba, volando sobre ella.

El pájaro dio un par de vueltas más y marchó en dirección contraria al pedacito de azul del cielo. En ese momento Sihyta debía tomar una importante decisión: Volver a su casa, o seguir al ave y llegar al fondo de todo este asunto. No lo dudo más, pues si dudaba, perdería la pista del animal.

Sihyta caminaba detrás del ave y esta, a su vez, parecía parar de tanto en tanto como si la esperara. Así estuvieron por un largo rato y ella ya consideraba al pajarito como su amigo. Ya habían entablado una conversación: Sihyta le contaba sobre su mamá, que trabaja haciendo el aseo en uno de los edificios de la Corporación; le contaba de su papá y la vez que le regaló la bicicleta; y, sobre todo, le hablaba de los muchos sueños que había tenido en toda su vida, y que recordaba y guardaba en su cabeza como el tesoro más valioso del mundo. El pájaro le escuchaba y de vez en cuando silbaba en señal de aprobación.

Así siguieron sin preocuparse por el paso del tiempo, ya ni siquiera le preocupaba a Sihyta llegar tarde al colegio. Pero sus pies comenzaban a cansarse, sobre todo porque cada vez era más difícil caminar por el pasto que a cada paso parecía estar más y más mojado. “Si tan solo tuviera alas como el pajarito” alcanzó a pensar, cuando el ave se detuvo por completo al frente suyo, como si le hubiera leído los pensamientos. Se miraron en silencio por unos segundos y luego el pájaro giró su cabeza hacia un lado. Sihyta también miró en esa dirección y no podía creer lo que estaba viendo: una bandada de pájaros desplegaba el vuelo por encima de su cabeza.

El ave la había llevado hasta donde estaban su familia y sus amigos. Realmente no lo podía creer, no solo había visto un ave ¡Había visto un montón! Ahora sí estaba convencida de que era su día de suerte. Seguramente ningún ser humano en cien años había visto tantos pájaros como los que ella había visto ese día, pero eso no era lo más sorprendente de todo...

En medio del vuelo de las aves había un charco enorme entre las plantas. Algo tan extraño como nunca antes lo había visto. Se acercó cautelosa y se dio cuenta que de ahí brotaba la humedad del suelo, eso era lo que hacía que todo el pasto estuviese mojado. Y al llegar a la orilla se asomó en ella y le sorprendió verse a sí misma, a su reflejo. Era un espejo gigante, pero no un espejo normal, era uno hecho de agua.

Pero pronto su atención se enfocó en unas maravillosas florecillas de color amarillo que crecían todas juntas a la orilla del charco. Se agachó para mirarlas muy de cerca y lo primero que pensó es que estas sí debían saber muy rico, porque con ese color tan bonito era casi seguro que su sabor fuera dulce. Además, ya estaba haciendo hambre, después de todo había caminado mucho siguiendo al ave y se había perdido el desayuno del colegio.

Sin pensarlo más, mandó la mano y arrancó una florecilla para comerla, pero tan pronto la tomó de la tierra el terrible grito que había escuchado antes volvió a sonar, esta vez mucho más fuerte.

—¡AAAAYYYYY MI FLORECITA! ¡Ajá, con que es usted, niñita, la que viene quitándome los pelos ¡Ahora también me arranca las flores! — Retumbó la voz en todo el lugar y las aves salieron espantadas volando.

El terrible susto le hizo a Sihyta dejar caer la florecilla y temblar de miedo. Pero miró por todas partes y sin embargo no podía ver a quién le había gritado.

—¡Disculpame, por favor! No sabía que eran tuyas las flores, tampoco te quería quitar los pelos. Ni siquiera sé dónde estoy, sólo me perdí y el pajarito me encontró—. Dijo la niña sin saber realmente a quién le estaba hablando.

—Pues perdida sí estás, porque hace muchísimo tiempo que ningún humano viene por acá. Dime ¿Cómo te llamas, niña? — Y mientras la voz hablaba, Syhita pudo ver una espesa neblina, que no era humo, o ceniza, o smog, y que se aglomeraba en el centro del charco. De pronto vio como tomaba la forma de una figura humana de pie sobre el agua. “Recuerda que no eres una cobarde” pensó la niña. —Me llamo Sihyta, señor, señora, perdón— Respondió con nervios mientras veía a la figura acercarse.

—¿Sihyta? Hmm, qué interesante, no escuchaba un nombre como ese desde hace muchos siglos, creo que milenios...— respondió el misterioso ser que ya estaba muy cerca de la orilla, pero la niebla a su alrededor era tan espesa que aún no se distinguía su rostro. Después de reflexionar un poco sobre el nombre de la niña, apaciguó su enojo y le dijo cortésmente —Puedes decirme señor. Yo soy un espíritu de la Laguna.

—¿Laguna?— Se extrañó Syhita

—Sí, mi Madre la Laguna. Yo soy el último de sus hijos. Me llaman Chucua, pero prefiero que me digan Chucal— dijo el ser que ya estaba frente a frente con la niña. Su rostro era de un color café parecido al de la avena que servían en el colegio. Sus ojos eran negros, pequeños y como alargaditos. Su cabello era liso, negro y largo, muy muy largo.

—Chucal es un lindo nombre, no se lo había escuchado a nadie... ¿Vives aquí tú solo, señor Chucal?— Preguntó Syhita.

—¿Solo? Noooo— Y se rio el espíritu. —Vivo aquí con los pájaros, los cucarrones, las libélulas, las caléndulas, los saucos y todas las demás especies que se bañan y beben de mis aguas— Respondió Chucal, que ya no infundía nada de miedo, por el contrario, parecía alguien muy agradable.

Syhita pudo ver entonces la gran variedad de insectos, animales y plantas que habitaban cerca al espejo de agua y que comenzaban a salir. También las aves habían regresado.

—Pero entonces, ¿si vives aquí hace muchos años, cómo es que ningún otro humano ha venido por aquí?— Le preguntó al espíritu.

—Tuve que ocultarme— Dijo Chucal y guardó silencio para pensar un poco. Luego continuó: —A veces los humanos no han sido muy buenos conmigo... No han sido muy buenos con nadie, en especial con mi madre—.

—¿Quieres decir la Laguna? ¿Qué le pasó a tu madre?— le preguntó Syhita.

—En realidad yo tampoco lo sé muy bien, verás... Antes vivíamos aquí mi Madre Laguna junto con mi Padre Río, y todos mis hermanos y hermanas de agua. Además, vivían aquí los hombres, hijos del maíz, y muchos animales y plantas. Pero un día yo me alimenté demasiado del agualluvia que cayó durante un diluvio. Por comer tanto me dio muchísimo sueño y dormí por varios años. Cuando me desperté nada era como lo recordaba: la gente había cambiado, los hijos del maíz ya no estaban, ni los animales ni las plantas que yo recordaba, ni siquiera mis hermanos, y lo que es peor, ya no estaban ni mi Madre ni mi Padre. Los animales nuevos que andaban por acá bebiendo de mis aguas mientras dormía me contaron que siempre había sido así, que yo hablaba locuras y que nada de lo que yo recordaba había existido jamás. Que siempre los humanos lo habían controlado todo con su cemento y su humo y sus cenizas. Entonces me oculté y me refugié entre la yerba, pues me daba miedo salir y que los humanos me encontraran y me hicieran algo, porque lo que me dijeron los animales, es que ellos domesticaban y comerciaban con todo lo que se les atravesara. Siempre he querido saber qué fue de mi familia...

—Es muy triste la historia que me cuentas— Contestó Sihyta. —A mí me pasó algo muy parecido. Un día me acosté a dormir para practicar las técnicas de sueños que me había enseñado mi papá, y cuando me desperté me di cuenta que él había desaparecido. Lo busqué por toda la casa, pero no lo encontré. Mi mamá estaba llorando y me dijo que ella tampoco sabía dónde habría ido a parar, que no le preguntará más porque ella sabía lo mismo que yo: nada— Continúo diciendo Sihyta casi con lágrimas en los ojos por recordar aquel día triste.

—Sí que somos parecidos— dijo Chucal posando su mano en el hombro de la niña para consolarla. —Con el tiempo me acostumbré a vivir así, sin saber lo que pasó con todos... Pero dime, qué son esas “técnicas de sueños” de las que hablas”— Pregunto a la niña.

—¿No sabes lo que son los sueños? Son como... Ahmmm... A ver... Son como unas visiones que uno tiene mientras está dormido. Llegas a un mundo mágico donde puede ocurrir prácticamente cualquier cosa. Lo normal es que uno se deja llevar, pero a mí mi papá me enseñó algunos trucos para poderlo controlar y poder ir a donde yo quiera y hacer lo que se me antoje, como volar, respirar debajo del agua, hablar con los animales...—Decía Syhita cuando Chucal la interrumpió.

—¿Visiones? Ahhhh ¡CLARO! yo sé lo que son. También he tenido sueños. Siempre que duermo los tengo, en especial cuando antes de dormir pongo de almohada una flor amarilla del Tihiqy, el árbol floripondio, que es un arbolito muy amigo mío que crece por acá. Él toma de mi agua y a cambio yo puedo coger las flores que se le caen para poner mi cabeza sobre ellas al dormir— Dijo Chucal entusiasmado mientras señalaban a un enorme árbol sobre una colina con unas flores hermosas de color amarillo que parecían campanas colgando de sus ramas. —Pero yo soy de los que siempre se dejan llevar. He guardado la esperanza de saber qué pasó con mi familia y amigos en medio de una visión, pero nunca he podido dar con la respuesta... Se me ocurre, no sé. —Titubeó Chucal. —Se me ocurre que tal vez podrías enseñarme tus trucos, y con la flor del Tihiqy tal vez podríamos viajar al pasado y descubrir qué pasó con todos ellos, también con tu papá...

—¿¡Mi papá!? ¿Estás diciendo que lo podemos encontrar? — Gritó Sihyta

—Es una posibilidad...— le respondió Chucal. —Lo podríamos intentar.

“Definitivamente SÍ es mi día de suerte” pensó Sihyta. Miró sobre la colina y contempló aquel árbol cuya flor podría ser la llave mágica que le permitiera volver a ver a su padre. —¿Y qué estamos esperando?— dijo riendo.

—Calma, calma, pequeña, primero debemos hablar con él, con el Tihiqy, pues a mí me deja tomar su flor por ser un espíritu del agua. Pero me ha contado que muchos humanos malévolos las han arrancado sin permiso, causándole un gran dolor, y las han utilizado para propósitos muy oscuros, como hacerles daño a otras personas, poniéndolas a dormir para robarles y otras cosas terribles que no deberías escuchar— Dijo Chucal.

Fue así como ambos subieron la colina y llegaron hasta la base del gigantesco árbol. Chucal pidió a Sihyta sentarse en silencio a la sombra de su follaje mientras él se acercó al tronco y puso su mano sobre la corteza. Cerró sus ojos y mediante una poderosa conexión que estableció con el alma del árbol le contó todo sobre la pequeña niña y la gran tristeza con la que vivía desde que su padre había desaparecido. Le contó, además, de los poderes que tenía para navegar entre los sueños y, así, le explicó su plan para viajar al pasado y descubrir por fin qué había ocurrido con el mundo extinto que él tanto añoraba.

El Tihiqy comprendió que su intención era buena, además reconoció en aquella niña un poder especial que quizás les podría servir para conocer la verdad y encontrar

la forma de liberarse del malvado poder de los seres humanos que no respetaban la naturaleza y se creían los dueños de todo lo que había en la tierra.

El árbol, consciente de que algo importante estaba a punto de ocurrir, dejó caer suavemente dos flores amarillas sobre la yerba, y Sihyta y Chucal tomaron cada uno una de ellas y la extendieron muy bien en el suelo. Luego se acostaron mirando al cielo y pusieron sus cabezas encima en las flores. Sihyta pudo ver que justo sobre ellos se abría un pequeño huequito azul y el sol les acariciaba el rostro a ambos con sus cálidos rayos. —Lo primero que tenemos que hacer es relajarnos muy bien, de pies a cabeza, y respirar muuuuy hondo por la nariz. —Dijo la niña a Chucal. —Luego, cerramos los ojos y nos concentramos en lo que queremos soñar. Como vamos a viajar juntos, lo mejor será que primero vayamos hasta la época en que tú recuerdas haber visto a tu familia, que fue muchísimos años antes de que mi papá o yo hubiéramos nacido, y así sabemos qué les pasó a ellos. Luego vamos viajando hacia adelante hasta que nos encontremos con mi papá. —Concluyó Sihyta.

—En serio que eres una niña muy inteligente, Sihyta. Tu plan me gusta.—Dijo Chucal siguiendo al pie de la letra todas y cada una de las indicaciones de la niña.

Ambos cerraron los ojos, respiraron profundo, y por el poder que desprendía la flor a través de su aroma, se quedaron dormidos casi de inmediato y se vieron juntos flotando en medio de un torbellino de nubes que se movía a gran velocidad. Sintieron vértigo en el estómago y un fuerte viento que les revolvía el cabello. Ambos abrieron los ojos al mismo tiempo y se vieron de repente en un lugar completamente diferente.

—¡Aquí es! ¡Esta es mi casa!— gritó Chucal

—¿Dónde estamos?—Preguntó Sihyta.

—Sí, es mi casa. No recuerdo muy bien las cosas, ha pasado muchísimo tiempo, pero es mi casa. Por allí vivía mi Madre la Laguna. Vamos a buscarla —Dijo el espíritu del agua.

Pero cuando empezaron a caminar, notaron que alguien venía siguiéndoles. Era un niño con la piel parecida a la de Chucal, vestía todo de blanco y cargaba una pequeña mochila en su hombro.

—Hola, me llamo Quyne... Ustedes no son de por aquí ¿verdad?— les preguntó

—Venimos del futuro—Dijo Sihyta.

— ¿El futuro? preguntó Quyne

—Viajamos por medio de los sueños, queremos saber qué pasó con la Laguna, con el Río, los papás de mi amigo Chucal, y con el resto de su familia.

—¿La Laguna? Pobrecita, nadie sabe dónde está ahora. —Dijo con pesar Quyne.

—¿Qué quieres decir, amigo Quyne?—Dijo Chucal con preocupación. —¿Aquí no es donde viven los hijos del maíz?

—Así es, yo soy un hijo del maíz, pero hace mucho tiempo nadie nos dice así ¿No saben toda la historia?

—¿Es decir que este no es mi tiempo? ¿El tiempo de mi familia y mis amigos?— Dijo Chucal con mucha tristeza

—Entiendo...— Dijo Sihyta. —Lo siento mucho Chucal, aún no soy experta navegando en sueños. Creo que viajamos al pasado, pero no es la época a la que queríamos ir...—

—No importa—Respondió Chucal. —Esto no es tu culpa, las visiones son muy difíciles de controlar, aún para los espíritus. Creo que hiciste mucho más de lo que yo podría hacer. Además, hemos conocido a Quyne, y tal vez él sepa algo que nos pueda ayudar...

—Dijo mirando al niño. —Pequeño Quyne, ¿Qué sabes tú de este lugar? ¿Qué sabes sobre mi Madre Laguna, y el resto de mi familia? ¿Qué sabes de tu pueblo, los hombres de maíz?

Quyne sonrió, en efecto sabía demasiado sobre la historia de su pueblo. Sus abuelos se la habían enseñado para que no se perdiera en los rincones infinitos del tiempo.

—Siéntense un momento, mis queridos amigos del futuro, les voy a decir todo lo que sé. Estamos en el territorio de Techotiba, tal vez eso ya lo sepas, Chucal, espíritu de agua, pero te contaré todo lo que ha ocurrido con tu familia.— Y el pequeño niño Quyne, quien a pesar de su edad era muy pero muy sabio, comenzó de esta manera a relatar la larga historia de aquel territorio, de su gente y de sus espíritus. Y todo lo que dijo lo contó de la siguiente manera:

II

La historia milenaria de los hijos del maíz y del agua

“Ustedes vinieron aquí en busca del pasado, pero lo que enseñan los abuelos es que el tiempo es un gran caracol: Una espiral que viene y va, pero todo nace en su centro, en su Origen. No hay más pasado que él, y tampoco habrá ningún futuro sin él, así que, como en todo gran relato, se nos obliga a comenzar la historia desde El Origen. Es por eso que, sin más demoras, les presento aquí El origen que alumbramos en Techotiba:

En el principio solo existía Bague, la Madre Abuela, quien con su grito creó a los dioses, y estos a su vez cargaron una olla con semillas y piedras para repartirlas en el cielo, creando así los primeros luceros en el espacio, y con las migajas que quedaron en la olla crearon la Vía Láctea. Sin embargo, los dioses, afligidos, sentían una enorme pena y fueron a buscar a la Madre Abuela Bague para comunicarle la causa de su tristeza: todo estaba en un profundo silencio y nada se movía. Bague, entonces, preparó un brebaje y se los dio a beber, causandoles un profundo sueño en el que los dioses comenzaron a tener visiones: uno veía un tigre que se movía; el otro veía gigantescos árboles crecer y mecer sus copas, con aves en las ramas que cantaban al viento; otro más escuchaba el rumor del Río y el golpe del agua al caer de la Cascada; otro veía salir el sol, y otro contemplaba a la luna resplandeciente. Así fue como al despertar de su profundo sueño, los dioses comprendieron que aquello que habían visto era la belleza del primer día.

Fue entonces cuando la Oscuridad, que se llamaba Chiminigagua, hirió su vientre y de la herida brotó un haz de luz del que comenzó la vida en el universo. Chiminigagua fue llevando la luz por todas partes y liberó dos enormes aves negras que recorrieron el mundo llevando un aire lúcido que iluminó la tierra en su totalidad.

Los dioses crearon por el impulso divino, impulso de pintar y hacerlo hermosamente por amor. Dibujaron entonces paisajes de amor por doquier para las criaturas que habían creado: Hunza y Bacatá fueron los primeros —donde tiempo después habrían de gobernar un Zaque y un Zipa respectivamente— y estos paisajes a su vez contenían otros igualmente hermosos: Ramiquirí, Tenasuca y Saquencipa; Chía, Cajicá, Zipaquirá, Guatavita, y muchos otros más. Entonces fue cuando de las aguas de

Iguaque emergió Bachué, la de los pechos desnudos, y con un niño en sus brazos comenzó a poblar la tierra con los hijos del maíz que habían soñado los dioses.

Pero entre todos aquellos paisajes, el más especial fue uno anfibio, de tierra y de agua, que guardó por igual la sal del mar y el dulce del río. Un refugio en la plenitud de la sabana que albergó un apacible remanso para las cumbres altas. Fue en este paisaje bendecido por los dioses donde una historia de amor comenzó a hilarse. Un amor infinito entre la mujer Laguna y el hombre Río, en ese hogar donde el Río pudo preñarla en calma. Donde ambos se cuidaron y se alimentaron mutuamente. Donde su amor podría ser para siempre.

Ese paraíso del agua fue llamado Techotiba, que era vecino de los territorios de Bosa y de Hontibón y, satisfechos por su amor, los dioses dieron a la pareja un obsequio aún más grato: un grupo muy pequeñito de hijos del maíz para que les cuidaran y les sirvieran. Para su complacencia y su bienser. Estos hijos del maíz se entendieron muy bien con sus hermanos y hermanas de los demás paisajes y, entre todos, aprendieron las enseñanzas de un viejo señor que llegó un día sobre un dromedario desde el oriente.

Él, que les dijo que era Bochica, les enseñó a hilar el algodón que daba el kihisa, y con esto, a tejer mantas para cubrir sus cuerpos. Les enseñó además las leyes para vivir en sociedad y a respetarse los unos a los otros por el amor que les tenían a sus padres, pues todos eran hermanos.

Y así fue por muchos años. Los hijos del maíz fueron también hijos del agua que emanaba de su Madre Laguna y de su Padre Río; fueron soñados, pensados, paridos, bendecidos, educados y vueltos a soñar de nuevo aquí, en Techotiba.

Así fue todo durante el tiempo de los abuelos. Pero un día Bochica desapareció y los hijos del maíz y del agua comenzaron a olvidar a sus dioses, todo gracias a una mujer que había llegado de *nadiesabedonde* y diciendo que era hija de la Luna Chía, se había ganado la confianza de la gente. Les engañó haciéndoles creer que podían vivir todo el día sin trabajar, bebiendo chicha y dedicándose al placer, sin adorar a sus dioses y sin ayudarse los unos a los otros.

Esta mujer, que se llamaba Huitaca, hizo olvidar a los hijos del maíz todas las enseñanzas de Bochica. Entonces Chibchacum, que había sido el más querido de los dioses, muy dolido por el abandono de la gente, decidió inundar la sabana con un gran diluvio que duró muchos días e hizo crecer a la Laguna y al Río para que lo cubrieran todo. Los indios de Techotiba, como habían nacido y crecido en el agua, pudieron

sobrevivir y reunieron a todos su hermanos y hermanas que habían logrado escapar de la furia de los dioses.

Entre todos comprendieron que Huitaca les había engañado y que solo las enseñanzas de Bochica les podrían salvar, pues si bien el descanso y el placer eran buenos, dejarse llevar por ellos constituía un vicio y los alejaría de los dioses. Lo correcto era trabajar honradamente la tierra pues así el disfrute de los alimentos que en ella sembraban, así como del agua que les ofrecía, sería mucho más grande. Entonces clamaron al viejo sabio que regresará y les ayudará a apaciguar los ánimos de los dioses y, como volvieron a creer en el amor mutuo y en el trabajo digno en lugar del egoísmo y la pereza, una tarde el sabio Bochica decidió volver de nuevo a la sabana cabalgando el arcoíris. Esta vez portaba entre sus manos un bastón de oro con el que golpeó la tierra inundada y abrió una enorme brecha por donde corrió toda el agua, creando así el Salto del Tequendama.

Toda la sabana volvió a ser lo que era y la Laguna y el Río regresaron a sus tamaños originales, pues Bochica sabía bien que los que vivían en Techotiba adoraban el agua porque eran sus hijos y allí habían sido soñados desde un principio, entonces les devolvió su antiguo paisaje y les encomendó una importante misión: cuidar de aquel poderoso elemento tanto como cuidaban de sí mismos, pues ahí estaba el origen de toda la vida y todos en la sabana le necesitaban para existir. Los habitantes de Techotiba entendieron la importancia de esta labor que les ordenaba el sabio y prometieron desde entonces jamás volver a olvidar las enseñanzas de aquel hombre y defender por encima de todas las cosas el agua de su Madre Laguna y de su Padre Río.

Así continuaron viviendo en tranquilidad todos los hijos e hijas del maíz y del agua, cuidándose entre sí por el profundo amor que se tenían entre ellos, y cuidando de la naturaleza por el amor que sentían a sus padres y a sus dioses, pues entendían que en cada ser habitaba el mismo espíritu de la creación que tenían ellos mismos en su interior. Pidieron permiso antes de sacar cualquier pez del agua, y agradecieron por cada fruto que bajaron de su rama; el alimento era un obsequio de los dioses y tenían profundo respeto por cada cosa que tomaban, asegurándose al mismo tiempo de devolver a la naturaleza todo cuando ella les otorgaba. Pasaron muchos años y los hijos del maíz y del agua jamás olvidaron aquella importante lección, parecía que vivirían por siempre en ese estado de felicidad, hasta que un día llegaron hasta el Río algunas inquietantes noticias de su abuelo el Mar.

El Mar se había unido con su hermano gemelo, y le contó cómo sobre él habían subido unos caballos de madera con muchos hombres encima, habían viajado sobre él y arribado hasta las costas del norte unos hombres de hierro, hijos del fuego. Hombres que habían quemado su corazón.

Y esto, deben saberlo mis queridos amigos: El fuego no es malvado, solo es un espíritu viejo testarudo y cascarrabias pero que en su interior ama a la naturaleza tanto como cualquiera de nosotros y guarda el aliento de vida. El fuego todo lo moldea, todo lo cura, todo lo renace. Pero una vez que tú incendias tu corazón por el deslumbramiento de riquezas, y lo usas para moldear oro, plata y bronce por las razones equivocadas, resulta muy difícil volver recuperarlo alguna vez, y casi siempre, los hombres que lo han hecho han tenido que vivir para siempre con el corazón achicharrado. Y con el corazón achicharrado, los hombres se convierten entonces en chullachaquis: cuerpos sin espíritu; una especie de robots, como los que existen en esa época de la que ustedes vienen, pero no ya los robots graciosos que te preparan la comida, te cuentan chistes y te lavan los dientes, sino unos de esos que hacen cosas horribles... Y las hicieron...

Por los parajes nublados que cubrían la sabana, entre los matorrales y el agua aparecieron hombres con una piel más blanca y barbas negras en la cara, montados sobre bestias y llevando otras más pequeñas consigo que ensordecían con los sonidos que salían de sus gargantas. Caballos y perros, sabríamos después que eran estos animales. Ellos eran unos de estos hombres de hierro, hijos del fuego y, por su parecido con el viejo sabio Bochica que también era blanco y tenía barba, creímos que sería amigos de los dioses, sin embargo, no podíamos estar más equivocados.

Algunos de ellos traían unas varas que escupían fuego, y otros, un palo largo atravesado por otro más cortico. Después supimos con dolor que eso era una cruz y que su misión era hacer que nuestros dioses desaparecieran. Ese día para mi pueblo empezó una gran tragedia, que parece que aún dura hasta los tiempos remotos de los que vienen ustedes, viajeros del tiempo y de los sueños.

Doblegados por las armas de sus manos y la violencia de sus corazones, los hijos del maíz y del agua tuvimos que ceder el control de nuestro territorio a aquellos hombres de hierro. Con el tiempo nos fuimos acostumbrando a la nueva vida, a convivir entre nosotros sin olvidar la gran lección de Bochica, aunque cada día fuese más difícil, pues para los invasores no existían los principios de solidaridad y todo el trabajo duro lo debíamos hacer nosotros. Sin embargo, el espíritu del agua encontró la manera de

seguir viviendo y en Techotiba se seguía sembrando, sus hijos del maíz no olvidaban la promesa que le hicieron a Bochica...”

III

La historia de un abrazo

“Y así tuvimos una relativa paz en nuestro territorio, hasta que decidieron un día del año 1608 desterrar a los hijos del maíz que vivían en Techotiba, quemar sus cultivos, destruir sus casas y obligarlos a partir al norte, al poblado de Hontibón, su excusa era que no íbamos a la misa y que por eso debíamos irnos de nuestras tierras cubiertas de agua, para estar en ese otro poblado, donde pudieran vigilarnos.

La madre Laguna lloró inconsolablemente por sus hijos y su amante Río no pudo calmarla. El agua luchó ferozmente con los hijos de fuego e hizo llover torrencialmente, el Río creció enardecido intentado detener el asalto, pero no lo consiguió, los hombres de hierro cavaron zanjas a sus orillas y desviaron sus aguas. Luego de esto, los hijos del fuego y del hierro castigaron también a la hermosa Laguna, y con sus llamas y su arena buscaron secarla, sabían que reduciéndola reducirían también su fertilidad, y evitarían así la llegada al mundo de más hijos de maíz y de agua.

El Río, al ver esto, rompió en llanto y brotaron de él dos inmensos brazos de agua para intentar abrazar por última vez a la Laguna, para protegerla y crear a su alrededor un cerco. Con la rabia, el dolor y el miedo se fundieron ambos en el abrazo del amor. Pero los hijos del hierro no se detuvieron y mandaron a reducir a la Laguna desde su centro, allí donde el Río no podría abrazarla.

Esta fue la historia de dos amantes que se quisieron hasta el final, cuyo amor pervive en los lindes de Techotiba, y aún hoy podemos ver al Río Funzá con sus dos grandes brazos, el Río Tunjuelo y el Río Fuhucha, añorando a su gran amor perdido; la Laguna, para fundirse con ella nuevamente en un solo ser, para volver a amarse, volver a preñarla, y volver al paraíso...”

Y de esta forma Quyne terminó su relato. Su público, sus dos amigos, que lo escuchaban atentamente, no pudieron evitar dejar correr algunas cuantas lágrimas por sus mejillas al escuchar la triste historia de los amantes. Chucal guardó silencio por un instante, pues al fin sabía lo que había ocurrido con sus padres, sus amigos y con el resto de su familia.

—¡Hay que hacer Algo! ¡Vamos a pelear con esos hijos del hierro!— Gritó Sihyta.

—No es tan sencillo— Replicó Quyne. —Si fuera tan fácil vencerlos, ya lo hubiéramos hecho nosotros con la fuerza de nuestros dioses. Pero tienen armas poderosas, y una piel de hierro que los protege de nuestros dardos y flechas. Además, son listos, saben que nuestra fuerza viene de los espíritus de la naturaleza. Por eso lo primero que hicieron fue atacar a nuestros padres la Laguna y el Río...

—Entonces... Mis padres murieron...—Dijo al fin Chucal, con tanta tristeza que conmovió a sus amigos.

Pero Sihyta recordó algo que contaba Quyne en su historia y que se parecía a algo que ella había visto alguna vez recorriendo su barrio en la bicicleta.

—¡No están muertos!— Le dijo —¡Yo he visto a tu papá el Río! He visto sus dos enormes brazos, con los que intentó abrazar a tu mamá Laguna por última vez.

—¿Qué quieres decir?— Preguntó Chucal. Tanto Quyne como él miraban a la niña intrigados.

—He visto sus dos brazos, Fucha y Tunjuelo, cuando salgo a montar bici por el barrio después de salir del colegio... Pero no sabía que así se vieran los ríos. Son dos grandes corrientes de líquido negro que las fábricas utilizan como desagüe de sus desechos químicos. Me lo explicó mi mamá. Ella sabe de eso porque trabaja en la Corporación...

—Así que el río está enfermo, pero aún vive...—Reflexionó Quyne.

—¿Y mi Madre Laguna? ¿También vive?— Quiso saber Chucal.

—Eso no lo sé, no he visto nada parecido a la Laguna— Le respondió Sihyta.

—Eso es porque la cubrieron y la ocultaron los hombres de hierro— Dijo Quyne.

—Pero dínos, Quyne, ¿Cómo puedes saber tanto de todo lo que ha sucedido en Techotiba?— Le preguntó Sihyta curiosa.

—Eso es, mi amiga, porque yo también he recorrido el mundo de los sueños y los espíritus. Y aunque aparento ser un niño, he vivido por muchos años. Los abuelos me enseñaron a moverme con agilidad para no ser capturado por los hombres malvados, y para preservar la memoria de nuestra historia, yo mismo hace mucho tiempo me fundí con una semilla de *chyscamuy* para poder esconderme con todos los secretos de mi gente. He estado oculto por mucho tiempo, hasta que los vi a ustedes llegar en aquel torbellino de nubes, supe de inmediato que eran buenos, pues te reconocí con verte, querida Chucua— Dijo Quyne mirando a Chucal.

—¡Vaya! ¡Con que tú eres la semilla de maíz negro!— Dijo Chucal riendo. —Siento no haberte reconocido antes. Hay muchas cosas que ya no recuerdo bien.

—No tienes por qué preocuparte, amigo. Me alegra haber podido ayudarles tan siquiera un poco. Sin embargo, siento mucho decirles que yo tampoco sé dónde está la Laguna. Solo sé que los hombres de hierro la taparon con tierra y arena y la dejaron oculta en algún lugar del territorio. Pero si buscan más respuestas, quizás deberían visitar el Jardín.

—¿El Jardín?— Preguntó Sihyta.

—El Jardín de los sueños siemprevivos— Le contestó Quyne, el espíritu de maíz. —Es el lugar de donde vienen y a donde van a parar todos los sueños de los seres buenos del mundo. Allí tal vez encuentren a alguien que les pueda dar más información.

—¡Yo sé cómo llegar!— Dijo Chucal. —El Tihiqy, el árbol floripondio, me lo mostró hace un tiempo.

—¿Tú no vendrás?—Le preguntó Sihyta a Quyne.

—Me encantaría... Pero no puedo hacerlo. Mi misión es otra: debo quedarme aquí y no correr ningún riesgo, pues mi deber es conservar la memoria de todos los hijos del maíz. Los abuelos saben que esta misión es para ustedes dos.

Y al terminar esta conversación, un nuevo torbellino de nubes se abrió en el aire. Tanto Chucal como Sihyta sabían que era momento de partir. Se despidieron de su nuevo amigo, Quyne, y le prometieron volverlo a visitar una vez hubiesen encontrado a la Laguna. Así partieron a una nueva aventura al interior del mundo mágico de los sueños, concentrándose en hallar el Jardín de los sueños siemprevivos.

IV

El Jardín de los sueños siemprevivos

El torbellino de nubes dejó a Chucal y a Sihyta frente a un enorme arco de rejas blancas cubierto de flores, a través del cual se podía ver el Jardín en su interior: Un extenso campo verde que se perdía en la lejanía repleto de flores de todos los colores y tamaños, algunas flotaban otras tenían enormes tallos que crecían hasta el infinito. Chucal le confesó a Sihyta que, pese a saber cómo llegar al Jardín, nunca se había atrevido a entrar, no porque no le dieran ganas, sino porque el Tihiqy le había advertido que aquel lugar maravilloso albergaba un peligro enorme:

“Cualquiera que cruce las rejas y entre en el Jardín corre el riesgo no volver a salir, pues allí solo van a parar los buenos sueños de las personas amables, y es muy fácil que se pierda y quede maravillado por las gratas fantasías de su interior, maravillarse tanto, incluso, que se olvide de su propósito al ir allí y que no quiera volver a salir jamás” Recordó Chucal que le había dicho el árbol floripondio.

Entonces Chucal sintió un gran miedo frente al arco de rejas blancas, pues sabía que aquel era un lugar sagrado y no estaba seguro de adentrarse en él.

—Tranquilo, mi papá me dijo que todo lo que viene a nosotros en los sueños está permitido, es un regalo, y lo soñamos porque podemos vivirlo. —Expresó Sihyta, que intuyó el temor que había en su amigo.

—Debemos tener cuidado— Replicó Chucal. —Si nos distraemos, es posible que no podamos salir de nuevo.

—No te preocupes, Quyne dijo que alguien aquí nos podría ayudar. Con un guía no nos perderemos. Te lo prometo— Dijo Sihyta, con una gran sonrisa para tranquilizarlo.

Y entonces, casi como una confirmación de aquellas palabras, se presentó ante ellos un colibrí de un plumaje tornasol que irradiaban todo tipo de colores con la luz. — Bienvenidos, les estábamos esperando. —Dijo el colibrí, revoloteando a su alrededor.

—¿Cuál es tu nombre?—Dijo Chucal confundido. —¿Quiénes nos esperan?

—Mi nombre es Quynza, soy el protector del jardín. Sihyta tiene razón, estás aquí porque te es permitido, les hemos estado esperando y ahora deben ingresar.

El colibrí voló dentro del Jardín para guiarlos, Chucal y Sihyta se miraron mutuamente y la niña tomó de la mano al espíritu del agua para hacerle ver que todo

estaría bien. Siguieron a Quynza a través del mágico paisaje. El jardín en su interior tenía la forma de un gran caracol construido por una hilera de piedrecillas brillantes cuya voluta forma se podía apreciar a simple vista. Chucal, al ver el resplandor, cerró los ojos recordando la advertencia de su amigo, el viejo Tihyq. Quynza notó este gesto y voló cerca de él, lo suficiente como para susurrarle al oído —No temas, querido amigo. Sabemos por qué están aquí, te aseguro que yo me encargaré de llevarlos de vuelta a la salida del Jardín—. Y con estas palabras Chucal pudo exhalar un fuerte suspiro de alivio, aun así le intrigaba saber a quién se refería el pequeño colibrí al hablar todo el tiempo en plural, además, ¿Cómo sabían lo que él y Sihyta habían ido a hacer allí? Sin embargo, decidió no darle más vueltas al asunto en su cabeza, se relajó, confió en su nuevo amigo y guía, y decidió disfrutar del recorrido por el Jardín.

Conforme avanzaban, Sihyta pudo notar cómo en las mágicas flores del Jardín, en su centro, reposaban los sueños agradables de toda la gente buena del mundo. Como una película, se podían ver y oír todas las disparatadas aventuras. Por un instante quedó atrapada en la contemplación de un mundo de helado de vainilla y chocolate por cuyas olas surfeaba un intrépido niño a toda velocidad

—¡Es Nicolás, mi amigo del colegio!— gritó emocionada.

—¡Vamos Sihyta, no te quedes atrás!— gritó Quynza. —Aunque prometí volver a llevarlos a la salida, no puedo evitar que se queden hipnotizados por los sueños dentro de las flores— Dijo en voz más baja para Chucal. Este comprendió que la magia del Jardín era sumamente poderosa y que lo mejor sería mantenerse concentrado en el propósito que los llevó hasta allí. Cualquier distracción resultaría peligrosa.

Quynza voló hasta Sihyta para apresurarla, y sólo el aleteo del colibrí junto a su rostro fue capaz de hacerla reaccionar.

—Lo siento, me he quedado como embobada mirando el sueño de ese niño. Yo lo conozco ¿Sabes? vamos juntos al mismo colegio— Le dijo la niña a Quynza.

—Debe ser muy buena persona ese muchacho. Aquí solo vienen los sueños de la gente cuyo corazón aún alberga bondad— Respondió el colibrí.

—¡Lo es! es el único que me cae bien, el único que no se burla de mí ¡Me alegra saber que tiene dulces sueños!— Dijo Sihyta riendo.

Siguieron conociendo el Jardín y lo recorrieron hasta el final, caminando por el sendero de piedrecillas brillantes que iba en espiral hacia su interior profundo y, una vez en su centro, descubrieron ante sí un pequeño ojo de agua, como una pupila

despierta observando la eternidad. Allí revoloteaban todo tipo de aves e insectos alados, y en todo el medio del espejo de agua estaba un hombre flotando sobre una balsa, con cabello largo y fino, color negro azabache en una larga trenza. De la cintura para abajo, el hombre tenía la forma de un oso.

Sihyta y Chucal quedaron hipnotizados por aquella criatura que emanaba una profunda calma. Se acercaron sigilosamente cuidando de no romper la meditación en la que se encontraba.

—Bienvenidos— Manifestó la criatura mitad hombre mitad oso.

—Gracias por recibirnos, tu jardín es hermoso... Nunca había visto una criatura como tú, ¿Cómo te llamas? quizás te había visto en algún libro de mitología, ¿O era mitad hombre mitad caballo?... — Dijo Sihyta.

—Mi nombre es Nencatacoa, dios de los sueños y el tejido. Mi madre es Chia, la Luna, y mi padre es Sué, el Sol. Ellos vieron la gran infamia que los hombres de hierro hicieron con tu familia, Chucal y sintieron un gran pesar al no poder ayudarles desde el cielo. Sin embargo, yo tuve una idea, y desde aquí, desde mi Jardín de los sueños siemprevivos, les expliqué que existen muchas formas de guardar la memoria, todos los recuerdos e historias. Ustedes mismos, por ejemplo, son una de esas formas y dentro suyo se refugian las memorias de sus ancestros, también lo es Quyne, a quien ya conocieron, y quien guarda dentro de sí el gran relato de la creación muysca.

—¿Quieres decir que la memoria de lo que ocurrió en el territorio está protegida?— Preguntó Chucal.

—Necesitamos saber qué ocurrió con la Laguna, y dónde la han ocultado los hijos del hierro...—Prosiguió Sihyta

—Lo sé, lo sé... Nosotros aquí ya sabíamos que vendrían porque los hemos estado observando, los conocemos desde siempre. También ustedes, como cada criatura que existe, fueron soñados aquí por los dioses creadores, su historia reposa en aquella flor— Dijo Nencatacoa señalando una pasiflora morada que crecía cerca al espejo de agua. — No es casualidad que ustedes dos se hayan conocido, pues su misión está escrita desde hace muchísimo tiempo, y déjenme decirles, mis amigos, que es realmente importante la tarea que deben cumplir.

—¡Lo sabemos, Nencatacoa, por eso debemos llegar a la Laguna! ¡Para poderla liberar!— Le contestó Sihyta.

—Me temo que no es tan sencillo, pequeña amiga...— Les dijo el dios del ensueño y los tejidos. —Los hijos del hierro han sido astutos, y para ocultar a la Laguna han utilizado artimañas que me impiden ver desde aquí sus actos. Han estudiado las medicinas y los saberes de los hijos del maíz y del agua para aprender a utilizar su poder en sus oscuros propósitos. Así, por ejemplo, han tomado las flores del Tihiqy, las semillas del yopo o el bejuco de la ayahuasca para deambular por el mundo de los sueños hasta los rincones más oscuros y prohibidos, donde han encontrado un punto ciego para cometer sus fechorías sin testigos.

—Quieres decir... Quieres decir que tú tampoco sabes dónde está mi Madre?— Dijo al fin Chucal que había estado escuchando al dios en silencio. Su semblante era triste pese a que se esforzara por esbozar una sonrisa que disimulara frente a sus amigos.

—Eso me temo, mi amigo...— Dijo el dios —Pero, aun así, poseo algo que les podrá ayudar en su misión. Pues como dije antes, ustedes dos están destinados a realizar algo importante— Y diciendo estas palabras, el dios se puso de pie sobre su balsa y emitió un fuerte silbido que retumbó por todo el Jardín. Una hermosa ave apareció volando de entre las flores, su pico era rojo con una resplandeciente punta amarilla; un bello plumaje azul le cubría el cuello y el cuerpo; sus alas se veían verdes a la luz y parecían cambiar de color con cada aleteo; sus patas amarillas eran largas y delicadas. —¡Amiga Tingua Azul!— Exclamó el dios. —Te pido que por favor traigas a nuestros amigos la hermosa orquídea que has estado custodiando, en cuyo interior reposa la memoria de lo que ha sido el gran territorio de Techotiba durante todos estos años de dominio extranjero, desde que sus legítimos hijos fueron expulsados por los hombres de maíz.

—Será un placer, Nencatacoa... Me alegra saber que por fin están aquí los dos grandes amigos del agua que liberaran a la hermosa Laguna de su prisión— Respondió la Tingua Azul, y emprendió de nuevo el vuelo hacia la copa de un árbol gigante que se veía a lo lejos.

Al regresar, el ave traía consigo, en una de sus patas una enorme orquídea blanca, que entregó al dios, dejándola caer en la palma de su mano.

—Aquí, mis amigos, está contenida la historia de su territorio, con los sucesos que ocurrieron luego de lo que les relató Quyne en su aventura pasada. En su interior tendrán que ser muy cautelosos y perspicaces, pues es la única forma que tendrán para descubrir el lugar en el que los hijos del hierro han dejado oculta a la Madre Laguna. Pero tranquilos, no estarán solos— Y mientras el dios hablaba, la Tingua Azul descendió

de los aires y se posó a su lado en la balsa. —Les presento a mi amiga Fiba, la hermosa Tingua Azul. Ella ha protegido esta flor a la espera de que viniera a buscarla, y es quien mejor conoce la historia que reposa en ella— Y Fiba hizo una cortés reverencia frente a Sihyta y Chucal.

—¡Es un placer, Fiba! Qué plumas más hermosas tienes— Dijo Sihyta, copiando el gesto de la Tingua, inclinándose levemente hacia adelante.

—Amiga Tingua Azul Fiba, será un placer viajar a tu lado— Dijo Cuchal.

—Me alegra verles, Sihyta y Chucal, no saben lo mucho que he esperado este momento. ¡Es tiempo de encontrar a la Laguna!— Contestó el ave.

V

La historia de los hombres de barro

Fiba los invitó a seguirla dentro de la orquídea y allí pudieron ver toda la historia de lo que fue Techotiba luego del destierro de los hijos del maíz a Hontibón, mientras la Tingua Azul iba relatando todo a viva voz:

—Luego del salvaje despojo que arrasó a sangre y fuego todo el poblado; las tierras de Techotiba fueron designadas al dios de los hombres de hierro, y éste, a su vez, se lo otorgó a la Compañía de Jesús como si hubiesen sido siempre sus legítimos dueños. Dicha compañía era una orden al servicio de este dios extranjero, se distinguían de los soldados de hierro que conformaban su ejército. Era un dios muy raro, por cierto, pues en estas tierras los dioses jamás habían necesitado de un ejército.

Lo primero que hicieron fue encerrar con alambres las tierras, estableciendo sus límites y fronteras; les cambiaron el nombre, trajeron mucha arena para secar la humedad de la tierra y cubrir a la Laguna. Empeñados en hacer desaparecer hasta el último vestigio de la memoria de los hijos del maíz y sus pasos sobre el territorio, los nuevos dueños trazaron líneas sobre el suelo seco, y lo partieron en dos partes que llamaron Haciendas.

Una se llamó El Rosario, pero pronto mudaría de nombre a El Tintal. La otra, sin embargo, logró conservar en su nombre un rastro de la antigua y milenaria cultura perdida, producto del pacto de amistad que surgió entre los hijos del maíz y del agua con algunos de los hombres de hierro que, después de pasar tanto tiempo en estas tierras como forasteros, observándose mutuamente, comprendieron que no había en su humanidad ni en su alma motivo alguno que les separara. Pues verán, no todos los hijos del fuego eran tan malos como sus líderes, algunos comprendieron la grandeza de la civilización que acababan de sepultar, e incluso, sabían que habían cometido un error fatal que el tiempo se encargaría de cobrárselo, al haber enterrado a la Laguna y a los dioses originarios de esta tierra. Por eso, en un intento de redimirse, ocultaron una pista del verdadero origen del territorio, no muy evidente, claro está, para que sus hermanos de hierro, que detestaban aún a los hijos del maíz no lo notarían, y decidieron darle a

esta segunda hacienda el nombre de Techo, pues los “tybas”, sus guardianes, ya no estaban en ella, pero algún día iban a regresar...—

Fiba detuvo su relato por un instante mientras pensaba sus próximas palabras. Después de la pausa prosiguió: —Ustedes, mis amigos, son dos de esos tybas que han de devolver al territorio de Techotiba su nombre original, esa es la grandeza de su misión...— Sihyta y Chucal guardaron un solemne silencio al escuchar estas palabras y solo se miraron mutuamente inspirados y agradecidos. Fiba continuó con la historia:

—Durante mucho tiempo estas tierras, que habían sido creadas por los dioses, fruto del amor de dos seres de agua, fueron utilizadas para un propósito igualmente noble: sembrar la comida de muchos hombres. Esta labor fue muy próspera ya que la tierra que subyace en ella, repleta del lodo que todo lo forma, aún guardaba en sí toda la fertilidad del Río y la Laguna.

—¿Y aquellos hombres de tez oscura que trabajan laboriosamente bajo los rayos del ardiente sol?—preguntó Chucal señalando a un grupo de hombres altos y corpulentos de piel negra que recogían la cosecha de los cultivos en una de las haciendas.

—Ellos son los hijos de la tierra— Respondió la Tingua. —Son los primeros hombres que fueron paridos por la madre Bague en este mundo, vinieron de otro lugar más allá del Mar. Ellos son los primeros de todos los hombres. Están hechos de arena y de todos los cristales que en ella se guardan. Los dioses los crearon hace mucho tiempo, cuando la Tierra era más hostil, por eso son los hombres más fuertes y llevan adentro suyo el espíritu de Chaquen, el dios de la alegría y la danza... Los hombres de hierro también los sometieron, y los trajeron aquí a trabajar para ellos. ¡Esta es una afrenta que Bague no perdonará jamás!

Pasaron muchos días y muchas noches, y los días y las noches fueron borrando las huellas, los gritos, el dolor y el amor que aquí se gestaron. Un nuevo tiempo nació y ya nada ni nadie recordaba a los hijos del maíz, a los hijos del fuego, a los espíritus y los dioses. Salvo las piedras, que todo lo cuentan y todo lo recuerdan. Una nueva era nació, como ocurre cada cierto tiempo, y con ella nuevos hombres nacieron. Eran hombres de barro. Hijos del maíz, del hierro y de la arena por igual, hombres de agua, de fuego y de tierra; a partes iguales para que la composición del barro fuera perfectamente lograda. Hombres que no recordaban a sus abuelos ni su historia pero que guardaban en su corazón el legado de ambos extremos del Mar y la fuerza de los espíritus originales.

El Padre Río lloró inconsolable a su amada Laguna, pero aún tenía el consuelo de sus hijos e hijas, cuerpos de agua, que se extendían por todo el territorio.

—Si aún estaban el Río y sus hijos, ¿Qué fue lo que pasó? ¿Cómo todo terminó tan mal? ¿Dónde está ahora la familia de Chucal?—Cuestionó Sihyta.

—Calma, la historia es larga, pero deben recorrerla en su totalidad para poder comprenderla. Nencatacoa me ha encargado esto y, de no ser así, el caracol dará una vuelta más y todo será igual, nada cambiará, su viaje habrá sido en vano...— Continuó diciendo Fiba con mucha serenidad

—Los hombres de barro quisieron volar como los pájaros, y como no recordaban a los dioses, decidieron construir sus propias alas. Aquí en Techotiba erigieron una gran pista de aterrizaje para sus naves de metal y le llamaron “Aeropuerto”, y los pájaros de metal partían y llegaban a la vez.

—¡Son los primeros aviones!—Interrumpió Sihyta —Ya están obsoletos en mi tiempo; ahora viajamos en unas naves a velocidad ultrasónica por tecnología electromagnética, los aviones no aterrizan nunca, explica, se suspenden por imanes a las plataformas de carga; las naves tienen entre 30 y 60 pisos, son muy seguros. ¡A mi primo Felipe le encanta viajar!

—Así es, los aviones y el aeropuerto atraieron a una gran cantidad de gente a este lugar. Inversionistas de todo tipo que traían las más extravagantes ideas en sus cabezas para llevar a cabo aquí

Luego vinieron más y más proyectos de los hombres de barro, construyeron una gran avenida que llamaron “Las Américas”, junto a un enorme monumento a Las Banderas de todo el continente de aquel entonces; una gran cervecería también fue edificada, era una fábrica de bebida amarga traída por los extranjeros para embrutecer el entendimiento y reemplazar así la sagrada chicha que algunas gentes seguían bebiendo por costumbre mas no por ritual como en los tiempos de los hijos del maíz.

Entre esos grandes proyectos estaba también el Hipódromo, al que bautizaron “Hipotecho” Aquel era un lugar donde se disputaban carreras caballos; aquellas bestias fuertes y rápidas que habían traído igualmente los hombres de hierro pero que en verdad pertenecían a la región de los hombres negros, hijos de la tierra.

Como ven, fue un momento de confusión y mestizaje, Nencatacoa le llama la época de la gran alquimia. Los espíritus del agua, la tierra y el fuego existían por igual,

eran libres y padres a partes iguales de los hombres, y luego todo se fundió. También así las lenguas, los cuerpos, las danzas, los sueños...

Todo el territorio se fue poblando por personas atraídas por este nuevo auge industrial y comercial. Pero, sobre todo, mucha gente humilde comenzó a venir de todas las regiones del país, la mayoría huyendo de los tentáculos de la guerra en sus hogares. Una guerra despiadada que tenía enfrentados a miles de hermanos y hermanas a lo largo de todo el país. Matándose unos con otros por los intereses de unos pocos señores ricos que se lucraban con el despojo de tierras, la venta de armas, los cargos políticos corruptos y la nefasta fabricación de drogas artificiales a partir del procesamiento indebido de las plantas sagradas que los hijos del maíz alguna vez sembraron con tanto cariño.

La guerra fue evolucionando y los contendientes cambiaron de nombre innumerables veces: liberales, conservadores, guerrilleros, militares, autodefensas... Todos en realidad pertenecían al mismo bando, al de los incautos que eran capaces de asesinar y de hacerse matar por las falsas promesas de prosperidad de aquellos ricos malvados que no se saciaban por más dinero, tierras y sangre que acumularan. En el medio de los crueles enfrentamientos siempre estaban los más indefensos y desamparados, a los que no les quedaba más remedio que huir a la capital en busca un presente y un futuro en paz.

Una gran parte de ellos terminó aquí, en Techotiba, pues en una ciudad como Bogotá, que puede llegar a ser tan hostil, la mejor opción que tenían era venir aquí, a la periferia. Luego de que los grandes terratenientes que habían sido dueños de las Haciendas empezaron a parcelarlas en pequeñas porciones de tierra que llamaron "lotes", muchos campesinos y desplazados de otras regiones empezaron a adquirir pequeños espacios de tierra. Algunas veces simplemente se asentaron al ver que nadie reclamaba la propiedad sobre el suelo. Y de esta forma empezaron a construir sus viviendas en un proceso comunal, muy parecido a la minga de los hijos del maíz. Llegaban juntos y conseguían el material para sus casas. Muchas veces lo fabricaban ellos mismos tomando el barro de la tierra, y valiéndose de los múltiples saberes que cada quien traía de su tierra, se colaboraban para construir una cuadra, o un barrio entero, con casas iguales para todos. Echaban un sorteo para que cada familia escogiera su casa y al final celebraban las largas jornadas de arduo trabajo con una olla comunal repleta de sancocho de gallina cocinado a punta de leña en la calle, y grandes totumadas

de chicha preparada por quienes se negaban a dejar su deliciosa bebida por esa amarga cerveza que hacían en las fábricas.

Así fue como surgieron los primeros barrios en el territorio, a raíz del propio esfuerzo de sus habitantes. Pero a medida que los barrios crecían y llegaban más y más habitantes, también se multiplicaban las fábricas y las industrias, lo que terminó finalmente por atraer la mirada de los gobernantes y grandes empresarios que se encargan de tomar las decisiones importantes del país.

Fue por esto que un día del año 1961 arribó a estas tierras un presidente norteamericano, de un país lejano donde hablan otro idioma. Su nombre era John Fitzgerald Kennedy, Presidente de los Estados Unidos. Se reunió a puerta cerrada con los señores poderosos del país, y luego apareció públicamente, hablando en su idioma, diciendo que había decidido regalarles a esos hombres poderosos una grandísima suma de dinero, dizque para “modernizar” el territorio. Lo malo de todo esto fue que los humildes barrios que había sido construidos con el arduo esfuerzo de cientos de personas pasaron a ser llamados “barrios de invasión”, “barrios piratas”, “barrios ilegales”, por el simple hecho de no estar dentro de los planes de aquellos señores poderosos.

Como ya saben, mis amigos, la historia es un caracol, y los ciclos se vuelven a repetir. Así fue como volvió a ocurrir el despojo del territorio a quienes con su esfuerzo lo habían concebido y trabajado. Techo dejó de llamarse así, perdiéndose el último recuerdo de la época milenaria. Todo el territorio fue nombrado en honor a aquel presidente extranjero, y fue así como se bautizó la localidad de Kennedy. A los antiguos habitantes de los barrios se les permitió seguir viviendo aquí, pero el territorio ya no sería suyo. Se clasificó a la gente por “estratos”, que era una categoría que se asignaba según tu capacidad para comprar cosas, y se destruyeron todas las vías de solidaridad y apoyo mutuo que existían, pues los mercados vecinales, donde la gente intercambiaba los alimentos que sembraba, se tuvieron que terminar: Ahora toda la comida debía pasar primero por un lugar enorme que llamaron “Corabastos”, y solo ellos podían controlar el flujo de la comida en el territorio.

Todo esto en realidad hacía parte de un plan bastante elaborado por los descendientes de aquellos hombres de hierro que se habían hecho ricos con el despojo de su tierra a los hijos del maíz. Todo este tiempo habían tramado en silencio la manera de completar su malvado plan: apoderarse por completo de la riqueza de la tierra que

había sobrevivido subterráneamente, pues sabían que la Laguna había quedado sepultada en el territorio. Fue en este punto de la historia en el que los hombres malvados la encontraron y la escondieron para sus fines oscuros. Así que a partir de acá debemos estar muy atentos para resolver el misterio y dar al fin con su ubicación— Dijo Fiba a sus amigos luego del extenso relato de lo que había acontecido durante tantos años en Techotiba.

VI

Los defensores de la vida

—Ya escuchaste Chucal, debemos tener los ojos bien abiertos— Dijo Sihyta que hasta ahora había escuchado atenta el relato de Fiba sin interrumpir.

—Ya lo creo— Contestó Chucal —Aquí vamos a saber en dónde ocultaron a mi madre estos malvados—

—La historia de Techotiba dio un giro considerable a partir de este punto...— Dijo Fiba, preparándose para continuar con su historia. —Verán, los nuevos pobladores del territorio, hombres de barro de todos los rincones de Colombia, no se quedaron con los brazos cruzados cuando llegaron los empresarios y políticos a intentar echar abajo todo lo que había creado. Empezaron a organizarse, primero en pequeños grupos, y luego se fueron extendiendo hasta conformar colectivos de ciudadanos que buscaban proteger su territorio desde diversos frentes de lucha: la educación, la cultura, el deporte, el arte, y en especial el medio ambiente.

Uno de los movimientos más fuertes que impulsó las luchas sociales en el ahora llamado Kennedy estuvo en manos de los jóvenes y los niños de la localidad, pues fueron los estudiantes de secundaria los primeros en perder el miedo a alzar la voz y enfrentarse al poder. Aquí podemos ver el INEM Francisco de Paula Santander, uno de los colegios que fue núcleo de este formidable movimiento estudiantil— Dijo la Tingua Azul señalando un enorme colegio con muchas zonas verdes a su alrededor, donde se veían chicos y chicas compartiendo por igual frutas y jugos, mientras jugaban fútbol, saltaban lazo y pintaban carteleras. —Aquí los muchachos se organizaron para brindar su apoyo a otra institución importantísima en las luchas sociales del país, la Universidad Nacional de Colombia, que queda lejos de aquí, yendo al centro, pero que se unió con los estudiantes del INEM de Kennedy durante lo que se llamó “el paro del 77”, cuando la ciudadanía, enfurecida por los malos tratos de los gobernantes de turno, salió a las calles y se tomó la ciudad entera liderados por los sindicalistas y los estudiantes. La batalla fue dura, pero aquí en Kennedy, en Techotiba, dejó un legado de valentía que seguiría alimentando a las generaciones futuras, para que no tuvieran miedo a la hora de pelear por sus derechos.

Este sentimiento de lucha se extendió de los más jóvenes a los adultos, pues creció también la organización barrial por medio de las Juntas de Acción Comunal, donde los vecinos de cada barrio organizaban asambleas para debatir temas importantes para todos. Fue gracias a esto que se logró exigir al gobierno la construcción de muchas obras que beneficiaran a los habitantes de la localidad, porque no todo era construir fábricas para el beneficio de algunos. Se logró la construcción de un hospital, una gran biblioteca, más colegios, polideportivos, y se prometió una universidad pública para que los jóvenes y los adultos pudieran educarse. Además, un logro importante fue la legalización de los barrios pioneros de la localidad, aquellos que levantaron con sus propias manos los habitantes y que el gobierno había tachado como “invasiones”.

Pero, mientras la cultura, la educación y el deporte se fortalecieron, no ocurrió lo mismo con las luchas por el medioambiente. Pues el auge de la modernidad sólo contribuyó al deterioro del suelo y, lo que es peor, tu padre, Chucal, el gran Río Funza, con sus dos brazos, Fucha y Tunjuelo, fue la mayor víctima del nuevo mundo. Pronto el Río quedaría completamente contaminado, ya que todo el mundo iba allí para deshacerse de sus desperdicios. Esto molestó enormemente a los dioses del agua, pues tal como había ocurrido hace cientos, tal vez miles de años, un gran diluvio cayó sobre el territorio. Tal como en los tiempos de Bochica y los hombres de maíz, el agua cubrió Techotiba por muchos días, provocando una enorme inundación que dejó sin hogar a muchísimas personas. Los más afectados fueron los que vivían en un barrio llamado Patio Bonito, pues allí el suelo era especialmente húmedo...

—¿El suelo era más húmedo?!— Dijo de repente Sihyta, interrumpiendo el relato de su guía Fiba. —Recuerdo que cuando conocí a Chucal lo que más me llamó la atención fue que mis pies se hundían en el suelo, luego me di cuenta de que era por el agua que brotaba desde el espejo de agua... ¿Crees que tal vez en ese barrio, Patio Bonito, esté alguien como Chucal? Alguien de su familia, tal vez... ¡Su madre!— exclamó con muchísima emoción.

—¿Crees que mi Madre esté allí?— Dijo Chucal mirando a Sihyta. —¿Puede ser eso posible?— Le preguntó a Fiba.

—Puede haber una gran probabilidad de que así sea...—Respondió Fiba la Tingua Azul. —Pero no quisiera darles falsas esperanzas, amigos. Verán, después de la gran inundación, los hombres malvados aprovecharon para herir aún más el territorio...

Aparecieron unos tipos que después se conocerían como “los Tierreros”. Ellos vieron la oportunidad de un millonario negocio con la tragedia de la inundación que dejó a muchas personas sin hogar. Pues viendo la inestabilidad del suelo, le vertieron enormes cantidades de cemento que le hacía parecer común y corriente, y mientras todos estaban desalojados de allí, y nadie podía darse cuenta de lo que hacían, comenzaron a vender pedazos de tierra que antes estaban baldíos por el inminente riesgo de hundirse, y estafaron a las familias más humildes que buscaban un nuevo lugar dónde vivir.

Presentaron casas supuestamente “modernas” en un suelo “estable” pero la realidad era que el cemento no duraría mucho y pronto estas personas tendrían que evacuar de nuevo cuando el agua les volviese a inundar. La única de estas nuevas construcciones que se mantuvo completamente estable fue aquella planta industrial de plástico, que primero se dedicó a vender botellas y luego un día, decidió comenzar a vender las mismas botellas repletas de un líquido muy dulce y diferentes colores que llamaron “gaseosas”. La pueden ver allí...—Y de repente Fiba se vio interrumpida nuevamente por Sihyta, que hablaba con demasiada intensidad.

—¡No lo puedo creer! ¡Ese letrero de allí, en el techo de la fábrica!— Dijo señalando el enorme aviso de la fábrica que decía “GasCol Co”. —¡Ese logotipo es el mismo que tiene el lugar donde trabaja mi mamá! ¡Es el logotipo de la Corporación! En el futuro, ellos lo controlan todo, venden los automóviles, la energía, incluso los alimentos... No puedo creer que exista desde hace tantos años.— Dijo Sihyta un poco más calmada, reflexionando un poco.

—¿Crees que tal vez allí encontremos una pista del paradero de mi Madre Laguna?— preguntó Chucal.

—Es probable... Esos hombres son muy malvados, no me extrañaría que fueran ellos los secuestradores de la Laguna— Contestó la niña. —¡Vamos a entrar y lo averiguaremos!

Y ambos se dispusieron a ir rumbo a la fábrica.

—¡No, no, no, no!— Dijo Fiba interponiéndose en su camino. —Ese lugar es muy peligroso. Hay guardias armados que les podrían hacer daño. No les dejaré ir solos...

—No estamos solos, estamos contigo— Dijo Sihyta con su sonrisa característica.

—Aun así... Es muy peligroso ir allí en este momento. La fábrica acaba de ser inaugurada... Sin embargo...— Dijo Fiba pensativa —Sin embargo, conozco a alguien que tal vez nos pueda ayudar. Tenemos que ir un poco más adelante en la historia— y

aleteando sus bellas alas provocó un viento que les llevó varios años en el futuro, a una nueva etapa en la historia de Techotiba.

—¿En dónde estamos ahora?— Quiso saber Chucal.

—Es el siglo veintiuno— Respondió la Tingua Azul. —Específicamente el año 2020. Aquí hay un grupo de humanos que nos van a ayudar a entrar a la fábrica.

¡Y miren! ¡ahí está uno de ellos!— Dijo señalando a un joven muchacho de cabello largo, sombrero negro y chaleco café que caminaba por una pequeña colina tocando una quena de caña mientras varios perros le seguían y parecían disfrutar la de música que emitía. Al verlo, detuvo su melodía y, luego de pensar por unos segundos, se acercó a ellos con una enorme sonrisa en su rostro.

—¡Qué hermosa Tingua Azul! Hay quienes dicen que ver una es sinónimo de muy buena suerte, y ya veo que los está acompañando— Dijo dirigiéndose a Sihyta y a Chucal.

—Mucho gusto, amable muchacho— Dijo la Tingua Azul —Mi nombre es Fiba, y provengo del Jardín de los sueños siemprevivos. Ellos son mis amigos: Chucal, espíritu del agua, y Sihyta, una niña del futuro.

Y el joven, en lugar de extrañarse, soltó una gran carcajada de felicidad.

—¡Vaya que sí es muy buena suerte! No creí nunca ver a un espíritu del agua, una viajera del tiempo y una Tingua Azul en el mismo lugar— Dijo riendo —Es un placer conocerlos. Yo me llamo Kuisikuri, orgulloso habitante de Techotiba.

—¿Techotiba?— Dijo con sorpresa Sihyta —Creí que aquel nombre había desaparecido de la memoria y el tiempo lo había sepultado.

—Así fue por algún tiempo, pequeña amiga, pero mis compañeros y yo, nos hemos encargado de rescatarlo de las garras del olvido, junto a la historia milenaria de sus primeros habitantes; los muiscas.

—¿Muiscas? — Preguntó Chucal.

—Así es como se refieren a los hijos del maíz— Aclaró Fiba. —Este chico y sus amigos son los herederos de los vecinos de la localidad que se dedicaron a llevar luchas sociales en la parte que ya les narré de la historia. En la actualidad han tomado todo el conocimiento aprendido por los procesos anteriores y han fortalecido su labor, especialmente en el cuidado de la naturaleza... Pero mejor que nos lo cuente él— Dijo la Tingua Azul dirigiéndose a Kuisikuri.

—Tienes razón, amiga Tingua Azul. Hace un tiempo nos dimos cuenta de cómo la Madre Tierra sufría en su piel todas las heridas de la desigualdad entre los hombres. Al comprender esta relación entre el desequilibrio social y el desequilibrio ambiental decidimos hacer de la naturaleza nuestra bandera y luchar desde ahí para liberarla y liberar a los más desfavorecidos de la opresión de los hombres malvados que solo piensan en aumentar sus riquezas— Dijo Kuisikuri —Con mis amigos y compañeros decidimos organizarnos bajo el nombre de Techotiva Ambiental. Con uve en lugar de be, porque sabemos que la Techotiba ancestral existió hace mucho tiempo, cuando el mundo era diferente, y la nuestra no puede ser la misma, necesita ser otra.

Así, debe adaptarse al mundo actual, por lo tanto, nuestra misión es construir una nueva Techotiva que se base en los principios que hemos estudiado de los pobladores originarios de este territorio, pero que al mismo tiempo se ajuste al mundo actual con todas sus dinámicas, desde la tecnología hasta el arte.

En la actualidad nos enfrentamos a distintos enemigos, desde los políticos que abusan de su poder para destruir los últimos espacios verdes que conserva el territorio, y darles licencias a sus amigos empresarios que construyen negocios de cemento que únicamente producen humo y cenizas y están empezando a contaminar el aire del territorio hasta hacerlo ver negro. También luchas contra los vecinos descuidados e insensibles que no les importa arrojar su basura al pobre Río que ya ni siquiera tiene agua, sino un líquido negro que huele horrible— Sihyta y Chucal se miraron con pesar al pensar en el Padre río y su triste destino. Kiusikuri toma un respiro y prosigue. —Y sobre todo luchamos contra la nueva Corporación, que antes era una fábrica de botellas y gaseosas, cuyo único fin era contaminar el ambiente y enfermar a la gente con ese líquido dulzoso y de colores, pero que ahora se dedica a vender también llantas de caucho para los automóviles y tablas de madera que sacan de la madera de los pocos árboles que quedan y que talan sin cesar. Esos hombres de la Corporación sí son realmente malos.

—¡Es por eso que te hemos venido a buscar! Nosotros venimos para cumplir una misión: encontrar a la Laguna que secuestraron algunos hombres malvados... Creemos que fueron los de la Corporación y la tiene oculta debajo de su fábrica— Explicó Sihyta.

—Aquella Laguna es mi Madre— Complementó Chucal —Y el Río del que hablas, es mi Padre— Dijo sin poder ocultar sin tristeza.

—Creemos que tus amigos y tú pueden ayudarnos a entrar a la fábrica de la Corporación— Explicó Fiba a Kiusikuri.

—¡Esa sí que es una misión bastante arriesgada!— Dijo Kiusikuri riendo. —Pero será un placer para mí y para mis amigos colaborar en tan noble propósito. Sobre todo, a un espíritu del Agua, una Tingua del Jardín de los sueños, y a una niña tan graciosa e inteligente como Sihyta— Y al decir esto sacó de nuevo su quena de caña y comenzó a tocar una canción. Los perros se reunieron de inmediato a su alrededor. —Amigos canes, ¡vayan pronto a buscar al resto del TeAm (abreviación de Techotiva Ambiental), y díganles que los necesitamos!— Y los perros partieron en distintas direcciones a toda velocidad, con la lengua afuera y agitando sus colas.

Al cabo de un rato, en el que Fiba, Sihyta y Chucal estuvieron disfrutando de un concierto de quena que les ofreció Kiusikuri, los perros fueron llegando de vuelta, uno a uno, acompañados de varios muchachos muy jóvenes que traían todos algún instrumento musical para completar la melodía y comida para compartir, mandarinas, peras, manzanas y otras deliciosas frutas que Chucal ya no recordaba y que Sihyta jamás había probado. Kiusikuri se encargó de presentar a los viajeros de los sueños y del tiempo, y los jóvenes a su vez se presentaron, eran nueve en total, más los tres viajeros, conformaban un equipo de doce.

—Aún no creo que seamos suficientes para enfrentar a la Corporación. Creo que deberíamos buscar al profe Tiboche—Sugirió uno de las chicas que hacía parte de TeAm.

—Tienes razón, Tiboche nos podrá ayudar— respondió otro de los muchachos del colectivo.

—¿Quién es Tiboche?— Preguntó Sihyta.

—Es un viejo hombre muy sabio— Respondió Kiusikuri. —Hace mucho tiempo llegó al territorio. Él fue quien nos enseñó la historia de los muiscas y de la Techotiba ancestral... Existe una leyenda que dice que él también viene del futuro. Que viajó a través del mundo de los sueños, igual que ustedes, hasta nuestra época, para enfrentarse contra la Corporación. Pero estos malvados sabían que vendría y le estaban esperando, así que cuando llegó cortaron el único Borrachero conocido, un árbol floripondio que había crecido durante cientos de años en el territorio y que le permitía viajar, mientras dormía, de una época a la otra. Desde entonces quedó atrapado en nuestro tiempo y envejeció. Logró escapar de los hombres de la Corporación que le

querían hacer cosas terribles, y se ha dedicado a instruirnos y enseñarnos muchísimas cosas que nos permiten luchar contra los hombres malvados.

—¿Será este Borrachero el mismo Tihiqy, mi amigo?—Dijo Chucal muy asombrado por la historia que acababa de escuchar de aquel hombre.

Sihyta sintió un corrientazo por todo el cuerpo al escuchar la historia de Tiboche. No solo por la idea de que alguien más del futuro estaba en esa época, sino porque a lo largo de toda su misión no hay dejado de pensar ni por un instante en que ella tenía su propia tarea: buscar a su padre. ¿Podría ser este hombre su papá?

—¡Vamos a buscarlo! Estoy seguro de que le encantará conocerles— Concluyó Kiusikuri.

—¿Qué estamos esperando?— Replicó Fiba.

VII

La libertad del Agua

Todos fueron al encuentro del profesor Tiboche. Le encontraron una enorme huerta llamada “La Adelita”, detrás de la plaza de mercado. Allí, el profe Tiboche recogía hortalizas mientras le explicaba a un grupo de niños que le rodeaba la importancia de cultivar sus propios alimentos, para así no depender de Corabastos. Los niños le atendían con mucho cuidado y algunos hasta anotaban en sus cuadernos todas las explicaciones que el profe daba sobre el cuidado de la lechuga, la acelga, el apio, el cilantro y las cebollas. Pero al ver que el grupo de muchachos de TeAm, junto a Fiba, Sihyta y Chucal estaban en la entrada, se levantó diciendo:

—Muy bien mis niños, hasta aquí la lección de hoy. Espero que lo practiquen en sus casas con sus papás y sus hermanos. Mañana nos vemos de nuevo para hablar de las plantas medicinales, como la caléndula y la yerbabuena. Vayan con cuidado a sus casas.—

El profe Tiboche era un señor muy alto, con anteojos redondos y el cabello larguísimo recogido en una trenza. Tenía un gran bigote y una barba sobre el mento. Tanto el bigote, como la barba y su larga cabellera eran de color gris y en algunas partes completamente blanco.

—¡Mis queridos y queridas Tybas!— Dijo al ver al grupo entrar en la huerta. —Me alegra muchísimo verles, aunque, hoy no tenemos diálogo de saberes ¿No es verdad? ¿Qué los trae por mi humilde morada? No me digan que casualmente se encontraron todos y vinieron a saludar— Dijo soltando una gran carcajada.—¿Y estos amigos que les acompañan? — Dijo mirando a los tres viajeros de los sueños y el tiempo. —¡Una Tingua Azul! ¿Saben que dicen que es de buena suerte ver una?— Dijo mirando a Fiba quien se posó en el suelo e hizo una cortés reverencia como saludo y señal de respeto. —Y tú, tu aroma me recuerda la antigua chucua que solía visitar cuando niño— Le dijo a Chucal, quién se sonrojó un poco y dibujó en su rostro una sonrisa. —Vaya, vaya, y esta pequeña de aquí... Me recuerdas a una personita que conocí hace mucho tiempo— Dijo acercándose a Sihyta, quien sintió una extraña sensación al ver a aquel hombre. Como si el calor que emanaba llegara hasta ella y le abrazara el corazón. La niña no pudo evitar que se le aguaran los ojos. —¿Qué sucede pequeña amiga? ¿Te asusté?— le dijo Tiboche.

—No... Es que... — Suspiro Sihyta. —No sé si seas... ¿¡No me recuerdas!?— Dijo sin poder retener más el llanto, y entre lágrimas continuó. —¿Eres tú? ¿En verdad eres tú? ¡Tienes sus mismos ojos!— dijo desconsolada. Los demás no podían entender por qué lloraba. Solo Chucal y Fiba creyeron comprender. Tiboche guardó silencio, se agachó para ver a la niña a los ojos. Le secó las lágrimas con un pañuelo que llevaba en la cintura.

Después de un corto silencio, le dijo al fin —Tú también tienes los mismos ojos que yo recuerdo— y abrazó fuertemente a la niña. —No he dejado de pensar en ti ni por un segundo, Sihyta— Dijo Tiboche también al borde del llanto.

—Hey, profe ¿Cómo sabes su nombre?— Preguntó Kiusikuri confundido. —¿Alguien me puede explicar lo que pasa?

Fiba y Chucal tampoco contuvieron las lágrimas al ver el emotivo reencuentro.

—Es... Él... ¡Él es su padre!— Dijo Chucal.

Todos quedaron impresionados con aquel descubrimiento. Sihyta y Tiboche se estrechaban mutuamente en un fuerte abrazo.

—¿Por qué papá? ¿Por qué te fuiste?— Preguntaba Sihyta una y otra vez. —¿Por qué nos dejaste a mamá y a mí? Te he extrañado todos los días, te necesitaba, necesitaba tus consejos, tus lecciones para soñar...

—Tenía que hacerlo, mi pequeña. La Madre Tierra en persona me requirió para una importante misión... Pero fracasé, nunca más pude volver. Pero sabía que tú vendrías. Era tu destino venir aquí... Siempre fuiste más fuerte que yo, más sabia y más valiente. Eras tú en realidad la encargada de salvar a Madre Tierra, yo te he estado esperando.

—¿Qué quieres decir? Tú me has enseñado todo lo que sé, tú eres más sabio que yo— Contestó Sihyta.

—No, eso no es cierto, mi pequeña. Yo fracasé en mi misión de detener la corporación. Pero en el momento en que los hombres malvados cortaron el Tihiqy y quedé atrapado aquí tuve una visión. Mi tarea en realidad era educar a los nuevos muchachos del territorio, a estos chicos de barro, hijos del maíz y del agua, del fuego y de la tierra. Enseñarles a respetar la naturaleza y luchar por ella. Tuve una visión, ya sabes... Soñando. Y allí te pude ver, vi cómo crecías sin mí, fuerte, inteligente. Vi que harías muy buenos amigos en tu camino, cuando estuvieras lista, y emprenderías este viaje hasta aquí, no para rescatarme, sino para hacer lo que yo no pude: Liberar al agua, a la Madre Laguna, y cambiar para siempre el destino de los hombres y de la naturaleza.

Todos, tanto los jóvenes de TeAm como Chucal y Fiba, estaban impresionados por lo que estaban escuchando. Ni siquiera Fiba, la Tingua Azul del Jardín de los sueños siemprevivos, que había visto innumerables visiones de la gente buena, tenía idea del poderoso plan que Bagüe, la Madre Tierra había elaborado cuidadosamente durante muchos años para salvar el destino del mundo y todas las criaturas en él.

—Así que todo esto tenía que pasar— Dijo Chucal. —Todos nosotros debíamos encontrarnos en este punto para llevar a cabo tan importante misión.

—Al parecer nada ha sido coincidencia— Respondió Kuisikuri. —Dinos Tiboche, ¿Cuál es el plan? ¿Cómo vamos a liberar a la Madre Laguna y venceremos a la poderosa Corporación?— Preguntó al viejo y sabio padre de Sihyta.

—Bueno... Lo cierto es que eso no lo sé... Esperaba que ustedes me lo dijeran— Dijo Tiboche apenado con una sonrisa

En ese momento todos parecieron desfallecer. Nadie tenía idea de cómo entrar a la fábrica de la Corporación para liberar a la Laguna. Pero entonces Fiba dijo:

—¡Tranquilo todo el mundo! Tal vez ninguno de nosotros sepamos qué vamos a hacer, pero conozco a alguien que muy seguramente sí lo sabe— Y comenzó a volar con en círculos alrededor de todo el grupo provocando un fuerte viento que los envolvía por completo, diciendo —¡Poderoso Nencatacoa, dios de los sueños, protector de los tejedores y de los artistas! ¡Aparece, necesitamos tu ayuda!—

Y entonces del centro del torbellino que la Tingua azul había creado retumbó la poderosa, pero tranquila voz del dios, mitad hombre, mitad oso, que dijo:

—Así que lo han conseguido... No podría estar más satisfecho, mis queridos amigos, por fin están todos juntos, tal como la Madre Tierra, y mis padres, el Sol y la Luna, lo habían predicho. ¿Lo ves Quynza? Tú que no querías creerlo—

Y la inconfundible voz de Quynza se escuchó también a través del portal: —¿Qué dices? ¡Yo jamás dude de ellos! ¡Nuestros amigos son muy inteligentes, siempre te lo he dicho!—

Y Nencatacoa prosiguió:

—Sé que la misión es difícil, pero si trabajan juntos podrán conseguirlo... Además, la Tierra misma está preparando algo que les servirá de ayuda.

—Explícanos, por favor, qué quieres decir con eso Nencatacoa— Dijo Chucal.

—Verán, mis amigos... La Madre Tierra comprende a todas y cada una de las criaturas que soñaron los dioses aquella vez que la Madre Abuela Bague los puso a dormir. Estas

criaturas van desde los poderosos jaguares y astutos coyotes, hasta todas las aves del cielo y los peces del mar. También los seres humanos, desde los más bondadosos defensores de la vida, hasta los malvados hombres de la Corporación. También ellos hacen parte de la naturaleza. Y así también, existen otros pequeños, casi invisibles seres, con los que los humanos han luchado durante toda su historia, a quienes en su soberbia han creído vencer y someter por completo como al resto de creaciones.

Estos seres diminutos son los llamados Virus, que, junto a las Bacterias, viven ocultos en el mundo microscópico, y solo a través de un poderoso lente pueden ser observados. Pues bien, la Madre Tierra ha estado preparando a uno de estos pequeños Virus para poner en aprietos a la raza humana por sus constantes ofensas hacia ella y los dioses, espíritus y todas las criaturas de la naturaleza. Ella me ha pedido que les confíe esta información, pues este Virus será tan potente que conseguirá enfermar a gran parte de la humanidad en todo el mundo, pero su efectividad no radica en la capacidad de enfermar, sino en el miedo que infundirá a todos los humanos, haciéndolos ocultarse en sus casas, cerrando sus trabajos, sus escuelas, sus fábricas y prácticamente paralizando toda su civilización por algunas semanas. Esto no solo le permitirá a los animales y las plantas volver a surgir y recuperar muchas partes de la Tierra que los humanos se han apropiado. También limpiará el Aire y el Agua. Pero lo más importante de todo, es que les dará a ustedes la oportunidad que necesitan para irrumpir en la fábrica de la Corporación y así liberar a la Madre Laguna por fin. Así que más les vale no desaprovechar esta gran oportunidad. Aunque esos hombres son tan malvados que ni siquiera el Virus los hará desistir de sus siniestras operaciones, por eso deben trabajar juntos para evitar correr cualquier riesgo al entrar allí. Es todo lo que les puedo decir... El virus comenzará a propagarse en dos días, y al cabo de una semana ya estará aquí, así que prepárense— Y estas fueron las palabras finales de Nencatacoa antes de que el torbellino se desvaneciera.

—Ya escucharon muchachos. Tenemos una semana para preparar todo lo que necesitamos ¡No hay tiempo que perder!—Sentenció Tiboche al grupo los de defensores de la vida.

Así, pues, al cabo de una semana las palabras de Nencatacoa se habían cumplido a cabalidad: cinco días antes un brote de un Virus desconocido se había reportado en una

región lejana de Asia. Ese día, por la mañana, se había anunciado el primer caso en Colombia y el gobierno había decretado la cuarentena inmediata de todos los ciudadanos. Todas las personas debían pasar al menos tres semanas aisladas en sus casas. El grupo se puso en marcha.

Reunidos nuevamente en la huerta La Adelita, Fiba, Sihyta, Chucal y todos los chicos y chicas de TeAm se sentaron en un círculo en el suelo alrededor del profe Tiboche:

—Todos aquí conocemos la importancia de esta misión, por lo tanto, no podemos fallar. Ahora les explicaré el plan que he elaborado, pero antes, debemos pedir ayuda a alguien más— Dijo Tiboche al tiempo que sacaba de su mochila una bolsita repleta de granos de maíz negro, y lo agitó en sus manos diciendo —¡Por la fuerza de los antiguos dioses, de los hijos del maíz, invoco al espíritu del Chyscamuy para que se presente ante nosotros!— Y al arrojar los granos de maíz al aire, estos se transformaron hasta tomar la figura de un pequeño niño.

Era Quyne quien aparecía frente a ellos.

—¡Sihyta! ¡Chucal! ¡Qué alegría volver a verlos!— Dijo Quyne emocionado.

—¡Amigo Chyscamuy! ¡Qué bueno verte otra vez!— Expresó Chucal contento.

—Nuestro amigo Quyne nos ayudará a derrotar a la Corporación— Explicó Tiboche. —Y ahora que estamos completos, les explicaré el plan...

—Veo que ya descubrieron la ubicación de la Laguna ¡Será un placer ayudarles a liberarla! — Dijo Quyne tomando asiento junto al resto del grupo.

Tiboche prosiguió a exponer su plan detalladamente:

—Lo primero que debemos tener en cuenta es que el Virus de la Madre Tierra ya está en acción, por lo que el gobierno ha decretado la cuarentena y los oficiales de la policía estarán vigilando que nadie salga de sus casas. Ahí es donde necesitaremos a Fiba y su capacidad de volar velozmente, pues con este pequeño transmisor que le equiparemos, nos podrá estar informando qué ruta despejada podremos tomar para llegar hasta la fábrica de la Corporación sin toparnos con ningún policía— Y así colocó en la pequeña cabeza de la Tingua Azul un radio transmisor para que se pudieran comunicar todo el tiempo. —Ahora ve, el Copetón y la Mirla patinaranja te acompañarán para vigilar las más fáciles las calles. De ustedes depende que podamos llegar a salvo hasta la fábrica.

Y de esa manera Fiba emprendió el vuelo hasta encontrarse con el pequeño Copetón y la veloz Mirla patinaranja. —Rápido, tenemos que volar hasta la fábrica,

vigilar muy bien el camino para que mis amigos puedan llegar hasta la fábrica de la Corporación sin toparse ni un solo policía— Y los tres pájaros se dividieron en distintas direcciones, comunicándose por su canto y, a su vez, Fiba le iba diciendo al profesor Tiboche por dónde moverse sin ser vistos.

—Una vez en la fábrica, como es de suponer, los guardias seguirán vigilando, aunque haya cuarentena. Ahí es donde te necesitamos a ti, Quyne, pues con tu gran agilidad, y con ayuda los perros del barrio van a distraer a los guardias de la puerta principal, haciendo que vayan tras de ustedes para que así el resto de nosotros podamos cruzar sin problema hasta el interior— Y entonces, una vez todo el grupo consiguió llegar hasta la puerta de la Corporación con la ayuda de Fiba y las aves que les señalaron el camino, Quyne se separó junto a los perros que vivían en las calles del barrio, y provocando un enorme alboroto con sus gritos y ladridos, pronto llamaron la atención de todos los guardias que custodiaban la entrada.

—¡Eh, Tú! ¡Niño!— Gritó uno de los hombres —¡Qué estás haciendo aquí! ¿No sabes que es propiedad privada?—

—¿Propiedad privada?— Le contestó Quyne —¡La tierra no es propiedad de nadie!— Y al decir esto se subió en el lomo de uno de los perros que emprendió una veloz carrera mientras los demás canes corrían en todas las direcciones, distraendo a los guardias que pronto abandonaron la entrada principal persiguiendo al niño, espíritu del Chyscamuy y a sus amigos perros, lo que le permitió a Sihyta, Tiboche, Chucal, y al grupo de TeAm entrar sin problemas en la fábrica.

Mientras tanto Tiboche siguió con el plan:

—Una vez dentro de ese oscuro lugar comenzará la parte más difícil, pues encontrar a la Madre Laguna será una labor complicada, ellos la habrán ocultado muy bien— Dijo Tiboche a su equipo. —Tendremos que bajar hasta el último nivel subterráneo, pues lo más probable es que sea allí en el fondo donde la tengan. Pero llegar hasta allí no será fácil, pues los científicos, ingenieros y trabajadores de la fábrica estarán muy atentos y no dejarán pasar a ningún intruso. Ahí es donde entran ustedes, muchachos — Les dijo a los jóvenes de TeAm. —Durante todo este tiempo han aprendido a tocar música con los instrumentos sagrados que les he enseñado a construir con sus propias manos. Y las melodías que componen, y estos los saben muy bien, sirven para hipnotizar a los animales, y también a las personas. Tendrás que dar el concierto de sus vidas, y utilizar sus instrumentos para envolver en su armonía a todos los empleados de la fábrica, de

forma que, mientras están bajo el hechizo de su música, Sihyta, Chucal y yo podamos ir hasta el último piso bajo tierra y encontrar a la Laguna.

Y así lo hicieron los chicos y las chicas de TeAm, que apenas ingresaron al edificio de la fábrica se dividieron en distintas direcciones y, armados solo con sus instrumentos, empezaron a tomar una mística tonada que hechizó a todos los empleados que estaban trabajando al interior de la Corporación. Las notas musicales que salían de las quenenas, las flautas traversa y los sikuris se amplificaban por los pasillos y salones de la fábrica, envolviendo a cada persona que las escuchara. Una vez todos estaban con los ojos cerrados dejándose llevar por el ritmo de la música, Kuisikuri hizo una señal a Tiboche que les miraba por una ventana, diciéndole que ya podían entrar.

Tiboche, Sihyta y Chucal avanzaron rápidamente hasta el ascensor del edificio y se dirigieron directamente hasta el nivel más bajo. Una vez allí se encontraron con que era un sótano inmenso y muy oscuro. Estaba en completo silencio. El plan de Tiboche había resultado, ahora solo debían hallar a la Madre Laguna en aquel sótano.

Entonces el sabio hombre intentó encender una linterna, pero por alguna razón esta no funcionó. Estaba confundido y no sabía qué hacer. Pero de pronto Chucal dijo:

—Esperen un minuto, siento algo... Es... Es el aura de mi Madre, ¡La siento! ¡Está en este lugar! — Dijo dando saltos de alegría.

—¿Puedes guiarnos hasta ella?— Preguntó Sihyta.

—Sí, puedo hacerlo. Síganme por acá— Respondió Chucal, el espíritu de agua.

Y así Sihyta y su padre Tiboche le siguieron por la oscuridad del sótano hasta llegar un gran agujero con una tenue iluminación de un par de farolas. No podían creer lo que veían allí: Era la Laguna, encadenada en el fondo del pozo, gritando de dolor mientras unos tubos de metal, como agujas gigantes, le chuzaban todo el cuerpo para extraerle el agua y la vida.

—¡Resiste Madre! ¡Ya voy a salvarte!— Gritó Chucal.

Entonces la Laguna levantó la cabeza y vio a su hijo con sus amigos parados al borde del pozo.

—¡Hijo mío! ¿En verdad eres tú? No creí volver a verte jamás... ¿Qué haces aquí? No me digas que esos hombres malvados te secuestraron a ti también— Dijo la Madre Laguna con profunda tristeza en su voz.

—No, madre. ¡Hemos venido para liberarte! Ellos son mis amigos: Sihyta, y su papá el profesor Tiboche. Gracias a ellos te he podido encontrar— Y diciendo esto Chucal

descendió hasta el fondo del pozo para abrazar a su madre. Pero en cuanto se acercó demasiado, las enormes agujas también le chuzaron, extrayéndole un poco de su agua— ¡AHHH! ¡Duele demasiado!— Gritó Chucal.

—No te acerques querido hijo, este aparato te secará a ti también. A mí me han robado el agua durante años para preparar sus horribles bebidas que enferman a la gente y al mismo tiempo tiran los desechos sobre tu padre Río para contaminarlo y matarlo lentamente. Esta gente no descansará hasta acabar con toda nuestra familia y con la vida en la tierra— Dijo Laguna en medio del llanto.

—Lo sé, Madre, lo sé. Pero no te abandonaré en este lugar. Hallaremos la forma de sacarte de aquí— Le contestó Chucal.

Fue entonces cuando Sihyta vió una pequeña cabina al lado del pozo.

—¡Allí debe estar el cuarto de control de la máquina!— Le dijo a su padre. —¡Ve allí e intenta apagarla, mientras yo bajo y busco la manera de liberar a la Laguna!

—Te mucho cuidado hija, recuerda que eres lo más importante para mí— Le contestó tiboche mientras iba corriendo al cuarto de control.

Sihyta descendió al fondo del pozo para intentar ayudar a Chucal a desencadenar a su Madre. Sin embargo, las enormes agujas impedían a Chucal acercarse, pero Sihyta notó que, ella, al no ser un espíritu del agua, las agujas parecían no detectarla cuando se acercaba demasiado a la Laguna.

—¡Ya lo tengo!— Exclamó la niña. —Me acercaré lo suficiente mientras distraes a la máquina y sus agujas. A mí no me hará daño, llegaré hasta las cadenas y liberaré a tu Madre— Le dijo a Chucal.

—Es arriesgado Sihyta, la máquina puede hacerte daño— Respondió Chucal.

—Tranquilo... Yo no soy una cobarde— Contestó la niña con una sonrisa en su cara y emprendió una carrera hasta dónde estaba la Laguna encadenada.

Chucal comenzó a correr por todo el pozo atrayendo a las agujas de la máquina que dejaron en paz a su Madre y se concentraron en perseguirlo solamente a él. Esto le permitió a Sihyta llegar corriendo hasta donde estaba la Laguna exhausta y adolorida.

—Señora Laguna, he escuchado muchas historias sobre usted. Viaje del futuro para encontrarla y encontrar a mi padre, nuestra única misión es liberarla— Le dijo a la hermosa Laguna que la miro a los ojos y le regaló una amable sonrisa antes de dormir inconsciente por el cansancio. —¡Debo darme prisa!— Se dijo a sí misma la pequeña.

Pero las ataduras eran bastante fuertes y sus pequeñas manos no las podían romper. Entonces escuchó el grito de Chucal que había sido alcanzado por una de las agujas.

—¡SIHYTAAAA!— Exclamó el pobre espíritu que no soportaba el dolor.

—No puede ser, no lo puedo lograr— Dijo Sihyta con desesperación. Y cuando estaba a punto de perder la esperanza, con lágrimas en los ojos, escuchó la voz de Nencatacoa en su cabeza.

—Pequeña amiga, no pierdas la esperanza. Confía en ti... Hay alguien que te quiere hablar— Dijo el dios mitad oso mitad hombre.

—¿Nencatacoa, eres tú? Creo que voy a fracasar, las cadenas son muy fuertes para mí— Dijo la pobre niña.

Y entonces otra voz desconocida le hablo.

—Tú no vas a fracasar, hermosa niña, pues esta tarea ha sido elegida especialmente para ti. Busca bien en tu interior y hallarás la fuerza que necesitas... La fuerza de la Madre Tierra... ¡Mi fuerza!— Dijo la voz de una anciana amable.

—¿Quién eres? ¿Cómo puedo tomarla fuerza de Madre Tierra?— Preguntó Sihyta con confusión.

—Soy la Madre Abuela Bague, la creadora de todo. Yo te escogí entre los demás para que salvaras el destino de la vida y la naturaleza. ¡Yo te otorgo todo mi poder para que liberes al Agua!— Dijo con mucha fuerza la diosa de la creación.

Y de este modo Sihyta sintió como a través de su cuerpo corría un gran poder. Sintió toda la fuerza de cada animal y cada planta, así como la fuerza del Sol y de la Luna. Y con un gran tirón logró destrozar las pesadas cadenas que ataban a la Madre Laguna.

—¡Eres libre Laguna!— Dijo Sihyta tomando en sus brazos a la hermosa Laguna y llevándola fuera del pozo.

Por su parte, Tiboche logró acceder a los controles de la máquina para liberar a Chucal de su tortura, quien cayó desmayado también al haber perdido tanta agua de su cuerpo. Tiboche lo alzó sobre sus hombros y con Sihyta salieron del sótano. Los muchachos de TeAm les esperaban con todos los empleados de la Corporación en un profundo sueño y atados de pies y manos.

—¡Lo lograron!— Dijo Kuisikuri. —¡Tienen a la Laguna! ¡Vámonos de aquí!—

Y salieron todos rápidamente de aquel lugar. Afuera les esperaban Quyne con los perros y Fiba con las aves. Todos se marcharon lo más pronto posible de nuevo a La Adelita.

Una vez allí, la Madre Laguna despertó.

—No puedo creer todo lo que han hecho por rescatarme. Les estaré siempre agradecida por su valentía— Dijo mirando a su alrededor al grupo de defensores de la vida.

—No podríamos hacer menos por ti, sagrada Laguna— Dijo Tiboche. —Salvarte es salvarnos a nosotros mismos.—

—Me pregunto si hora que la Corporación perdió la fuente de su producción dejará de contaminar a mi Padre Río— Dijo Chucal.

—Así será, mi amigo, pronto la naturaleza volverá a renacer— Contestó Tiboche.

—¿Y nosotros papá? ¿Volveremos a casa?— Preguntó Sihyta.

—No lo sé querida. La única forma de viajar era mediante el Tihiqy, pero esos hombres cortaron el único que había— Respondió su padre.

—No estoy seguro de eso— Comentó Chucal. —Yo conozco a uno, está donde yo vivía en el futuro... En Timiza—

—¡Vamos a buscarlo!— Dijo Kuisikuri.

Y así todos se fueron con gran cautela, pues aún había cuarentena, y llegaron hasta Timiza, a un pequeño parquecito con un diminuto charco en su centro junto al cual crecía un pequeño tallo de Tihiqy.

—Aquí debe ser donde nos conocimos, Chucal— Dijo Sihyta alegre.

—Así es, aquí fue donde me oculté de la contaminación y las garras de los hombres malvados— Contestó él.

—¿Y este es el Tihiqy?— Preguntó Kuisikuri. —Es tan pequeño que aún no da flores—.

—Déjame ver— Contestó la Madre Laguna. Y acercándose al pequeño árbol, le regó con un poco de su agua sagrada, haciendo que en unos instantes el pequeño tallo creciera en gran medida hasta convertirse en un enorme y vigoroso árbol de hojas amarillas como campanas colgando de sus ramas. —Ustedes me salvaron, es lo menos que podría hacer en agradecimiento— Dijo la Laguna con una bella sonrisa en su rostro.

Sihyta y Tiboche agradecieron el bello gesto de hacer crecer el árbol. Ambos se tomaron de la mano y se despidieron uno por uno de todos los grandes amigos que habían hecho. Chucal decidió quedarse allí con su Madre para limpiar al Padre Río. Quyne regreso a las semillas de maíz negro para incluir en la historia que guardaba, aquella nueva anécdota de la lucha por liberar el Agua. Fiba, por su parte, decidió también que se quedaría un tiempo en aquel lugar antes de regresar al Jardín de los sueños siemprevivos con Nencatacoa y Quynza; pidió ser la guardiana de aquel Tihiqy

para asegurarse que de ningún humano torpe o malvado tomará sus hojas sin permiso, y en su honor, aquel lugar se bautizó como “Humedal Tingua Azul”. Kuisikuri y sus amigos de TeAm prometieron ir cada semana a alegrarles con su música, así como también prometieron estar más pendientes de sus vecinos, educándoles y compartiendo las lecciones de Tiboche para cuidar el medio ambiente.

Sihyta y su padre abrazaron al árbol floripondio del Tihiqy y le pidieron el favor de que les ayudara a regresar a su casa. Él, conmovido por todo lo que había hecho, no dudo en dejar caer un par de hojas para ambos. Entonces las tomaron y se dispusieron a dormir para regresar a su tiempo. El sueño los abrazó y un gran torbellino de nubes se los llevó consigo. Su misión había terminado.

De vuelta al año 2108, Sihyta y Tiboche despertaron en medio de un gran paraíso verde repleto de flores, casi podían pensar que estaban en el Jardín de los sueños siemprevivos. Pero no, era su hogar. El cielo estaba completamente azul y a lo lejos se podía escuchar el rumor de la corriente del Río, cuya agua cristalina corría por todo él y sus dos brazos. Pero lo que más les sorprendió fue ver en mitad de todo esto, una enorme Laguna de agua limpia en la que nadaban muchos peces de colores y las aves se bañaban. Todo había cambiado, la Corporación no existía y la gente cultivaba sus propios alimentos, como en aquella lejana época de los hijos del maíz.

—Señor ¿Sabe dónde estamos?— Pregunto Tiboche a un hombre que pasaba por el lugar, llevando consigo una canasta de manzanas.

—¡Claro! ¿Acaso usted no lo sabe? Estamos en Techotiva, el territorio del Agua.

Y Tiboche y Sihyta se miraron mutuamente con enormes sonrisas en sus rostros. Finalmente lo habían logrado...

Así terminó esta historia, con los seres humanos y la naturaleza reconciliándose y respetándose mutuamente. Y así fue, hasta el final de los tiempos.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

Corpus primario

ROMÁN, Celso. 2017. “Los hijos de Madre Tierra”. Bogotá. Penguin Random House.

ANEXO. 2020. “La libertad del Agua”.

Corpus secundario

ÁNGEL MAYA, Augusto; ÁNGEL, Felipe. 2002. “La ética de la tierra. Ética y medio ambiente”. Recogido en “Ética, vida, sustentabilidad” coordinado por Enrique Leff. Tipos Futura S.A.

BAQUERO, Alberto. 1996. “Atavismo y Taumaturgia: Cosmos del Diosnamuto”. Villavicencio. Ediciones Mofeta.

BUELL, Lawrence. 1996. “The Environmental Imagination”. Cambridge: Harvard University Press.

BULA, Germán. 2009. “¿Qué es la ecocrítica?” Bogotá: Revista Logos, núm. 15: 63-73.

CASTELLANOS, Mauricio “Contexto histórico de la localidad de Techotiba”. 2011. Recuperado en <https://noticiastechotiba.wordpress.com/2011/08/02/contexto-historico-de-la-localidad-de-techotiba/>

DOMINICÓ, Kimy; DOMINICÓ, Luis Ángel; JARAMILLO, Efraín. 2001. “Movilización cultural del pueblo Emberá Katío del Alto Sinú”. Bogotá. Recuperado en: <http://jenzera.org/wordpress-content/uploads/2010/01/Movilizacionculturalemberakatio.pdf>

FRIEDEMANN, Nina; AROCHA, Juan. 1982. “Hijos del Jaguar y la Anaconda”. Bogotá. Carlos Valencia Editores.

FONDO DE DESARROLLO LOCAL “Ciudad Kennedy 40 años”. Bogotá

GARCÍA, Juan. 2017. “Ecocrítica, ecologismo y educación literaria: una relación problemática”. Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado, vol. 31, núm. 3.

HUMBOLDT, Alexander. 2020. “La ruta de Humboldt”. Villegas Editores. Recuperado en: <https://www.villegaseditores.com/la-ruta-de-humboldt-tomo-1-cataratas-del-orinoco>

- JARAMILLO, Alfonso; JUEZ, Fidel. “Hijos de las estrellas, Historia de Ciudad Kennedy”. 1996. Bogotá. Fondo de Desarrollo Local.
- JONAS, Hans. 1995. “El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica”. Barcelona. Editorial Herder.
- LASO Y LEÓN, Esther. 2010. “La literatura infantil y juvenil: el nacimiento de una conciencia medioambiental”. Madrid: Editorial Iberoamericana.
- MARTÍNEZ-ALIER, Joan. 2004. “Los conflictos ecologico-distributivos y los indicadores de sustentabilidad”. *Revibec: revista iberoamericana de economía ecológica*, Vol. 1, p. 21-30
- ORIGGI, Alicia; MONGE, Mónica. 1996. “La fábula en la literatura infantil”. en *Literatura Infantil: Ensayos Críticos*. Buenos Aires: Colihue.
- PLANELLA, Jordi. 1999. “Los malos tratos a la Niñez: Análisis histórico, desde la antigüedad hasta nuestros días”. Girona - México D.F.
- PRADO, Marcela. 2010. “Poesía, espacio/paisaje e identidades en las literaturas latinoamericanas”. *Cuadernos de Pensamiento Latinoamericano*, 17, 109-124.
- PUERTA, Germán. “El sueño de los dioses, Relato del altiplano Andino”. En “Cuentos de estrellas”. 2008. Madrid. Unión Editorial.
- SCHILLER, Friedrich. 1801. “Poesía ingenua y Poesía sentimental y de la gracias y de la dignidad”. Recuperado en http://www.dominiopublico.es/libros/S/Friedrich_von_Schiller/Friedrich_von_Schiller-von_Schiller-Poesia%20Ingenua%20y%20Poesia%20Sentimental%20y%20de%20la%20Gracia%20y%20la%20Dignidad.pdf
- SIMÓN, Pedro. 1981. “Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales”. Bogotá. Casa Editorial de Medardo Rivas.
- TOLEDO, Víctor. 2013. “El metabolismo social: una nueva teoría socioecológica”. Ciudad de México. *Relac. Estud. hist. soc.* vol.34 no.136 Zamora sep./nov. 2013
- VELANDIA, Roberto. 1983. “Fontibón: Pueblo de la Real Corona”. Bogotá: Imprenta distrital.

WULF, Andrea. 2016.” La invención de la naturaleza. El nuevo mundo de Alexander von Humboldt”. Madrid: Taurus